J. G. Herder

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

PARA LA EDUCACIÓN DE LA HUMANIDAD

EDICIONES ES...UELA DE PLATA

Johann Gottfried Herder

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

PARA LA EDUCACIÓN DE LA HUMANIDAD

Introducción de *Eugenio Pucciarelli*



Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento



Depósito Legal: SE-4234-2007 Unión Europea ISBN: 978-84-96133-98-3
Impreso en España Impreso en Publidisa

INTRODUCCIÓN

TÍTULO DEL ORIGINAL

Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit. Beitrag zu vielen Beiträgen des Jahrhunderts.

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR

ELSA TABERNIG

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Ταράσσει τοὺς ἀνδρώπους οὐ τὰ πράγματα, ἀλλὰ τὰ περὶ τῶν πραγμάτων δόγματα.

Lo que perturba a los hombres no es la realidad, sino la opinión que de ella se forman. EPICTETO, *Manual*, V).

HERDER Y EL NACIMIENTO DE LA CONCIENCIA HISTORICA

por EUGENIO PUCCIARELLI

El interés por el pasado, unido a veces al gusto por lo extraño, lo lejano o lo pintoresco, y su conocimiento cultivado con rigor científico, ya sea en nombre de exigencias utilitarias o teoréticas, han precedido a la eclosión de la conciencia histórica. Ésta madura tardíamente, y sólo adquiere plena lucidez con Herder. Pocas contribuciones han resultado tan decisivas como la suya, y no como fruto de frías reflexiones sobre el tema, sino más bien como consecuencia de felices disposiciones personales. En Herder se combinan el gusto por lo concreto, que le permitiera asimilar un caudal apreciable de saber acerca del pasado, y la aptitud para percibir el aspecto mudable de los sucesos, la simpatía por lo particular, vuelta hacia el carácter coletivo de la vida, que no obstruía la visión dinámica del desenvolvimiento total, la comprensión de épocas distintas y dispares y la capacidad para dominar la unidad de su proceso viviente sin ceder a la seducción de las definiciones abstractas. Y aunque sus determinaciones conceptuales no sean siempre del todo claras y a veces sus conclusiones no estén plenamente fundadas, los hallazgos de Herder han revelado tal fecundidad que no sólo apresuraron la constitución de la conciencia histórica, sino que mantienen su eficacia aún en el presente.

Aunque en muchos aspectos se adelantara a su tiempo, Herder no deja de transitar por los caminos trazados por la filosofía que le precediera, y en parte considerable aprovecha, a veces sin advertirlo

él mismo, los recursos intelectuales allegados por aquellos a quienes censura con más ardor. Su interpretación de la realidad refleja el espíritu de su generación, las aspiraciones un tanto tumultuosas del *Sturm und Drang*, movimiento de insurrección en todos los órdenes de la cultura —filosofía, literatura, política, moral—, colocado en agresiva polémica frente a los valores de la *Ilustración*: racionalismo, clasicismo, cosmopolitismo. Más de una idea fundamental, henchida con nueva savia, le viene, sin embargo, del movimiento que critica y, en este sentido, Herder es tributario de ambas corrientes. Participando del espíritu de la primera, sobrepuja atrevidamente a la segunda.

La conciencia histórica no es el conocimiento del pasado como etapa traspuesta, como realidad abolida, ajena a los intereses del presente. Herder reacciona contra la visión del historiador que en su relato de los hechos acaecidos procura ofrecer un cuadro acabado, de perfiles rígidos, tan ajeno a las inquietudes del presente como alejado de la vida que le diera nacimiento. Dotado de sensibilidad para percibir la obra humana en su fluencia temporal, Herder se esfuerza por comprender el pasado en su desnuda realidad, desde sí mismo y no a través de las preferencias del presente, injertándose en su agitada corriente. No lo hace como historiador, aunque su obra rebose de contenidos concretos, sino como filósofo de la historia, desentrañando, con ese fin, los principios en que ha de fundarse toda genuina comprensión de hombres, pueblos, épocas, civilizaciones. Su misma afición a lo concreto lo induce a colocar la historia por encima de la razón, y lo preserva de los esquemas y de las generalizaciones, inclinándolo a indagar el significado de cada situación humana, de su derecho y su necesidad.

Volviendo la espalda a la visión pluralista, a veces inconexa, del pasado, Herder concibe a la historia como unidad: la sucesión de épocas y el inexorable desplazamiento del interés de un pueblo a otro no quiebran la continuidad del curso total. Las notas de unidad y continuidad se refuerzan gracias a la noción teológica de Providencia y el plan que se realiza progresivamente en el tiempo imprime un sello dinámico al itinerario entero. Al considerar los hechos a la luz del tiempo destaca no sólo su irreprimible fluencia, sino también sus nexos recíprocos, sus relaciones secretas. Suprime las barreras entre pasado y presente, mostrando en la persistencia y

fecundidad de viejas tradiciones una prueba más de la continuidad del curso histórico, que invita a integrar el presente en la misma figura inquieta del pasado. Pero su acusado sentido histórico se delata igualmente en su capacidad para percibir la vida colectiva como unidad orgánica, dotada de fisonomía propia, que no resulta de la mera adición de los caracteres individuales aislados. Abre así la posibilidad de reconstruir la estructura de una época en base a la correlación de sus rasgos, principio que rige para todo organismo. Abandona la creencia ingenua en un progreso indefinido y destierra los ideales absolutos y las metas definitivas; invita a comprender cada época desde sí misma, y no a partir de la última o de una tabla abstracta de valores universales. En la relatividad de cada época halla un fundamento para la apreciación imparcial de hombres y pueblos.

Estas ideas han sido expuestas hacia 1774 y constituyen los principios que sustentan la atrevida y original construcción del opúsculo juvenil de Herder, *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad.* El intento de sorprender la estructura y el dinamismo de la historia, penetrando hasta las fuerzas que impulsan su movimiento, se realiza bajo incentivos teóricos y prácticos: a la aspiración de conocer se une el ideal ético y pedagógico de la formación del hombre. Esto explica el ardor polémico del escrito juvenil de Herder y sus ataques a la suficiencia y descreimiento de la Ilustración. Contra los partidarios del progreso, que veían en el siglo XVIII la culminación de la historia y en Europa la madurez de la cultura, y desde ese mirador juzgaban épocas anteriores y civilizaciones extrañas, Herder afirma resueltamente el valor intrínseco de cada época y país. Pero el carácter providencial de la historia y la realización de un plan divino convierten a cada época y país a la vez en medio y fin. En la marcha histórica, por lo demás muy accidentada, de la humanidad cree adivinar el cumplimiento de un plan de educación, cuyo fin es el desarrollo de las inclinaciones innatas del hombre. No sin error de su parte, subestima a su siglo y lo pinta con rasgos de decadencia.

Con una imagen inspirada en la vida del individuo quiere señalar las etapas atravesadas por la humanidad en su derrotero histórico: infancia (Oriente), juventud (Egipto), adolescencia (Grecia),

madurez y vejez (Roma). Se esfuerza por rehabilitar la Edad media, cuya historia concibe como la infancia, juventud y madurez del mundo germano. Invirtiendo los términos de la perspectiva grata a los historiadores de su tiempo, exalta el valor de lo primitivo, que en su espíritu se asimila a lo poético, a lo popular y a lo nacional, y considera el incremento de la razón y la creciente mecanización de la vida moderna como signos de senilidad, siguiendo en esta preferencia las huellas de Rousseau.

La actitud polémica no abandona a Herder en su rápido y animado bosquejo histórico. Por todas partes asoman las interpretaciones opuestas, como fondo sobre el cual desenvuelve sus ideas. Contra Voltaire, que había sostenido la pluralidad de las razas humanas y la anterioridad de las civilizaciones china, hindú y persa respecto de la hebrea, afirma Herder la unidad del género humano y el valor de la Biblia como libro revelado y documento más antiguo. Insistiendo en la unidad y continuidad de la tradición, cuyas raíces remontan hasta la divinidad, Herder atenúa las exageraciones de Helvecio y de Boulanger, que habían censurado el despotismo oriental, y afirma la necesidad de la autoridad patriarcal en la infancia de la humanidad. Herder funda la religiosidad en el asombro y en la admiración, y no en el temor supersticioso, como quería Hume, y sostiene el carácter teológico de la filosofía más antigua, a la vez que rehabilita la figura de los patriarcas. Contra Winckelmann, que al exaltar a los griegos subestimaba otras civilizaciones antiguas, Herder hace justicia a Egipto y Fenicia y les asigna funciones inalienables en el curso de la historia. Contra los partidarios del clasicismo, que confieren un significado eterno a un momento de la historia y admiten implícitamente su resurrección, Herder alaba en Grecia los rasgos apolíneos del período ático, siguiendo un poco las idealizaciones de Winckelmann y de Shaftesbury, pero los confina en un momento irrepetible del tiempo. Si celebra en Roma la unificación del mundo antiguo, no se le escapan los síntomas de vejez que se acentúan a medida que el imperio se extiende.

Frente al descrédito en que había caído durante el siglo XVIII, reivindica, de un modo muy personal, la Edad media, en cuya historia señala etapas necesarias de la civilización cristiano-germana. Al hacerlo, se aparta de las imágenes vigentes en su tiempo: la acuñada por el humanismo renacentista y la que había forjado la Re-

forma protestante. Le encanta la vitalidad primitiva, desordenada pero pujante, del período de las invasiones y de la época carolingia, y pone el acento sobre los aspectos social, político y jurídico, celebrando, al final de esa Edad, el despertar de las nacionalidades y la autonomía de corporaciones y clases dentro del organismo del Estado. No sin inspiración patriótica retrocede hasta los comienzos del pasado alemán, para desentrañar sus rasgos propios, cuyo desarrollo había de permitir la independencia cultural del país, frente a la hegemonía europea de Francia y al espíritu cosmopolita cuya difusión comprometía, de modo alarmante, las individualidades nacionales y especialmente la originalidad de los valores germanos. La Edad moderna desencadena la hostilidad de Herder. Contra Voltaire que veía en el siglo de las luces la culminación del programa del Renacimiento, critica rudamente el espíritu racionalista, que amenazaba ahogar toda vitalidad, la exacerbación de la conciencia, el abuso de la razón abstracta, el exceso de crítica. En las invenciones técnicas, que D'Alembert apreciaba como un bien capaz de mejorar moralmente al hombre, señala Herder el peligro que significan como creciente mecanización de la vida y correlativa pérdida de espontaneidad y libre iniciativa. Rechaza la idea de Montesquieu relativa a la influencia civilizadora del comercio europeo en las colonias transoceánicas, y la interpreta, más bien, en términos de retroceso moral. Inspira estas críticas su preferencia por la vida natural, sencilla, espontánea, sofocada en su tiempo por el exceso de convenciones y el lastre de innumerables mecanismos. Asociando lo primitivo a lo popular y a lo poético insiste en la superioridad moral de la vida espontánea; cree, como Hamann, que "la poesía es la lengua materna del género humano"; concibe, como Winckelmann, la obra de arte como expresión de un estado de alma, y ve en la poesía popular la voz genuina de la raza y de la época.

Interesantes y fecundas son las ideas de Herder relativas a la estructura, periodización y dinamismo de la historia universal. No son, por otra parte, de fácil presentación: se trata de un tejido de líneas y de fuerzas cuya eficacia reside en su articulación y movimiento.

Siguiendo la interpretación que arranca de San Agustín y llega hasta Bossuet y Vico, concibe Herder el curso de la historia como

la realización en el tiempo del plan intemporal de la Providencia, en una palabra, como el cumplimiento, a través de infinitos rodeos, de la voluntad de Dios. A la luz de la tradición bíblica, Dios es concebido como personal y trascendente al proceso que transcurre por influencia suya. No cabe, pues, el desliz panteísta. Este plan confiere unidad al curso de la historia, y su fin es, como años más tarde lo desarrollara Lessing, siguiendo en parte sus huellas, la educación progresiva de la humanidad por Dios. El medio físico, con su clima y su cortejo de accidentes telúricos, y el tiempo, con su inexorable sucesión, constituyen el paisaje en que se desarrolla la "epopeya de Dios", para la cual los individuos, las razas, las naciones, las épocas son instrumentos que obran bajo la ilusión de la libertad. El historiador es un profeta del pasado y su misión es escrutar los designios de Dios: penetrado por el sentimiento de la limitación temporal de la vigencia de todo valor espiritual, contempla el movimiento irreversible de los sucesos, asiste al nacimiento, auge y declinación de los distintos pueblos y advierte cómo la humanidad desenvuelve sus inclinaciones innatas y atesora o dilapida alternativamente sus bienes de cultura.

Con esta idea se conjuga otra de proyecciones equivalentes, que introduce en la historia un aire fatalista, atenuado, sin embargo, por la fe en la Providencia. Se trata de la vieja teoría de los ciclos de apogeo y decadencia, expuesta en la antigüedad por Polibio y renovada, para el caso particular del arte, por Winckelmann, en pleno siglo XVIII. Cada civilización —antigua o moderna—, tomada en bloque como una unidad cultural, lo mismo que la historia aislada de cada pueblo, que a su vez representa una época en el devenir total de la humanidad, está condenada a pasar por fases de apogeo y declinación. Se niega, con esto, la posibilidad de renacimientos o rejuvenecimientos. La alternancia es fatal: todo pasado brillante presagia una irremediable caída. Esto no afecta, sin embargo, al espíritu mismo de cada pueblo, realidad colectiva que se expresa en su historia y que permanece constante en medio de la variación. El genio nacional es, por así decirlo, inmutable y arraiga en Dios mismo, que lo crea —segunda creación— valiéndose del medio y de la herencia. También la historia moral de la humanidad, considerada en conjunto, se sustrae a esta ley y la confianza en la Providencia aleja el pesimismo implícito en la noción de declinación.

De la totalidad de la historia, el análisis de Herder desciende a las civilizaciones que concibe como organismos distintos y cerrados. Afirma en ellas la continuidad del devenir a través de la sucesión de momentos y la pluralidad de pueblos. A la luz del tiempo, las dos grandes civilizaciones —mundo antiguo, mundo cristiano-germano— se disponen en sucesión cronológica, pero no hay continuidad cultural; se trata de organismos cerrados, de compartimientos estancos. La continuidad no se quiebra, en cambio, en el seno mismo de esos dos grandes núcleos de civilización, en los que el análisis y la comparación permiten discernir épocas homólogas. Una especie de herencia, no sin modificación del patrimonio, enlaza una nación con otra, una época con la siguiente. No se trata de un desplazamiento mecánico de cualidades que se acumulan; no hay propiamente progreso; hay equivalencia desde el punto de vista de la originalidad, de la moral, de la felicidad. Cualidades inéditas, que surgen en la nueva época, compensan la pérdida de las que desaparecieron al desplazarse el eje de la civilización. Contemplado a la luz de la idea de Providencia, cada pueblo es un medio, pero, a la vez, es un fin que se basta a sí mismo cuando se lo contempla a su propia luz. Ninguno realiza un ideal absoluto de humanidad, ninguno encarna la plenitud de los tiempos. El último no es, en este sentido, más perfecto que los anteriores. Todos son necesarios, etapas en el camino de la Providencia. Herder se resiste a sacrificar individuos, generaciones, pueblos al progreso colectivo de la humanidad. Del alma original e incanjeable de cada pueblo pende su independencia nacional y sus derechos a la vida cultural común. Este principio es la base del nacionalismo, literario primero y cultural después, que propiciaba Herder, en estrecha dependencia de las ideas de Lessing, que años antes bregara por los derechos de un patriotismo literario.

En la realidad histórica, cuya estructura se esfuerza por desmontar en su afán de tornarla inteligible, Herder distingue con acierto tres tipos de unidades con figuras y movimientos propios: El *devenir total,* la aventura humana desde sus más remotos orígenes hasta la consumación de la historia, regida por el plan de la Providencia, que, con sabia previsión, ha dispuesto finalísticamente el curso del proceso entero. Las *civilizaciones,* concebidas a la ma-

nera de organismos vivientes que, lo mismo que los pueblos, están sujetas a la ley de los ciclos y condenadas a pasar por las etapas de crecimiento, plenitud y declinación. Las *épocas,* representadas por las distintas naciones —pueblos sucesivamente elegidos por Dios, testigos del desplazamiento hacia el futuro del eje de la historia—, concebidas como equivalentes, desde el punto de vista espiritual, y cuyo proceso histórico es expresión de un alma nacional inmutable.

Las épocas integran las civilizaciones y éstas, al disponerse en sucesión cronológica, constituyen el devenir total de la humanidad, cuyo despliegue unitario dibuja ante los ojos del historiador la aventura del hombre sobre la tierra. Si estas tres estructuras consienten sin violencias su articulación, los movimientos interiores que las recorren, aunque transcurran en planos al parecer distintos, dan la impresión de oponerse y trabarse mutuamente. La idea de Providencia implica continuidad del curso histórico, por encima de las barreras que le salen al encuentro en la figura cerrada de civilización; implica también optimismo, en la medida que anima un proceso tendiente a un fin, que consiste en la progresiva educación del género humano, fin que parece comprometido por la concepción fatalista de auge y declinación que impone la ley de los ciclos, a que están sometidas las civilizaciones y los pueblos. Y la afirmación de la equivalencia de todas épocas, que lleva implícita la radical e irreductible originalidad de cada pueblo, con sus propios objetivos, fines y valores, compromete la vigencia de un valor absoluto supuesto en el carácter teleológico de la acción de la Providencia, e incurre en un relativismo temporal y étnico de los valores, que abre la puerta al escepticismo.

Estas contradicciones, difíciles de resolver aún apelando a la distinción de las estructuras y planos en que tiene lugar el proceso, se explican si se tiene en cuenta que Herder estaba animado simultáneamente por dos grandes ideales: el viejo conflicto entre lo universal y lo particular, lo ecuménico y lo nacional, el cosmopolitismo y el patriotismo, se apoderó también del alma de Herder y no pudo menos que reflejarse en su atrevida sistematización de la estructura y movimiento de la historia. Su sentido cristiano de la vida humana lo impulsa a afirmar la primacía de lo universal, la vigencia de valores absolutos, en la figura de una Providencia que rige sin interrupción el curso entero de la historia y que no

desampara a la humanidad ni en sus crisis más violentas. Pero, por otra parte, el espectáculo de la postración espiritual de su patria, oprimida por el despotismo político y sometida en el orden cultural a la tutela incómoda de influencias extrañas, que amenazaban ahogar la voz más genuina del alma germana, lo incita a afirmar vigorosamente el principio nacionalista, a generalizarlo a los demás pueblos y, por esta pendiente, a relativizar todos los valores absolutos implícitos en su primera posición. Sólo la separación de estos dos planos —el religioso (cristiano, universal) y el cultural (nacional, germano)— permite entender, no resolver, el dualismo que tiende a debilitar el esfuerzo de Herder encaminado a dar una visión inteligible del curso de la historia a la luz de las estructuras y fuerzas que rigen el proceso de la humanidad en su desenvolvimiento temporal.

Herder ha dado un impulso vigoroso a la conciencia histórica moderna y ha echado las bases del historicismo. No se le ocultaban, sin embargo, los peligros que acechan a esta posición: toda ideología, toda institución es apenas una pulsación momentánea en el irrestañable fluir de la historia; no hay valores absoluto ni ideales universales. El relativismo, que parece implícito en toda posición historicista, tiende a arrastrar fatalmente al escepticismo con sus consecuencias morales de inacción u oportunismo sin escrúpulos. Herder no trata de evitar estos escollos refugiándose en el pasado, a pesar de la honda simpatía que siente por la época patriarcal, de su gusto por lo primitivo que concibe emparentado con lo poético. Esa actitud conservadora es tan enemiga del sentido histórico como el optimismo sin sombras del creyente en el progreso. Considera, más bien, que en el proceso abierto al porvenir toda adquisición va compensada por una pérdida equivalente, y en este sentido todas las épocas exhiben iguales méritos. Ni edad de oro sumergida en un pasado irrecuperable, ni porvenir seductor: el eje de la historia está centrado sucesivamente en cada época y ninguna supera a las demás. En esta persuasión se funda la simpatía de Herder por el genio propio de cada nación, y en ella descansa su vocación nacionalista, que no va más allá de la afirmación de la autonomía espiritual de cada pueblo.

En una obra posterior, *Ideas sobre filosofía de la historia de la*

humanidad (1784-1791), que en algunos aspectos representa la madurez de su pensamiento y en otros un retroceso respecto a sus audacias juveniles, retoma el problema y se esfuerza por salvar el incómodo dualismo, que contrapone lo nacional a lo ecuménico, la patria a la humanidad. Intenta superar el relativismo sacrificando la visión pluralista de la historia, que afirma la equivalencia de los distintos pueblos, y a la que lo arrastraba el ideal patriótico de independencia cultural. Concibe, por otra parte, al hombre como ser destinado esencialmente al ejercicio de la razón y de la libertad, y, en nombre de su fe en el plan de la Providencia, que tiene por fin la educación de la humanidad por Dios, introduce, por lo menos en la esfera moral, la noción de progreso que había proscrito en nombre de la equivalencia de épocas y pueblos y de la ley de los ciclos de auge y decadencia. Incurriendo en un monismo, que por momentos roza el panteísmo sin caer en él, integra la humanidad en la naturaleza, afirmando la continuidad de lo físico y lo espiritual, y concibiendo naturaleza e historia como dos revelaciones de Dios, dos mensajes equivalentes. Puesta sobre el plano cósmico, la historia descubre los designios divinos bajo las iniciativas humanas, y de este modo alimenta la fe en la revelación progresiva de Dios en el curso de la creación y de la historia. Termina afirmando el primado de la humanidad. Pero con estas ideas salimos del marco impuesto por las premisas de la obra juvenil.

NOTAS

I. VIDA Y OBRAS PRINCIPALES. — Johann Gottfried Herder nació el 25 de agosto de 1744 en la aldea de Mohrungen (Prusia oriental). Hijo de un maestro de escuela, logró elevarse con sacrificio y cursó estudios de teología en la Universidad de Königsberg, donde fué alumno de Kant y trabó amistad decisiva con Hamann. Después de alguna actividad pedagógica y religiosa en Riga emprendió viajes por Francia, Países Bajos y Alemania y, más tarde, Italia. En Estraburgo conoció a Goethe, por iniciativa del cual fué llamado en 1776 a la corte de Weimar a desempeñar el cargo de superintendente de la iglesia de ese Ducado. Murió el 18 de diciembre de 1803.

La copiosa producción intelectual de Herder consiente ser clasificada en tres períodos atendiendo al desarrollo de sus concepciones de la historia. — El primero (1764-1776) abarca su residencia en Riga, los años de viaje, su temporada de Estrasburgo y la época de Buckeburg, y comprende los siguientes tra-

bajos: *Ueber den Ursprung der Sprache* [Origen del lenguaje], Berlín, 1770; *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit* [Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad], Riga, 1774. — El segundo período corresponde a su residencia en Weimar (1776-1791), en relación personal con Goethe, y comprende las obras siguientes: *Vom Erkennen und Empfinden der menschlichen Seele* [Del conocer y sentir del alma humana], Riga, 1778; *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* [Ideas sobre filosofía de la historia de la humanidad], inconclusa, 4 partes, Riga, 1784-1791.— El tercer período abarca desde 1791 hasta su muerte, y a él corresponden las siguientes obras: *Gott, einige Gespräche* [Conversaciones sobre Dios], Gotha, 1787, que en la segunda edición, de 1800, lleva por título *Gespräche über Spinozas System* [Conversaciones sobre el sistema de Spinoza]; *Briefe zur Beförderung der Humanität* [Cartas para el fomento de la humanidad], 1793-1797; *Verstand und Erfahrung, Vernunft und Sprache, eine Metakritik zur Kritik der reinen Vernunft* [Entendimiento y experiencia, razón y lenguaje, una Metacrítica a la Crítica de la razón pura], Leipzig, 1799; *Kalligone*, Leipzig, 1800; *Adrastea*, 1801-1803.

Aparte de las citadas, de contenido estrictamente filosófico, Herder ha escrito poesías y es autor de estudios sobre religión, plástica, literatura y música. Con el fin de ofrecer una imagen más justa de la amplitud de sus inquietudes espirituales se mencionan los siguientes títulos: *El documento más antiguo del género humano* (1773), *Comentarios al Nuevo Testamento* (1773), *Shakespeare* (1773), *Sobre las causas de la decadencia del gusto* (1775), *Plástica* (1778), *Influencia de la poesía sobre las costumbres de los pueblos* (1778), *Las voces de los pueblos a través de la poesía* (1778-79), *Cartas relativas al estudio de la teología* (1780), *Lessing* (1781), *Winckelmann* (1781), *El espíritu de la poesía hebrea* (1882-83), etc.

Deben mencionarse las siguientes ediciones: *Herders Sämtliche Werke* [Obras completas de Herder], editadas por Bernhard Suphan, 33 tomos, Berlín, 1877-1899. *Herders Ausgewählte Werke* [Obras selectas de Herder], editadas por Adolf Stern, 3 tomos, Reclam, Leipzig, 1880. *Herders Philosophie*, selección por Horst Stephan, Philosophische Bibliothek, tomo 112, Leipzig, 1906.

II. EXPOSICIÓN Y CRÍTICA. — Los estudios consagrados a Herder son muchos y de calidad desigual. Una reseña prolija con apreciaciones críticas sobre el contenido y la orientación de los trabajos puede consultarse en las págs. 603 a 704 del documentado libro de MAX ROUCHÉ, *La philosophie de l'histoire de Herder*, Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, París, 1940. — EUGEN KUHNEMANN, *Herder*, 3° ed., Munich, 1927.— HERMANN NOHL, *Herder*, Berlín, 1905. — KARL SIEGEL, *Herder als Philosoph*, Stuttgart, 1907. — RUDOLF STADELMANN, *Der historische Sinn bei Herder*, Tübingen, 1925. — MARTIN DORNE, *Die Religion in Herders Geschichtsphilosophie*, Leipzig, 1927. — FRIEDRICH KNORR, *Das Problem der menschlichen Philosophie bei Herder*, Marburg, 1930. — ROBERT LEROUX, *La philosophie de l'histoire chez Herder et G. de Humboldt*, Mélanges Lichtenberger, Berlín, 1934. —

Arturo Farinelli, *L'"umanità" di Herder e il concetto della "razza" nella storia evolutiva dello spirito,* Catania, 1907. — Rudolf Lehmann, *Herder y su idea de humanidad,* traducción de R. Fuentes, La Lectura, Madrid, 1930. — Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis,* trad. esp., Fondo de Cultura Económica, México, 1943, págs. 305-378. — Robert Flint, *La filosofía de la historia en Alemania,* trad. esp. de A. Paniagua, La España Moderna, Madrid, s/f., págs. 64-81. — G. de Ruggiero, *L'età del Romanticismo,* 2ª ed., Laterza, Bari, 1946, págs. 81-103. — F. Mac Eachran, *Life and Philosophy of J. G. Herder,* Oxford, 1939.

III. HERDER Y EL PENSAMIENTO ARGENTINO. — La visión histórica de la realidad de Herder ha influído sobre el pensamiento argentino del siglo XIX, en particular sobre la generación romántica. Su huella se percibe en Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Vicente F. López, hasta quienes ha llegado, en parte directamente y en parte más considerable por la vía de expositores e intérpretes como Quinet, el traductor francés de las *Ideas*..., Michelet, Leroux y, sobre todo, Cousin. A través de ellos penetran también aspectos vitales del pensamiento de Vico, de Lessing y de Hegel, que contribuyen a imprimir un timbre historicista a la interpretación de la realidad social y política de esa generación, desde 1837 hasta 1846 y aún después. Testimonios de esas influencias son el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837), de Alberdi; el *Dogma socialista* (1837-1846), de Echeverría; el *Facundo* (1845), de Sarmiento y la *Memoria*... (1845), de López. Prevalece en ellos la consideración evolutiva de los problemas sociales, la importancia concedida a la acción morfogenética del medio, una actitud humanitarista sobre un fondo de optimismo histórico, la creencia en el progreso por oscilación como acrecentamiento de unos valores y pérdida de otros, y un determinismo colectivo que asume forma providencialista. Estas ideas, expresadas a propósito de proyectos sobre organización del país, juicios sobre la realidad política nacional y concepción de la historia patria, han sido señalados por varios autores: Raúl A. Orgaz, *Echeverría y el saint-simonismo,* Córdoba, 1934; *Alberdi y el historicismo,* id., 1937; *V. F. López y la filosofía de la historia,* id., 1938; *Sarmiento y el naturalismo histórico,* id., 1940. Coriolano Alberini, *La metafísica de Alberdi,* Arch. Univ. Buenos Aires, 1934, t. IX, nº 4-11, págs. 233-239. Luis Juan Guerrero, *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del "Facundo",* Facultad de Humanidades, La Plata, 1945. Aníbal Sánchez Reulet, *Ideas y creencias de nuestra generación romántica,* II Congr. int. de Historia de América, Bs. As., 1938, págs. 308-315. Raimundo Lida, *Sarmiento y Herder,* II Congr. int. de cat. de Literatura iberoamericana, Los Angeles, Calif., 1940, págs. 73-89. La incidencia de otras ideas sobre la misma generación se halla registrada en Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional,* en "Obras", Univ. La Plata, 1940, tomo III; Coriolano Alberini, *Deutsche Philosophie in Argentinien,* Berlín, 1930. — El segundo centenario del nacimiento de Herder, celebrado en la Argentina por varias Universidades, dió estímulo para la publicación de algunos estudios: Carlos Astrada, *El pensamiento filosófico-histórico de Herder y su idea de humanidad,* Humanidades, La Plata, 1944-45, tomo XXX, págs. 21-

36. EMILIO A. ESTIU, *Herder y Kant, dos concepciones acerca del destino del hombre,* Sustancia, Tucumán, 1947, nº XVIII. Editados por la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires (1948), aparecieron los siguientes ensayos: RODOLFO M. AGOGLIA, *El problema del mal en Herder,* págs. 249-272; JORGE H. ZUCCHI, *Naturaleza y espíritu en Herder,* págs. 273-286; RAFAEL VIRASORO, *Herder y su época,* págs. 287-328; RAÚL A. ORGAZ, *Herder y el pensamiento* argentino, págs. 389-382. — R. MONDOLFO, *Humanismo y nacionalismo en Herder,* en "Ensayos críticos sobre filósofos alemanes", Imán, Bs. Bs., 1946, págs. 61-90.

IV. TRADUCCIONES. — La conferencia *De la gracia en la escuela,* vertida al español por Luis Zulueta (La Lectura, Madrid, 1923), es, hasta ahora, la única traducción a nuestra lengua de una obra de Herder. — De las *Ideas sobre filosofía de la historia de la humanidad* hay dos versiones al francés; la primera, indirecta, de Edgard Quinet, de 1825, precedida de un valioso estudio preliminar; la segunda por Emile Tandel, París y Bruselas, 1861. *Une autre philosophie de l'histoire* y *Journal de mon voyage en l'an 1769* circulan igualmente en francés gracias a los cuidados de Max Rouché (Aubier, Editions Montaigne, París, 1943 y 1948, respectivamente).

El título original de la obra que ofrecemos ahora, por primera vez en español, es *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit* (Otra filosofía de la historia para la educacin de la humanidad). Esta obra juvenil apareció anónima en Riga, en 1774, acaso porque su autor, vinculado entonces a la Corte de Buckeburg, quería evitar molestias por haber censurado con mucha libertad el despotismo ilustrado de Federico II, rey de Prusia. El título es deliberadamente equívoco y merece un comentario. Las expresiones "filosofía de la historia" y "educación de la humanidad" estaban de moda en su tiempo y aludían a problemas candentes del momento. Las palabras "otra filosofía" invitan a esperar una exposición de ideas con el contenido y la orientación de las que circulaban entonces (VOLTAIRE, *Philosophie de l'histoire par feu l'abbé Bazin,* Amsterdam, 1765), y sin embargo encubre una actitud totalmente opuesta. El subtítulo "Contribución a muchas otras contribuciones del siglo" (*Beitrag zu vielen Beiträgen des Jahrhunderts*) acentúa el equívoco del título: lejos de sumarse a la corriente general se opone directamente a ella en actitud polémica. — La versión española se hizo sobre el texto contenido en *Herders Ausgewählte Werke,* editada por Adolf Stern, Reclam, Leipzig, 1880, tomo II, págs. 624-696. Se revisó posteriormente sobre el texto publicado por Max Rouché, en la colección bilingüe de Aubier, citada más arriba, que transcribe con fidelidad el texto de *Herders Sämtliche Werke,* edición B. Suphan, Berlín, 1877-1899, tomo V, págs. 477-586. — En la traducción española se han intercalado entre corchetes algunos títulos que, sin romper la continuidad de la exposición, permiten distinguir el relato abreviado de los hechos históricos de la interpretación filosófica general que constituye su comentario.

SECCIÓN PRIMERA

[*Los orígenes de la humanidad y la Providencia. Oriente. Egipto. Fenicia. Grecia. Roma. — Lo general y lo particular. Lo nacional y el individuo. Plenitud de cada época y progreso histórico.*]

[*Los orígenes de la humanidad y la Providencia*]

Cuanto más se penetra en la investigación de los períodos más remotos de la historia universal, de sus migraciones, lenguas, costumbres, descubrimientos y tradiciones,[1] tanto más evidente aparece con cada descubrimiento *el origen monogénico de toda la especie humana.* Nos aproximamos cada vez más al clima feliz en que una pareja humana, bajo los influjos más suaves de la Providencia creadora, asistida por circunstancias favorables, preparó el hilo que luego se extendió tan lejos, con tantos enredos; en que todas las primeras contingencias pueden ser consideradas también como disposiciones de una providencia maternal tendientes a desarrollar un delicado germen dual de la especie entera, con toda esa selección y prudencia que debemos siempre atribuir al Creador de una estirpe tan noble y a su previsión sobre los milenios y la eternidad.

[1] Según las investigaciones históricas y los viajes a Asia más recientes.

Estos primeros desarrollos eran, por supuesto, tan simples, tan delicados y maravillosos como los que se advierten en todas las manifestaciones de la Naturaleza. La semilla cae en la tierra y desaparece; el embrión se forma en lo oculto, como tal vez no lo aprobaría a priori la lente del filósofo, y la planta surge totalmente formada. La historia del más temprano desarrollo del género humano, tal como lo describe el libro más antiguo, podrá parecer breve y tan apócrifa, que vacilamos en traerla ante el espíritu filosófico de nuestro siglo que no odia nada tanto como lo maravilloso y lo hermético; pero por eso justamente es verdadera. No hay más que observar una cosa: ¿Acaso no resulta evidente, hasta para el topo más ciego de este luminosísimo siglo, de que es a la vida más larga, a un natural que obra tranquila y coherentemente, en suma, a una época heroica de la era patriarcal que le corresponde esbozar y crear para la eternidad en los primeros jefes de la especie de toda la posteridad, las primeras formas del género humano, cualesquiera que fueran? Actualmente sólo pasamos y atravesamos el mundo; sombras sobre la tierra. Además de todo el bien y el mal que aportamos (y aportamos bien poco, porque es aquí donde lo recibimos todo) casi siempre tenemos que cargar con el destino. Nuestros años, cursos de vida, ideales, empresas, impresiones, la suma de nuestra actividad en el mundo es el sueño inerte de una vigilia.

¡Simplezas! Sí, háceslos pasar, etc. [1]. Así como en la gran reserva de fuerzas y aptitudes que hallamos desarrollada en nosotros, así como en la circulación más rápida de nuestros humores y arrebatos, edades y plan de ideas, donde lo uno corre como burbuja tras lo otro para perseguir y destruirse,

[1] ["Háceslos pasar como avenida de aguas; son como sueño; como la hierba que crece en la mañana..." *Salmos,* XC, 5.]

así como el desacuerdo tan frecuente entre la fuerza y la reflexión, los medios y la inteligencia, la disposición y el coraje que siempre caracterizan a los siglos de decadencia —así como en todo eso parece haber una intención y una prudencia equilibradora que modera y asegura una gran masa de fuerzas simples reduciendo la duración y la actividad del juego vital ¿no le correspondería también exclusivamente a esa primitiva vida de vegetal y de patriarca, serena y eterna arraigar y fundar las primeras tendencias, costumbres e instituciones de la humanidad?

¿Cuáles eran esas tendencias? ¿Qué debían ser? Las más naturales, las más fuertes, las más simples: el fundamento eterno para todos los siglos de educación de la humanidad. Sabiduría en lugar de ciencia; temor a Dios en lugar de sabiduría; amor paternal, conyugal, filial en lugar de cortesía y disolución; orden en la vida; autoridad y protección divina en el hogar, prototipo de todo orden e institución social; en todo esto el disfrute más simple y a la vez más profundo de la condición humana. ¿Cómo se podía, no digo formar, sino sólo esbozar, desenvolver todo eso, sino por medio de ese poder sereno y eterno del modelo y de una serie de modelos que ejercen influencia en torno suyo? De acuerdo a nuestra escala vital todo invento se hubiera perdido cien veces; hubiera surgido como una ilusión y desaparecido como tal. Pues ¿qué irresponsable lo habría adoptado? ¿Quién —futuro irresponsable— obligaría a adoptarlo? Los primeros lazos de la humanidad se habrían disuelto, pues, en su origen; o más bien, los hilos entonces tan tenues y cortos, ¿cómo habrían podido llegar a ser jamás los sólidos lazos sin los cuales la especie humana, por simple debilitamiento, siempre decaería, aun después de siglos de educación? ¡No! Me hallo serenamente estremecido frente al cedro sagrado de un patriarca

del mundo; en torno a él centenares de jóvenes árboles florecientes; un hermoso bosque de posteridad y de perpetuación. Pero ved, el viejo cedro sigue floreciendo, sus raíces se extienden en todas direcciones y todo ese bosque joven se nutre con la savia y el vigor de su raíz. Cualquiera que fuera el origen de los conocimientos, las inclinaciones y costumbres del patriarca, cualesquiera que éstos fueran y por escasos que fueran, en torno a él ya se ha formado y afianzado un mundo y una posteridad adaptada a esas inclinaciones y a esas costumbres por la sola contemplación serena, vigorosa y eterna de su ejemplo divino. Dos milenios no fueron más que dos generaciones.

Pero prescindiendo aún de estos comienzos heroicos de la formación de la especie humana, apoyándonos en los pocos escombros de la historia profana y en los razonamientos superficiales a la manera de Voltaire, ¿qué otras circunstancias podrían imaginarse para saber cómo despertaron las primeras inclinaciones del corazón humano, que formaron y afianzaron las que ya hemos visto realmente aplicadas en las tradiciones de nuestra historia más antigua? La vida pastoril en el clima más hermoso del mundo, en que la generosa naturaleza acude al servicio o al auxilio de las necesidades más simples; la vida tranquila y nómada a la vez de la choza patriarcal, con todo lo que ofrece y sustrae a la vista; el círculo de necesidades, ocupaciones y diversiones humanas de aquella época además de todo lo que según la leyenda y la historia se añadía para dirigir esas ocupaciones y diversiones; supóngase todo eso transportado a su luz natural y viviente ¡qué vergel escogido por Dios para la educación de las primeras y más delicadas criaturas humanas! Ved a este hombre henchido de vigor y de sentimiento divino, pero que siente con la misma intimidad y serenidad con que obra la savia en el árbol, y

como el instinto, que distribuído de mil maneras entre criaturas, actúa en cada una de ellas con toda la fuerza con que puede obrar el impulso natural, sereno y normal concentrado en él. Todo el mundo que lo rodea, con la bendición de Dios, constituye una familia grande y valiente del Padre universal; ese mundo es su espectáculo diario; está ligado a él por necesidad y placer; tendiendo hacia él con esfuerzo, con cautela y suave protección. ¡Qué forma intelectual, qué corazón había de formarse bajo ese cielo; qué fuerza vital, en ese elemento! Grande y serena como la naturaleza; como ella calma y segura en todo su curso; gozando del modo más completo posible de una vida larga, del placer de la propia existencia con los días distribuídos en veladas y descansos, aprendiendo y conservando los conocimientos; ved, todo eso lo era el patriarca mismo. ¿Pero cómo, él mismo? La bendición de Dios para toda la naturaleza era más entrañable en el cuadro de la humanidad en su evolución sentimental y estructural, en la mujer creada para el hombre, en el hijo semejante a su imagen, en la estirpe divina que habitará el mundo en torno a él y después de él. Allí la bendición de Dios era su bendición; suyos los que él dominaba; suyos los que él criaba; suyos los hijos y los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación que él mismo conducía con religión y justicia, orden y felicidad. Este era el ideal espontáneo de un mundo patriarcal hacia el cual impelía todo en la naturaleza. Fuera de él ningún fin en la vida, ningún momento para pensar en el solaz o en la aplicación de las fuerzas. ¡Dios, qué condiciones para la educación de la naturaleza en sus tendencias más sencillas, más necesarias, más agradables! Ser humano, hombre, mujer, padre, madre, hijo, heredero, sacerdote de Dios, regente y padre de familia tenía que formarse allí para todos los milenios. Y la comarca patriarcal y la tienda patriarcal se-

guirá siendo eternamente, fuera de los Reinos milenarios[1] y las quimeras de los poetas, la Edad de oro de la humanidad en su infancia.

Una inducción tras otra nos demostraría que a este mundo de inclinaciones corresponden situaciones que por el engaño de nuestros tiempos muchas veces imaginamos demasiado extrañas y terribles. Inferimos un despotismo de Oriente de las manifestaciones más exageradas y violentas de casi todos los imperios decadentes, que sólo se defienden con él en su última angustia mortal (y por lo mismo es signo de agonía) y como según nuestros conceptos (y tal vez sentimientos) europeos, no se puede hablar de nada más terrible que el despotismo, para nuestro consuelo lo alejamos y se lo adjudicamos a circunstancias que de seguro no fueron tan terribles como desde nuestro punto de vista se supone.[2] Bien es posible que en la tienda del patriarca sólo haya dominado el prestigio, el ejemplo, la autoridad y que todo esto, o según el lenguaje alambicado de nuestra política, el temor haya sido el resorte de ese sistema de gobierno. Pero, hombre, no te dejes engañar por la palabra del filósofo profesional[3]; averigua primero de qué prestigio, de qué temor se trata. ¿Acaso no existe en toda vida humana una edad en que no aprendemos nada por la fría y parca razón mientras que lo aprendemos todo por inclinación, por educación y autoridad; en que no tenemos oído ni sentido ni alma para cavilaciones y razonamientos sobre el bien, la verdad y la belleza, pero en cambio lo tenemos todo para los llamados prejuicios e impresiones de la educación? Mira, esos llamados prejuicios, captados sin *barbara*

1 ["y prendió al dragón, aquella serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años." *Apocalipsis*, XX, 2.]

2 Boulanger: *Du despotisme oriental;* Voltaire: *Philosophie de l'histoire; De la tolérance,* etc.; Helvetius: *De lesprit de Dieu,* discours III, etc.

3 La multitud de secuaces de Montesquieu e *imitatorum servum pecus.*

celarent, sin el acompañamiento de ninguna demostración del derecho natural; ¡cuán fuertes, cuán profundos, cuán útiles y eternos! Pilares para todo cuanto se construirá más tarde sobre ellos, o más bien, verdaderos gérmenes de los que surge todo lo ulterior y lo más débil —cualquiera sea el nombre glorioso que se le dé (pues cada uno razona según su propio sentimiento)—, es decir, los rasgos más fuertes, eternos, casi divinos que beatifican o destruyen toda nuestra vida y que cuando nos abandonan, nos abandona todo. Y mira, todo lo que cada hombre necésita inevitablemente en su infancia, de seguro no lo necesita menos toda la especie humana en su infancia. Lo que llamais despotismo en su germen más delicado, y que en realidad no fué sino autoridad paternal para dominar la casa y la choza, mira cómo cumplía funciones a las que ahora tendrás que renunciar con toda tu fría filosofía del siglo; cómo fijaba, aunque sin demostrarlo, lo bueno y lo justo o que parecía tal, en formas eternas, con un halo de divinidad y amor paternal, con una dulce apariencia de hábito temprano y volcaba misteriosamente toda la vitalidad de las ideas infantiles de su mundo. ¡Qué necesario, qué bueno, qué útil para toda la especie! Se colocaron los fundamentos que no podían ser colocados de otra manera, que no podían ser colocados tan fácil ni tan profundamente. Y allí están. Siglos enteros construyeron sobre ellos; tempestades de generaciones los inundaron con desiertos de arena, como al pie de las pirámides, pero no lograron quebrantarlos. Allí están todavía. Y felizmente, pues todo descansa sobre ellos.

[*Oriente*]

Oriente, tierra bien escogida por Dios para tales designios. La delicada sensibilidad de estas comarcas, con su imaginación rápida y alada que se complace en revestir todo de un

brillo divino, con la veneración de todo lo que es poder, autoridad, sabiduría, fuerza, trasunto de Dios y al mismo tiempo sumisión infantil, que en ellos se mezcla naturalmente, en forma inconcebible para nosotros europeos, con el sentimiento de veneración; la vida de los pastores, dispersa, pacífica, inerme como la de los rebaños, que tiende a desenvolverse plácida y sosegadamente en un campo de Dios, todo esto, favorecido más o menos por las circunstancias, también proporcionó, por cierto, en los tiempos posteriores, materiales completos al despotismo de los conquistadores, materiales tan completos que harán que el despotismo tal vez exista siempre en el Oriente, y que hicieron que ningún despotismo haya sido derrocado en el Oriente por fuerzas extranjeras; que como no encontraba resistencia y se extendía excesivamente las veces que sucumbió, esto ocurrió bajo su propio peso. Cierto es que este despotismo también provocó los efectos más terribles y, como dirá el filósofo, el más terrible de todos, el de que ningún oriental, como tal, pudiera tener jamás una noción íntima de una constitución humana mejor. Pero todo esto se había presentado y agregado más tarde. ¿Acaso al principio el oriental, con su delicado espíritu infantil, sometido a la dulce autoridad paterna no era el educando más feliz y más dócil? Todo tenía el sabor de la leche materna y vino paterno; todo se conservaba en corazones sencillos y se lo sellaba allí con el sello de la autoridad divina. El espíritu humano recibía las primeras formas de sabiduría y de virtud con una sencillez, con un vigor y altura, que en la actualidad —digámoslo francamente— no tiene ningún parangón en nuestro frío mundo filosófico europeo. Y precisamente porque somos incapaces de comprenderlas, de sentirlas, y por lo tanto de gozarlas mejor, nos burlamos, las negamos y las interpretamos mal. ¡La mejor prueba!

Sin duda a todo esto hay que agregarle la *religión,* o más bien la religión ha sido "el elemento en que todo vivía y urdía". Alejando la mirada de toda impresión divina en la creación y en la custodia primera de la especie humana (tan necesaria para el todo como el cuidado de los padres para el niño después de su nacimiento), cuando el anciano, el padre, el rey representaban tan naturalmente a Dios, y cuando con la misma naturalidad se mezclaba la obediencia a la voluntad paterna, el apego a las costumbres antiguas y la devota sumisión a las órdenes del superior que mantenía el recuerdo de tiempos pasados [1] con una especie de sentimiento religioso infantil ¿tenían que ser necesariamente, como solemos mentarlo con tanta seguridad de acuerdo al espíritu y el corazón de nuestra época [2], embusteros y villanos los que inculcaban tales ideas? ¿las habían inventado alevosamente y abusaban despóticamente de ellas? Admitamos que tal sentimiento religioso, como elemento de nuestras acciones, sea interior y exteriormente en extremo vergonzoso y perjudicial para nuestro continente filosófico, para nuestros tiempos ilustrados, para nuestra constitución liberal (yo creo que desgraciadamente es algo más: es totalmente imposible para nosotros); admitamos que los enviados de Dios, si aparecieran ahora, fueran embusteros y villanos ¿no ves que todo era totalmente distinto para el espíritu de aquella época, para el espíritu de ese país, de ese grado de la especie humana? En todos los países la más antigua filosofía y forma de gobierno ha debido ser naturalmente en su origen una teología. El hombre se pasma ante todo antes de verlo; sólo por la admiración llega a la idea clara de la verdad y la belleza, y por su sumisión y obediencia a la posesión primera del bien, —y seguramente

1 MONTESQUIEU: *Esprit des Lois,* liv. I, 24, 25.
2 VOLTAIRE: *Phil. de l'histoire.* Helvetius, Boulanger, etc.

lo mismo le ocurre a la especie humana. ¿Acaso le has enseñado alguna vez a un niño a hablar con la gramática filosófica? ¿Le has enseñado a caminar con la más abstracta teoría del movimiento? ¿Acaso se ha tenido, se ha podido o debido explicarle el deber más fácil o más difícil por medio de una demostración de la ética? A Dios gracias eso no se debe ni se puede. En esta delicada naturaleza, ignorante y por lo mismo ávida de saber, crédula y por lo mismo capaz de toda impresión, confiada y obediente y por lo mismo dispuesta a dejarse guiar hacia todo lo bueno, que capta todo con la imaginación, la perplejidad y admiración y por lo mismo se apropia de todo tanto más sólida y maravillosamente, "la fe, la caridad y la esperanza en su tierno corazón son las únicas semillas de todo conocimiento, sentimiento y felicidad". ¿Y tú censuras la creación de Dios? ¿o acaso no ves en cada una de tus supuestas flaquezas el vehículo, el único vehículo de todo bien? ¡Necio de ti si pretendes tildar esta ignorancia y admiración, esta imaginación y veneración, este entusiasmo y espíritu infantil con las figuras diabólicas más sombrías de tu siglo de embuste y tontera, de superstición y esclavitud; te forjas un ejército de sacerdotes diabólicos y tiranos fantasmas que sólo existen en tu alma! ¡Mil veces más necio aún si pretendes obsequiarle magnánimamente a un niño con tu deísmo filosófico, tu virtud y honor estéticos, tu cosmopolitismo lleno de tolerante sometimiento, esquilmación e ilustración, de acuerdo al gusto superior de tu época! ¡A un niño! ¡Oh, tú, el peor y más necio de los niños! Con todo eso le robarías sus mejores sentimientos, la felicidad y el fondo de su naturaleza; y si lograras realizar tu plan insensato, lo harías la criatura más insoportable del mundo: un anciano de tres años.

Nuestro siglo ha grabado en su frente el nombre de Filosofía, con un agua fuerte que parece probar su fuerza

penetrando profundamente en la cabeza,[1] y por eso tuve que replicar a la divagación de esta crítica filosófica de los tiempos más antiguos, que, como se sabe, colma ahora todas las filosofías de la historia e historias de la filosofía, con otra divagación, aunque de mala voluntad y con repugnancia, sin que por eso crea necesario preocuparme de las consecuencias de una ni otra. Vete, lector mío, y trata de sentir ahora, después de milenios, la naturaleza oriental pura, tanto tiempo conservada; anímala ante tus ojos con la historia de los tiempos antiguos y té encontrarás "con tendencias que sólo habían podido formarse de esa manera en ese país, por los grandes designios de la Providencia para la especie humana". ¡Qué gran cuadro si yo pudiera presentarlo tal cual era!

[*Egipto*]

La Providencia siguió tendiendo el hilo del desenvolvimiento desde el Éufrates, el Oxus y el Ganges hasta el Nilo y las costas fenicias. Pasos enormes.

Rara vez me alejo sin veneración del antiguo Egipto y del estudio de lo que él ha llegado a ser en la historia de la especie humana. País en que habrían de formarse en parte los sentimientos y conocimientos de la juventud de la humanidad como en el Oriente los de la infancia. Tan fácil y tan insensible como allá la génesis era aquí la metamorfosis.

El Egipto no tenía praderas ni vida pastoril; por lo tanto se perdió el espíritu patriarcal de la primera vivienda. Pero formado por el limo del Nilo y fertilizado por él, obtuvo casi con la misma facilidad, la ubérrima agricultura. El mundo pastoril de costumbres, inclinaciones, conocimientos peculia-

[1] ["Y hacía que a todos, a los pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se pusiese una marca en su mano derecha, o en sus frentes; y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la señal, o el nombre de la bestia o el número de su nombre." *Apocalipsis,* XIII, 16-17.]

res se transformó en jurisdicción de gentes agrícolas. Cesó la vida nómada; se establecieron moradas fijas: la propiedad rural. Hubo que medir los campos, determinarle a cada uno lo suyo, proteger a cada uno con lo suyo; a cada uno se lo podía encontrar a su vez en lo suyo; se constituyó la seguridad pública, la jurisprudencia, el orden, la policía, todo lo cual no había sido posible en la vida nómada del Oriente; se constituyó un mundo nuevo. Surgió una industria como no la había conocido el habitante feliz y ocioso de las chozas, el peregrino y el forastero en el mundo; se inventaron artes que aquél no necesitaba ni deseaba necesitar. Con el espíritu de precisión y la actividad agrícola de los egipcios estas artes no podían menos que llegar a un alto grado de perfección mecánica. Un sentido de estricta aplicación, de seguridad y de orden presidía todo; todos tenían nociones de legislación a las que estaban comprometidos por necesidad y placer; por lo tanto también el hombre estaba sometido a esa legislación. Los sentimientos que allá sólo eran paternales, filiales, pastoriles y patriarcales aquí se hicieron civiles, rurales, urbanos. El niño ya había salido de la mantilla; el joven estaba sentado en el banco de la escuela y aprendía el orden, el trabajo y las costumbres civiles.

Una comparación precisa entre el espíritu oriental y el egipcio demostraría que no es vana mi analogía tomada de las edades del hombre. Evidentemente a lo que tenían de común ambas edades se le quitó todo viso celestial y se lo reemplazó por la conservación de la tierra y el limo de los campos; los conocimientos de Egipto dejaron de ser sabias máximas de la divinidad, para ser leyes, normas políticas de seguridad; y las últimas de aquellas máximas sólo fueron inscriptas como imagen sagrada en las losas, para que no sucumbieran, para que el muchacho se educara frente a ellas y aprendie-

ra la sabiduría. Los sentimientos de Egipto ya no eran tan delicados como los de Oriente; el sentido familiar se fué debilitando y en cambio se desarrolló la protección a la familia, la condición social, el talento de artista, que se transmitía como herencia con la condición social, como la casa y el labradío. La tienda ociosa en que dominaba el hombre se había hecho una morada de trabajo en que la mujer ya era persona, en que el patriarca ahora era un artista, que se ganaba la vida; la extensa vega de Dios llena de rebaños era un campo cubierto de pueblos y ciudades; el niño que se alimentaba con leche y miel, era un muchacho a quien se recompensaba con tortas por el cumplimiento de su deber. A través de todo vislumbraban nuevas virtudes que damos en llamar dedicación, fidelidad civil de los egipcios, pero que no era un sentimiento oriental. ¡Cuánto le repugnan aun hoy al oriental la agricultura, la vida urbana, la esclavitud en los talleres artesanos! ¡Qué poco ha avanzado durante tantos miles de años en todo esto! Vive y medra como un animal libre en el prado. Contrariamente el egipcio ¡cómo odiaba y le repugnaban el pastor y todo lo afín! Exactamente del mismo modo el griego más refinado se rebelaba a su vez contra el egipcio, acémila cargada, es decir: al muchacho le repugnaba el niño en sus pañales, el joven odiaba la prisión escolar del muchacho; pero en suma uno seguía al otro, inmediata y sucesivamente. El egipcio sin la enseñanza infantil del Oriente no sería egipcio; el griego sin el celo escolar del egipcio no sería griego. Es su mismo odio el que señala el desarrollo, el progreso, los peldaños de ascenso.

Son sorprendentes los caminos fáciles de la Providencia; ella atrajo y educó al niño con la religión, desarrolló al joven exclusivamente de acuerdo a las necesidades y la amable obligación de la escuela. El Egipto no tenía prados na-

turales; el habitante tenía que aprender, pues, la agricultura. ¡Cuán fácil se hacía ese difícil aprendizaje gracias al Nilo fertilizador! El Egipto no tenía maderas; había que aprender a construir con piedra; existían suficientes yacimientos de piedra; el Nilo resultaba cómodo para el transporte. ¡A qué altura llegó el arte! ¡Cuánto contribuyó para el desarrollo de otras artes! El Nilo desbordaba; se requerían mediciones, desagües, diques, canales, ciudades, aldeas. ¡De cuántas maneras se estaba apegado a la gleba! pero a su vez ¡cuántas organizaciones desarrolló esa gleba! En el mapa se me aparece como una plancha llena de figuras, en que todos los sentidos desarrollaron aptitudes. ¡Es tan original este país y sus productos, tan peculiar su raza humana! La inteligencia humana aprendió mucho de él, y quizás no haya comarca en el mundo en que este aprendizaje hubiera sido tan evidentemente cultura del suelo como aquí. La China es aún un trasunto. Que se juzgue y se acierte.

¡Y otra vez esa necedad de desprender la única virtud egipcia del país, del tiempo y de la juventud del espíritu humano y medirlo con la vara de una época distinta! Si, como ya se ha mostrado, el griego pudo haberse equivocado de tal manera acerca del egipcio, y el oriental pudo haber odiado al egipcio, me parece que el primer pensamiento tendría que ser el de imaginárselo exclusivamente en su lugar, pues de lo contrario se vería, máxime desde Europa, una deformación grotesca. La evolución se inició en el Oriente y en la infancia, y por supuesto la religión, el temor, la autoridad y el despotismo siempre tuvieron que constituir el vehículo de la educación, pues con el niño de siete años tampoco se puede razonar aún como con el anciano y el hombre maduro. Por eso también ese vehículo de la cultura tuvo que provocar, según nuestra opinión, cierta dureza exterior, a menudo molestias

y malestares que no son más que rencillas entre muchachos y guerrillas entre cantones. Podrás derramar toda la hiel que quieras contra la superstición egipcia y la autoridad sacerdotal, como lo hizo por ejemplo ese gentil Platón de Europa [1] que pretente plasmar todo de acuerdo al modelo griego; todo estaría muy acertado, todo muy bien si la cultura egipcia hubiera estado destinada a tu país y para tu época. Es cierto que el mantillón del niño le queda corto al gigante, y que al joven junto a la novia le resulta repelente el encierro de la escuela. Pero mira. También tu hábito talar le queda grande a aquél ¿y no ves, tú, que conoces algo del espíritu egipcio, que tu experiencia cívica, tu deísmo filosófico, las frivolidades, el tráfico en todo el mundo, la tolerancia, la cortesía, el derecho de gentes y como quiera que se llame, todo eso haría del niño un miserable joven aventajado? Tenía que estar encerrado; había que mantener cierta privación de conocimientos, sentimientos y virtudes para desarrollar lo que había en él, y que ahora, en la serie de sucesos mundiales, sólo podía desarrollar ese país y ese lugar. Por lo tanto esas desventajas le significaban ventajas o males inevitables, así como lo son el contacto con ideas extrañas para el niño y las correrías y la disciplina escolar para el muchacho. ¿Por qué quieres desplazarlo de su lugar, de su edad; matar al pobre muchacho? ¡Qué grande es la biblioteca con libros de esa especie! Otras veces los egipcios son presentados demasiado viejos. ¡Y cuánta sabiduría se infiere de sus jeroglíficos [2], sus comienzos artísticos, sus organizaciones policiales! De pronto se los desprecia frente a los griegos [3] sólo porque fueron

[1] SHAFTESBURY: *Caract.* I, III. Miscell.

[2] Kircher, D'Origny, Blackwell, etc.

[3] Wood, Webb, Winckelmann, Newton, Voltaire, ya lo uno, ya lo otro, *pro loco et tempore.*

egipcios y no griegos, como lo hacían casi todos los admiradores de Grecia cuando regresaban a su país de predilección. Injusticia evidente.

El mejor historiador del arte antiguo, Winckelmann, juzgó muy bien las obras de arte egipcias, pero evidentemente según la escala griega, por lo tanto negativamente y en nada de acuerdo a su naturaleza e índole peculiar. Casi cada frase de esta obra maestra trasluce lo evidentemente unilateral y falseado. Lo mismo hace Webb cuando opone la literatura egipcia a la de los griegos; y tantos otros que han escrito sobre las costumbres y la forma de gobierno egipcias con espíritu demasiado europeo. A los egipcios casi siempre se los considera desde Grecia, es decir desde una perspectiva exclusivamente griega. ¿Les podría ocurrir algo peor? Pero, querido griego, pretendes que esas estatuas tengan que ser nada menos (como podrías descubrirlo en todo) que modelos de las bellas artes de acuerdo a tu ideal, llenas de encanto, acción y movimiento, de todo lo cual nada sabía el egipcio, o lo cual ni respondía a su finalidad. Eran momias, recuerdos de padres muertos o antepasados, con toda la precisión de sus rasgos faciales, tamaño, de acuerdo a cien reglas establecidas a las que estaba sujeto el muchacho, es decir precisamente sin ningún encanto, sin acción, sin movimiento, en postura yacente con las manos y los pies cargados de paz y de muerte — ¡eternas momias de mármol! Mira: era eso lo que debían ser, y lo que son en efecto. Lo son en la técnica suprema del arte, en el ideal de su intención. ¡Cómo se malogra tu hermoso afán crítico! Si con un vidrio de aumento agrandaras diez veces al muchacho a la estatura de un gigante y lo iluminaras, no habría nada que explicar en él; habrá perdido su dimensión de muchacho, pero no por eso sería un gigante.

[*Fenicia*]

Los fenicios, no obstante su parentesco con los egipcios, constituyeron o llegaron a constituir en cierto modo el reverso de su cultura. Los egipcios eran enemigos, por lo menos en las épocas más tardías, del mar y de los extranjeros, y "desarrollaron exclusivamente todas las disposiciones y las artes de su país" en su país; los fenicios franquearon la montaña y el desierto, llegaron a la costa, para fundar un mundo nuevo en el mar. ¡Y en qué mar! En un estrecho colmado de islas, una ensenada entre diversos países que formado por costas, islas y cabos parecía hecho para facilitarle a una nación la tarea de la navegación y de la exploración de la tierra. ¡Qué famosos sois, Archipiélago y mar Mediterráneo, en la historia del espíritu humano! El primer estado comercial fundado íntegramente sobre el comercio, el primero en extender el mundo más allá del Asia, que fundó y vinculó pueblos ¡qué gran paso en la evolución! Por cierto la vida pastoril de los orientales casi ya no admitía comparación con este estado naciente. Desapareció el sentimiento de familia, la religión y el sosegado placer de la vida rural; la forma de gobierno dió un paso hacia la libertad de la república, de la que ni los orientales ni los egipcios tuvieron una noción clara. En las costas comerciales tenían que formarse pronto, inconsciente e involuntariamente, aristocracias, diríamos, de ciudades, casas y familias. Con todo ¡qué cambio en la forma de la sociedad humana! Por lo tanto, mientras desaparecía el odio hacia los extranjeros y el aislamiento hermético de los demás pueblos, y aunque el fenicio visitara a las naciones no precisamente por filantropía, nació una especie de amor internacional, de cosmopolitismo, de derecho de gentes del que naturalmente

no podía saber nada una tribu encerrada o un pueblecillo de colcos. El mundo se extendió; las razas humanas se comunicaban y se vinculaban cada vez más; el comercio desarrollaba una cantidad de artes, sobre todo un instinto artístico completamente nuevo para lo útil, la comodidad, la abundancia y el lujo. De pronto la actividad de los hombres descendió desde la pesada industria de las pirámides y la agricultura a un "bonito juego de actividades menores". En lugar de esos inútiles obeliscos y monolitos la arquitectura se dedicó a construir barcos complejos y útiles en cada una de sus partes. De la pirámide muda e inmóvil se hizo el mástil movible y elocuente. Después de la industria y la escultura grandiosa y monumental de los egipcios se jugaba útilmente con vidrio, con metal fraccionado y dibujado, con púrpura y lino, con utensilios del Líbano, joyas, vasijas, ornamentos; y jugando se llevó todo eso a manos de naciones extranjeras. ¡Qué mundo distinto de ocupaciones, de fines, utilidad y tendencia, de actividad humana! Naturalmente también la escritura jeroglífica, pesada y misteriosa tuvo que transformarse en "un arte fácil, abreviado y práctico de escribir y calcular". Y al habitante de la tienda y de la choza agrícola, el habitante del barco y de la costa, el vagabundo de los mares expatriado y el mercader internacional debió aparecérsele como una criatura completamente distinta. El oriental tenía que reprocharle "que había debilitado el sentido humano, el egipcio el sentimiento patriótico, aquél el amor y la vida, éste la fidelidad y la aplicación, el primero que ignoraba todo espíritu sagrado de la religión; el segundo que había revelado el secreto de las ciencias, por lo menos fragmentariamente, en sus mercados". Todo es cierto. Sólo que a la vez se desarrollaba algo muy distinto (que de ninguna manera pretendo comparar con

aquello, pues no me gusta comparar): actividad y prudencia fenicia, una nueva especie de comodidad y de bienestar, el tránsito al gusto griego y una especie de ciencia de los pueblos, el pasaje a la libertad griega. Egipcios y fenicios resultaron, entonces, a pesar del contraste en su modo de pensar, gemelos de una madre del Oriente que juntos formaron luego a Grecia y por lo tanto más adelante al mundo. Es decir, ambos fueron instrumentos transmisores en manos del destino y si se me permite continuar la alegoría, el fenicio fué el hijo mayor, que iba de un lugar a otro, con moneda más ligera, a llevar los restos de la sabiduría y la habilidad antigua a los mercados y callejuelas. ¡Cuánto les debe la cultura de Europa a los fenicios engañadores y ávidos! Y ahora veamos al hermoso adolescente griego.

[*Grecia*]

Así como siempre recordamos con placer y alegría los años juveniles, en que las fuerzas y el cuerpo llegaron a la flor de la vida, en que nuestras facultades se desarrollaron en agradable locuacidad y amistad, en que todos los sentimientos van dirigidos hacia la libertad y el amor, la alegría y el placer, todos en su primera dulce melodía; así como a esos años los consideramos la edad de oro y los campos elíseos de nuestros recuerdos (¿pues quién recuerda la primera infancia?) por cuanto aparecen con su máximo brillo en nuestra retina en el preciso momento de la eclosión de la flor, que albergan en su seno toda nuestra actividad futura y nuestras esperanzas, así también Grecia será eternamente en la historia el lugar en que la humanidad vivió su más hermosa juventud y florecimiento virginal. El muchacho ya salió de la choza y de la escuela y allí está erguido, gallardo mancebo con hermosos miembros

ungidos, favorito de todas las gracias y amante de todas las musas, vencedor en Olimpia y en todos los demás juegos; en él espíritu y cuerpo constituyen juntos una única flor abierta.

Las máximas de la infancia y las enseñanzas de la fatigosa escuela ya estaban casi olvidadas; pero de ellas el joven desarrolló todo lo que necesitaba para su prudencia y su virtud juvenil, para el canto y la alegría, el placer y la vida. Despreciaba las toscas artes manuales así como la pompa meramente bárbara y la vida pastoril demasiado simple; pero de todo cogió la flor de una nueva belleza natural. Las artes mecánicas se hicieron en sus manos bellas artes; la útil agricultura se hizo un libre gremio de ciudadanos; la pesada gravedad del severo Egipto se hizo en Grecia bella afición de toda especie. ¡Cuántas clases nuevas y bellas de sentimientos y aptitudes de las que nada sabían los tiempos anteriores y para las que sin embargo ellos habían arrojado el germen! La forma de gobierno del despotismo patriarcal del Oriente tuvo que descender pasando por los gremios rurales de Egipto y las semi-aristocracias fenicias, antes de que pudiera implantarse la hermosa idea de una república en el sentido griego de una "obediencia aparejada a la libertad y enlazada al nombre de patria". Brotó la flor, hermoso fenómeno de la naturaleza. Se llama "libertad griega". Las costumbres en el espíritu oriental de la paternidad y el espíritu egipcio del jornalero tuvieron que moderarse por la experiencia viajera de los fenicios; y mira, brotó otra hermosa flor nueva: "facilidad griega, suavidad y patriotismo". El amor tuvo que atenuar gradualmente el velo del harén antes de transformarse en el hermoso juego de la Venus, del Amor y de las Gracias griegas. También la mitología, la poesía, la filosofía, las bellas artes son el desarrollo de gérmenes antiquísimos que encontraron aquí su épo-

ca y su lugar para florecer y lanzar su aroma al mundo entero. Grecia se hizo cuna de la humanidad, del patriotismo, de la justa legislación, de lo más grato en religión, moral, literatura, poesía, artes y costumbres. Todo era alegría juvenil, gracia, juego y amor.

Ya se han desarrollado suficientemente en parte las circunstancias que contribuyeron a esta excepcional producción de la especie humana, y no hago más que extender estas circunstancias a la totalidad del complejo general de tiempos y pueblos. Mira ese hermoso clima griego y en él la especie humana perfeccionada, con la frente despejada y delicados sentidos; un auténtico país mediterráneo de la cultura, al que, desde dos extremos, confluía todo lo que éste transformaba tan fácil y noblemente. La hermosa novia servida por dos jóvenes, por la izquierda y la derecha, no hace más que idealizar. Fué la fusión de las modalidades del pensamiento fenicio y egipcio, en que una le quitaba a la otra su carácter y su angulosa pertinacia, lo que forjó en la cabeza griega el ideal, la libertad. Veamos ahora los motivos particulares de su división y agrupación desde los tiempos más remotos; su subdivisión en pueblos, repúblicas, colonias a pesar de que conservaran el espíritu colectivo, la conciencia de una nación, de una patria, de una lengua. Las circunstancias especiales para la formación de ese espíritu colectivo, desde la expedición de los argonautas y la campaña de Troya hasta los triunfos contra los persas y la derrota por los macedonios, en que Grecia pereció; la organización de juegos y certámenes públicos, con pequeñas modificaciones y diferencias, en la zona y el pueblo más pequeños; todo eso y muchas cosas más le dieron a Grecia una unidad y una diversidad que también aquí constituyó el complejo más hermoso. Lucha y ayuda mutua, aspira-

ción y moderación; las fuerzas del espíritu humano llegaron a la más hermosa proporción y desproporción. ¡Armonía de la lira griega!

¿Pero quién negaría que al mismo tiempo se perdía muchísimo del vigor y del aliento de antes? Al despojar el jeroglífico egipcio de su pesada envoltura podía haber ocurrido que se desvaneciera, a través del mar, cierta profundidad, gravedad, modalidad natural, es decir, el carácter de esta nación. El griego no conservó más que las imágenes bellas, los mecanismos, el espectáculo — nombradlo, en oposición a su pesadez, como os plazca; en suma, no quería más que eso. A la religión de Oriente se le quitó su velo sagrado; y naturalmente, como todo era presentado en el teatro y en la feria y en la pista, pronto se hizo "fábula bien ampliada, bien adornada, creada y recreada", sueño de mancebos y leyendas de doncellas. La sabiduría oriental despojada de su velo de misterio, se hizo amena habladuría, sistema y tema de discusión de las escuelas y ferias griegas. Al arte egipcio se lo despojó de su pesado ropaje artesano y al mismo tiempo perdió su exactitud técnica y el rigor artístico que los griegos desdeñaban; el coloso se redujo a la estatua; el templo gigantesco al teatro; el orden y la seguridad egipcios cedieron espontáneamente a la diversidad de Grecia. Aquel anciano sacerdote podía decir en más de un sentido "oh criaturas eternas que nada sabéis y tanto habláis, que nada tenéis y todo lo presentáis tan bellamente" [1]. El viejo oriental hablaría con más violencia desde su choza patriarcal. En vez de religión, humanidad y virtud, no les

[1] ["Uno de los sacerdotes, muy anciano, dijo: "Solón, Solón, vosotros, griegos, no sois más que niños; un griego jamás es viejo." A estas palabras, Solón preguntó: "¿Cómo lo entendéis?" y el sacerdote agregó: "Tenéis alma de jóvenes; carecéis de opiniones antiguas, heredadas de viejas tradiciones, y de una ciencia blanqueada por el tiempo." PLATÓN, *Timeo,* 22 C.].

atribuiría más que un coqueteo con todas ellas, etc. Admitámoslo. El recipiente humano es, una vez por todas, incapaz de perfección; claudica al mismo tiempo que avanza. Grecia avanzaba; la industria y la policía egipcias no podían ayudarle porque carecía de un Egipto y de un Nilo; la experiencia comercial fenicia no podía servirle, porque a sus espaldas no tenía ni el Líbano ni las Indias; había pasado el tiempo para una educación oriental; en suma, se hizo lo que fué: Grecia. Prototipo y modelo de toda belleza, gracia y simplicidad, flor juvenil de la especie humana. ¡Ojalá hubiera durado eternamente!

Creo que la situación en que coloco a Grecia contribuirá en algo a desenmarañar "la eterna discusión sobre la originalidad de los griegos o su imitación de las naciones extranjeras", y si aquí, como en otros asuntos, se hubieran cambiado puntos de vista, se habría llegado a una mejor comprensión mutua. Creo que es innegable que Grecia haya recibido de otras partes la semilla de su civilización, su lengua, sus artes y ciencias, y en algunos casos es fácil demostrarlo en la escultura, la arquitectura, la mitología, la literatura. Pero continuando los razonamientos resulta igualmente cierto que los griegos no han conservado casi nada de todo esto, pues le han conferido una naturaleza totalmente nueva, y "lo bello" en el sentido estricto de la palabra es sin duda alguna su propia obra. Su carácter no conservó ningún rasgo oriental ni fenicio ni egipcio; se hizo griego, y en muchos aspectos estos rasgos llegaron a ser casi demasiado originales; revestían y transformaban todo a su modo. Todo lo demuestra; desde el más grande de los inventos y la historia más importante hasta la palabra y el signo. Paso a paso, en todas las naciones ocurre lo mismo.

El que quiera continuar construyendo sistemas o discutir sobre las denominaciones, que lo haga.

[*Roma*]

Llegó la edad viril de las fuerzas y aspiraciones humanas: los romanos. De pronto Virgilio los describió en contraste con los griegos a quienes atribuyó las bellas artes y los ejercicios juveniles:

Tu regere imperio populos, Romane, memento[1]

y al mismo tiempo también los comparó con los nórdicos, cuyo carácter describió atribuyéndoles una ventaja en cuanto a rudeza bárbara, a fuerza de ataque y rudo valor; pero

tu regere imperio populos,

idealizó el valor de los romanos, ensalzó la virtud romana, el espíritu romano, el orgullo romano. La disposición magnánima a prescindir de la voluptuosidad, la molicie e inclusive de las diversiones más delicadas y a obrar en pro de la patria; la resuelta valentía heroica de no precipitarse ni de arrojarse al peligro, sino de esperar, meditar, preparar y obrar; la marcha inconmovible sin dejarse amedrentar por nada que se llamara obstáculo, la resolución de mostrarse más grande precisamente en la desgracia y a no desesperar; finalmente, el gran plan siempre mantenido de no conformarse hasta que sus águilas cubrieran nada menos que al mundo entero: el que sea capaz de acuñar una palabra única que encierre todas estas propiedades, que abarque a la vez la viril ecuanimidad, la sabiduría, la energía de sus proyectos, resoluciones, ejecuciones y en general todas las actividades en su construcción del mundo, que la diga. En su-

[1] *Eneida,* VI, 851. Tú, romano, recuerda de imponer tu imperio a los pueblos.

ma, aquí estaba el hombre que disfrutaba y necesitaba del mancebo, pero que para sí mismo sólo quería realizar milagros de valentía y de virilidad, con la cabeza, el corazón y los brazos.

¡A qué cumbre había llegado el pueblo romano, qué templo gigante había construído en aquellas alturas! Su edificio de Estado y de guerra, su plan y los medios para su realización: colosos para el mundo entero. ¿Podía cometerse una travesura en Roma sin que corriera sangre en tres continentes? Y las personas grandes y dignas de este imperio ¿cómo y dónde actuaban? ¿Cuáles fueron los miembros que impulsaba esta inmensa máquina, casi inconscientemente, por medio de fuerzas tan ligeras? ¿Hasta dónde se elevaron y dónde se fijaron todos sus instrumentos? Senado y estrategia, leyes y disciplina, resolución romana y fuerza para realizarla; me estremezco. Lo que había sido juego, ejercicio juvenil entre los griegos, entre los romanos se hizo institución severa y organizada; los modelos griegos en un escenario reducido, en una península, una pequeña república y, representados en esas alturas, con ese vigor se tornaron en proeza para el mundo.

De cualquier manera que se encare el asunto, siempre era "madurez del destino del viejo mundo." El tronco del árbol en su altura máxima extendió sus ramas para cobijar bajo su sombra a pueblos y naciones. Competir con los griegos, los fenicios, los egipcios y los orientales nunca fué una aspiración esencial de los romanos; pero cuando emplearon virilmente todo cuanto estaba a su alcance ¡qué orbe romano se abrió! El nombre ligaba pueblos y regiones que en otros tiempos ni siquiera se conocieron de nombre. Provincias romanas. En todas ellas circulaban romanos, legiones, leyes romanas, costumbres, virtudes y vicios romanos.

Se había derrumbado el paredón que separaba las naciones; se había dado el primer paso para destruir los caracteres nacionales de cada una, para echarlas a todas dentro de un molde único que se llamaba "pueblo romano." Por supuesto el primer paso no constituyó aún la obra; cada nación conservaba sus derechos, sus libertades, sus hábitos y su religión; más aún, los romanos los halagaban llevándose algún ídolo a su propia urbe. Pero el muro ya no existía. Siglos de dominio romano, tal como se advierte que han existido en todos los continentes, tuvieron mucho influjo. Huracán que conmovió lo más recóndito del modo de pensar de cada pueblo. El tiempo fijaba cada vez más esos lazos. Y por fin todo el imperio romano llegó a transformarse en cierto modo en ciudad de Roma, todos sus súbditos en sus ciudadanos — hasta que cayó ella misma.

De ninguna manera puede hablarse ni de ventajas ni de desventajas, sino sólo de efectos. Y aunque todos los pueblos sometidos al yugo romano dejaron de ser en cierto modo los pueblos que habían sido, y en ellos se había erigido una política universal, una milicia y un derecho de gentes de los que no existían ejemplos anteriores; cuando esa máquina se detuvo y cuando esa máquina cayó y cuando sus escombros cubrieron todas las naciones del suelo romano ¿existe en toda la historia de los siglos un espectáculo más grandioso? Todas las naciones construyen con estos escombros o sobre ellos un mundo enteramente nuevo de lenguas, costumbres, tendencias y pueblos. Comienza otra era; un nuevo espectáculo sobre el vasto mar de las naciones nuevas se extiende a la vista. Arrojemos algunas miradas desde la orilla sobre aquellos pueblos cuya historia recorrimos.

[*Lo general y lo particular*]

I. Nadie en el mundo percibe tanto como yo la invalidez de las caracterizaciones generales. Se describe un pueblo entero, un período, una comarca ¿y a quién se ha descripto? Se resumen pueblos y épocas sucesivas, en eterna variación como las olas del mar. ¿A quién se ha descripto? ¿A quién se refirió la imagen descriptiva? A la postre no se hace más que sintetizarla en una palabra general de la que quizás cada uno piensa y siente lo que quiere. Recurso imperfecto el de la descripción. ¡A qué interpretaciones erróneas se está expuesto!

Al que ha observado lo inefable que es la peculiaridad de un hombre, lo imposible que resulta expresar distintamente lo distintivo, tal como él lo siente y lo vive; ¡cuán distintas y peculiares se le aparecen todas las cosas después de haberlas visto su ojo, después de haberlas medido su alma, después de haberlas sentido su corazón! Percibirá la profundidad que existe en el carácter de una nación, y por mucho que se la haya estudiado y analizado escapa a la palabra que pocas veces es suficientemente gráfica para que todos la comprendan y la sientan. Es como si hubiese que abarcar todo el océano de pueblos, épocas y países con una sola mirada, en un sentimiento, en una palabra. ¡Pálida e incompleta evocación la de la palabra! Tendría que incluir además —o ser previa— la dinámica pintura del modo de vivir, de las costumbres, las necesidades, características geográficas y climatéricas; habría que simpatizar previamente con la nación para sentir en un solo sentimiento y un gesto a todas juntas, para encontrar una palabra cuya plenitud permita imaginar o leer todo... una palabra.

Todos creemos tener aún los instintos paternales, domés-

ticos y humanos del oriental, ser capaces de una fidelidad y de una habilidad artística como las tuvo el egipcio, de una actividad fenicia, del amor griego a la libertad, del estoicismo romano. ¿Quién no cree tener disposiciones para todo eso, siempre que el tiempo y la ocasión...? Y bien, lectores míos, estamos en eso. El infame más cobarde siempre tiene sin duda una disposición y una posibilidad remota de ser el héroe más magnánimo, pero entre esta disposición y "el sentimiento total del ser, de la existencia en ese carácter" hay un profundo abismo. Y aunque no te faltase más que el tiempo o la ocasión para transformar tus disposiciones de oriental, de griego, de romano en práctica y en auténticos instintos: abismo. Sólo se trata de instintos y de práctica. La naturaleza total del alma predomina en el conjunto, configura todas las inclinaciones y fuerzas del alma, y también tiñe los actos más indiferentes de acuerdo a ella; para sentirla no contestes con la palabra, sino acude a la época, a la región, a toda su historia, compenétrate de todo. Sólo entonces estarás en condiciones de comprender la palabra. Sólo entonces también se desvanecerá en ti esa idea de que "todo lo que existe aislada o conjuntamente también lo eres tú." ¿Tú, todo a la vez, quintaesencia de todas las épocas y países? Sólo eso ya demuestra la necedad.

Carácter de las naciones. Sólo los datos de su constitución y de su historia deben decidir. ¿Un patriarca no ha tenido, no ha podido tener acaso otras tendencias además de las que tú le atribuyes? En ambos casos respondo nada más que: "Sí; sin duda tuvo otras, rasgos colaterales que se sobreentienden de lo que dije u omití, y yo mismo, y quizás otros conmigo, que recuerdan su historia los reconocen, los comprenden en la palabra y, más aún admiten que ha podido tener rasgos muy distintos, que podía haber sido

muy distinto en otra parte, en otra época, con el progreso de la cultura, en otras condiciones; y si no ha sido un Leónidas, un César y un Abraham, podía haber sido un hombre bueno de nuestro siglo; pero no lo ha sido y es por eso que debes consultar la historia; ella se ocupa de eso.

Por eso también calculo con insignificantes contradicciones en el gran complejo de los pueblos y las épocas. Que ningún pueblo se mantuvo ni pudo mantenerse tal como fué; que todo, todo arte, toda ciencia —¿y qué no en el mundo?— tuvo su período de crecimiento, florecimiento y decadencia, que cada una de esas modificaciones sólo ha durado el tiempo mínimo que se le pudo dar en la rueda de la fortuna humana; que, por fin, en el mundo no hay dos momentos idénticos y, por lo tanto, los egipcios, los romanos y los griegos no han sido idénticos en todo momento: tiemblo cuando pienso en las sabias objeciones que sobre esto es capaz de hacer la gente erudita, aun los mismos historiadores. Grecia estaba constituída por muchos pueblos: atenienses y beocios, espartanos y corintios, eran todo menos iguales. ¿No se practicaba la agricultura también en Asia? ¿Los egipcios no tuvieron alguna vez su comercio como los fenicios? ¿Los macedonios no eran acaso tan conquistadores como los romanos? ¿Aristóteles no tenía una mente tan especulativa como Leibniz? ¿Los pueblos del norte no superaron en valor a los romanos? ¿No eran iguales todos los egipcios, griegos y romanos? ¿No son iguales todas las ratas y ratones? ¡No! Pero no por eso dejan de ser ratas y ratones.

¡Qué fastidioso resulta hablar con un público de cuya parte letrada (la parte que piensa más noblemente se calla) siempre hay que esperar tales objeciones y a veces peores, y expuestas ¡en qué tono! y cuando a la vez ese gran rebaño de ovejas, que no sabe cuál es la derecha y cuál la izquierda,

imita con sus balidos a los primeros. ¿Acaso puede existir un cuadro general sin subordinaciones y sin coordinaciones? ¿Puede existir un panorama sin elevaciones? Cuando acercas tu cara al cuadro y recortas algo de aquí y pellizcas ese grumo de pintura, jamás verás el cuadro entero; verás todo menos un cuadro. Y cuando tu mente no ve más que un grupo que te fascina ¿crees que tu mirada será capaz de abarcar el conjunto de épocas tan variadas, de ordenarlo y observarlo serenamente? ¿Podrá distinguir en cada escena el efecto principal, asistir serenamente a su desvanecimiento y por ende nombrarlo? Pero si no eres capaz de hacer nada de eso, si la historia fulgura y centellea ante tus ojos, si ves un remolino de escenas, pueblos y épocas, empieza por leer y aprender a ver. Por otra parte, yo sé tanto como tú que todo cuadro general, todo concepto general es sólo una abstracción. Sólo el Creador concibe toda la unidad de una, de todas las naciones en toda su multiplicidad, sin que por eso se desvanezca para él la unidad.

[*Lo nacional y el individuo*]

II. Apartemos, pues, esas objeciones mezquinas que desvían el fin y la perspectiva, establecidos en los designios de la serie entera. ¡Qué mezquinos se tornan "tantos juicios de moda en nuestro siglo sobre las ventajas, virtudes, felicidad de las naciones tan remotas, tan variables, basados sólo en conceptos generales y escolares!"

La naturaleza humana no es una divinidad que obra independiente en el bien; tiene que aprenderlo todo, formarse progresivamente, avanzar en lucha paulatina, por lo tanto es evidente que se formará especial o exclusivamente en esos aspectos en que se le ofrecen ocasiones para la virtud, la lu-

cha, el progreso. En cierto sentido toda perfección humana es nacional, secular y, estrictamente considerada, individual. Sólo se perfecciona aquello para lo cual el tiempo, el clima, la necesidad, el mundo, el destino dan oportunidad. Desvinculadas de lo demás y mientras duermen en el corazón las tendencias o las facultades nunca se concretan en realidad práctica. Por lo tanto una nación puede tener, por una parte, virtudes de la índole más sublime y por otra fallas grandes, constituir excepciones, presentar contradicciones y vacilaciones que sorprenden, a todos menos a aquel que tenga una imagen ideal de virtud, deducida del compendio de su siglo, y la suficiente filosofía como para poder encontrar en un lugarcito determinado del mundo al mundo entero y no otro. Para todos los que quieran conocer el corazón humano basándose en los elementos circunstanciales de su propia vida, estas excepciones y contradicciones les resultarán perfectamente humanas: proporción de fuerzas y tendencias hacia un mismo fin determinado que nunca podría ser logrado sin esas fuerzas, es decir: no hay excepciones, sino regla.

Supongamos, amigo mío, que en esa sencilla religión oriental esa adhesión al sentimiento más tierno de la vida humana ocasionara en otro sentido debilidades que tú, siguiendo el ejemplo de otras épocas, condenas. Un patriarca no puede ser ni un héroe romano, ni un atleta griego, ni un comerciante marítimo, ni tampoco aquello a lo que lo elevó el ideal de tu cátedra o de tu capricho, elogiándolo falsamente o condenándole acerbamente. Supongamos que comparado con modelos posteriores te resultara pusilánime, temeroso ante la muerte, blando, ignorante, ocioso, supersticioso, y si tuvieras hiel en la vista, repugnante; nunca dejará de ser aquello para lo cual lo formó Dios, el clima, el tiempo y el momento, es decir, patriarca, y tendrá todo lo que per-

dieron las épocas posteriores, inocencia, temor a Dios, sentido de la humanidad, en que seguirá siendo eternamente para todos los tiempos un dios. El egipcio apegado a la tierra, esclavizado, una acémila, supersticioso y triste, rudo con el extranjero, criatura rutinaria, colocado frente al ágil griego que a todo le da una forma bella, frente al filántropo de acuerdo al gusto elevado de nuestro siglo que carga con toda la sabiduría en la cabeza y con todo el mundo en el corazón ¡qué figura! Pero también lo demás: en perseverancia, fidelidad, plena serenidad, ¿puedes compararlos con la amistad infantil y el coquetear juvenil de los griegos con todo lo bello y lo agradable? ¿Y compararías a su vez la frivolidad y la futilidad griegas, frente a la religión, la falta de un definido amor, de disciplina y honorabilidad si quisieras adoptar un ideal, no sé de quién? ¿Pero esas perfecciones acaso habrían podido desarrollarse en esa medida sin esas fallas? La misma Providencia, ves tú, no lo ha exigido; sólo ha querido llegar a su propósito por medio de la variación, para continuar despertando fuerzas nuevas y relegando otras. Filósofo en el valle septentrional, con la ingenua balanza de tu siglo en la mano ¿acaso pretendes saberlo mejor que ella?

Sentencias laudatorias y censuradoras que sacamos de un pueblo predilecto de la antigüedad, del que nos enamoramos, y que arrojamos sobre el mundo entero ¿qué derecho tenéis? Aquellos romanos podían ser como ninguna otra nación, hacer lo que nadie puede imitar. Eran romanos. Sobre una cumbre del mundo, todo en torno a ellos era valle. En las alturas desde la juventud, educados en el espíritu romano, obraban de acuerdo a él. ¡Qué hay de extraño! ¡Y qué hay de extraño que un pequeño pueblo de pastores y agricultores en un valle no se hiciera una criatura de hierro que pudiera obrar

así! Y qué hay de extraño que a su vez éste tuviera virtudes que no tenía el más noble de los romanos, y que el romano más noble, desde su altura, apremiado por la necesidad, con sangre fría pudiera decretar crueldades con que, por su parte, no cargaba el alma del pastor en el pequeño valle. En la cumbre de esta máquina gigantesca desgraciadamente el sacrificio a menudo no era más que una insignificancia, a menudo necesidad y muchas veces (pobre humanidad ¡de qué situaciones eres capaz!), muchas veces satisfacción. La misma máquina que permitía vicios tan enormes era la que llevaba tan alto las virtudes, la que extendió de tal modo su influjo. ¿Pero la humanidad en su estado actual es realmente capaz de una perfección absoluta? Las cumbres lindan con el valle. Junto a los nobles espartanos viven ilotas tratados inhumanamente. El triunfador romano teñido con púrpuras divinas [1] también está invisiblemente coloreado de sangre; saqueo, ultraje y voluptuosidades rodean su carro; delante de él la opresión; la miseria y la pobreza le siguen. Vicios y virtudes conviven siempre, también en este sentido, en una morada.

Bella poesía la que envuelve a un pueblo favorito del mundo en pompas sobrehumanas. También la poesía es útil, pues el hombre también se ennoblece por medio de bellos prejuicios. Pero cuando el poeta es un historiador, un filósofo, como pretenden serlo casi todos, y modela a todos los siglos de acuerdo al patrón único de su tiempo, a veces tan pequeño y mezquino; Hume, Voltaire, Robertson, crepusculares fantasmas clásicos ¿qué sois vosotros a la luz de la verdad?

[1] [Alusión a la costumbre de colorear de rojo las mejillas de los que celebraban el triunfo en Roma.]

Una sociedad erudita de nuestro tiempo[1] planteó, sin duda con propósitos elevados, la siguiente encuesta: "¿cuál ha sido en la historia el pueblo más feliz?" Si entiendo bien la pregunta, no está fuera del horizonte de una respuesta humana. Yo no sé más que o bien en cierta época y en circunstancias determinadas a todo pueblo le correspondió un tal momento, o bien ese momento jamás ha existido. Porque si por una parte la naturaleza humana no es un receptáculo de felicidad absoluta, independiente, invariable como lo define el filósofo, por otra ella atrae toda la felicidad posible, arcilla dúctil que se adapta a las situaciones, las necesidades y apremios más diversos. Hasta la imagen de la felicidad varía con cada estado y latitud (pues ¿qué otra cosa es la felicidad sino la suma de las satisfacciones de deseos, de realización de fines y esa dulce superación de las necesidades que dependen todas del país, del tiempo y del lugar?) y por lo tanto en el fondo falla toda comparación. En cuanto se modifica el sentido intrínseco de la felicidad, la inclinación, en cuanto las circunstancias y necesidades exteriores constituyen y afirman el otro sentido ¿quién puede comparar la diferente satisfacción de sentidos diferentes de mundos diferentes? Al pastor y al patriarca del Oriente, al agricultor y al artista, al navegante, al atleta, al conquistador del mundo ¿quién puede compararlos? La corona de laureles o el espectáculo del rebaño bendito, el barco mercante y las insignias no dicen nada; pero sí para el alma que necesitaba esas cosas, que aspiraba a ellas y que al fin las consiguió, y sólo quería conseguirlas. Cada nación lleva en sí el centro de su felicidad, así como cada esfera lleva en sí su centro de gravedad.

[1] Los miembros deben haber tenido un ideal inmensamente elevado, pues, por lo que conozco, jamás vieron realizada ninguna de sus misiones filosóficas.

También aquí proveyó la buena madre. Predispuso el corazón a la diversidad, pero hizo que cada una de esas predisposiciones sea en sí tan poco apremiante de modo que cuando sólo se satisfacen algunas de ellas, el alma forma un concierto con los sonidos despiertos y sólo oye a los que aún están adormecidos en la medida en que, mudos y oscuros, apoyan el canto sonoro. Predispuso el corazón a la multiplicidad y luego puso una parte de esta diversidad en círculo en torno a nosotros a nuestro alcance; luego moderó la mirada humana para que después de algún tiempo de hábito este círculo se le hiciera horizonte. No mirar más lejos; que la imaginación apenas se exceda de ese círculo. Deseo todo lo que esté de acuerdo a mi naturaleza, lo que pueda asimilarse; aspiro a ello, me apodero de ello. Para lo que está afuera, la bondadosa naturaleza me armó de insensibilidad, frialdad y ceguera. Hasta puede llegar a ser desprecio y repugnancia, pero la única finalidad es de que yo me vuelva sobre mí mismo, de que me baste dentro del centro que me sostiene. El griego toma del egipcio todo lo que necesita de él, el romano del griego. Una vez satisfecho, lo demás cae en el suelo y no lo desea. Cuando las tendencias nacionales propias que se van transformando en una felicidad nacional han marcado excesivamente la distancia entre pueblo y pueblo, mira cómo el egipcio odia al pastor, al vagabundo, cómo desprecia al griego superficial. Eso ocurre siempre entre dos naciones cuyas tendencias y círculo de felicidad chocan. Y a eso se le llama prejuicio, localismo, nacionalismo limitado. El prejuicio es aceptable en su momento, pues hace feliz. Impulsa a los pueblos hacia su centro, los fortalece en su tronco, los hace más florecientes en su idiosincrasia, más apasionados y por lo tanto más felices en sus tendencias y fines. La nación más ignorante, más

llena de prejuicios a menudo es, en este sentido, la primera. Los períodos de exploraciones en busca de ideales y los viajes llenos de esperanzas al extranjero ya significan enfermedad, hinchazón, plenitud morbosa, presentimiento de muerte.

[*Plenitud de cada época y progreso histórico*]

III. El tono general, filosófico y filantrópico de nuestro siglo que está muy dispuesto a concederle a todas las naciones, por lejanas que sean entre sí, a todas las épocas más remotas del mundo "nuestro propio ideal" de virtud y felicidad, ¿es un juez tan exclusivo para juzgar, condenar y embellecer ajenas costumbres de acuerdo a las suyas? ¿Acaso el bien no está diseminado en el mundo? Por la razón de que una forma única de la humanidad y una zona única no pudo abarcarlo todo, se lo distribuyó en mil formas y recorre —eterno Proteo— todas las partes del mundo y todos los siglos. Pero por mucho que circule y avance ¿acaso no tiende hacia una mayor virtud o felicidad individual? La humanidad siempre será humanidad y a pesar de eso siempre asoma un plan de aspiraciones hacia el progreso. ¡Mi gran tema!

Todo aquel que hasta ahora se ha ocupado en descubrir el progreso de los siglos, suele desarrollar una idea predilecta: la del incremento de la virtud colectiva y la felicidad individual. Para eso se construyeron y se inventaron ciertos hechos; se despreciaron o se silenciaron hechos adversos; se ocultaron aspectos íntegros; se tomaron las palabras por actos, la ilustración por felicidad, ideas numerosas y sutiles por virtud, y de esta manera se hicieron "novelas sobre el mejoramiento universalmente progresivo del mundo", novelas en que nadie creyó, o por lo menos no así los auténticos discípulos de la historia y del corazón humano.

Otros que percibieron la fragilidad de esta ilusión no llegaron a una conclusión mejor. Reconocieron que los vicios y las virtudes varían con los climas, que las perfecciones surgen y sucumben como la primavera; que las costumbres y los sentimientos humanos vuelan y revolotean como hojas del destino. ¡Sin plan, sin progreso, eterna revolución —tejer y destejer— trabajo de Penélope! Cayeron en un remolino, en un escepticismo con respecto a toda virtud, felicidad y destino del hombre, que lo introducen en la historia, religión y ética. El tono de moda más nuevo de los filósofos más recientes, sobre todo de los franceses,[1] es la duda, duda en mil formas, pero todas con el título deslumbrante "tomado de la historia del mundo", contradicciones y olas del mar. Se naufraga o lo que se salva del naufragio en cuanto a moralidad y filosofía casi no merece ser tenido en cuenta.

¿No existirá un progreso y desenvolvimiento evidente, pero en un sentido más elevado que el que se ha creído? ¿Ves correr ese río? ¿Ves cómo brotó de una fuente pequeña, cómo crece, cómo arranca aquí y acumula allá, cómo serpentea y sigue cavando, cada vez más profundo, pero siempre sigue siendo agua, río, gotas, nada más que gota, hasta lanzarse al mar? ¿Y si ocurriera lo mismo con la especie humana? O bien ¿ves ese árbol que crece, a ese hombre que va creciendo? Tiene que pasar por distintas edades, todas en evidente progreso. Un esfuerzo constante y continuo. Entre cada edad hay aparentes momentos de reposo,

[1] El bueno y sincero Montaigne comenzó; el dialéctico Bayle, un razonador cuyas contradicciones en los artículos de su forma de pensamiento no han podido ser justificadas por Crousaz y Leibniz, siguió actuando sobre el siglo; luego los filósofos más recientes que dudan de todo afirman más audazmente sus propias opiniones, Voltaire, Hume, hasta los Diderot; es el gran siglo de la duda y de la agitación de las olas.

revoluciones, modificaciones y no obstante cada una tiene el centro de su felicidad en sí misma. El joven no es más feliz que el niño inocente y contento; tampoco el anciano reposado es más infeliz que el hombre ambicioso; el péndulo oscila siempre con el mismo vigor, amplía su curva y aunque apresure o retenga su oscilación hasta tender al reposo, no por eso deja de ser un esfuerzo eterno. Nadie está solo en su edad; siempre se construye sobre la anterior, ésta deviene el fundamento del futuro y no pretende ser otra cosa. Del mismo modo se pronuncia la analogía en la naturaleza, el modelo elocuente de Dios en todas sus obras. Evidentemente ocurre lo mismo en el género humano. El egipcio no pudo existir sin el oriental; el griego se apoyó en los egipcios; el romano se encaramó en los hombros del mundo entero; efectivamente hay progreso, desarrollo progresivo, aunque nadie gane individualmente por ello. Todo se encamina hacia la totalidad, lo inmenso y deviene escenario de una intención directora en la tierra —de lo cual tanto hace alarde y de la que tan poco muestra la historia exterior—, aun cuando no llegáramos a ver la intención última; escenario de la divinidad, aun cuando no la vislumbremos más que a través de los orificios y las ruinas de algunas escenas aisladas.

Por lo menos esta visión es más amplia que esa filosofía que lo invierte todo, que siempre se detiene sólo en algunas confusiones para reducirlo todo a un juego de hormigas, a una aspiración de tendencias y fuerzas aisladas sin ninguna finalidad, a un caos, en el que se duda de la virtud, de la finalidad y de Dios. Si yo lograra unir las escenas más dispares sin entremezclarlas, si lograra demostrar en qué forma se relacionan, cómo se desprenden unas de otras, cómo se pier-

den, se confunden entre sí, cómo cada una sólo es un momento y sólo por su encadenamiento es medio para fines ¡qué espectáculo! ¡Qué noble aplicación de la historia humana! ¡Qué estímulo para tener esperanzas para obrar, para creer incluso allí donde no se ve nada o no todo! Prosigo.

SECCIÓN SEGUNDA

[Irrupción del mundo nórdico. El cristianismo. Edad Media. Época moderna. — Destino y Razón. Mecanicismo moderno. Filosofía moderna. Mecanización de la filosofía. Mecanización de la educación. Medios de educación. Nuestro siglo.]

[Irrupción del mundo nórdico]

También la constitución universal romana llegó a su fin y cuanto más grande su edificio, cuanto mayor altura, tanto más grande su caída. Medio mundo se redujo a escombros. Pueblos y continentes habían vivido bajo el árbol y ahora, cuando la voz de los sagrados guardianes exclamaba: "abatidlo", ¡qué vacío ingente! Como una ruptura del hilo de los acontecimientos del universo. Era menester nada menos que un mundo nuevo para reparar esa ruptura.

Fué el Norte. Y cualesquiera que fueran los orígenes o los sistemas que se inventen sobre la situación de estos pueblos, siempre lo más simple parece lo más verdadero. En época de paz eran como patriarcados dentro de las posibilidades que ofrecía el Norte. En ese clima no era posible una vida pastoril como en Oriente. Necesidades más urgentes apremiaban más al espíritu humano que allí donde la naturaleza obraba casi esclusivamente a favor del hombre;

pero esas mismas necesidades apremiantes y el clima septentrional endurecían más al hombre de lo que podía endurecerse en el invernáculo templado y aromático del Este y del Sur. Evidentemente su estado era más rudo; sus pequeñas comunidades estaban más separadas y eran más salvajes, pero los lazos humanos conservaban todo su vigor, el instinto y la fuerza humana en abundancia. Y se pudo constituir un país tal como lo describe Tácito. De pronto este mar nórdico de pueblos entró en movimiento con todas las olas, una ola impulsaba a la otra, un pueblo a otro pueblo. Muros y diques en torno a Roma se quebraron. Los mismos romanos les habían señalado las grietas y los habían atraído para enmendarlas. Y cuando finalmente todo se derrumbó ¡qué inundación del Sur por el Norte! Y después de todas las revoluciones y atrocidades ¡qué mundo nuevo de Norte a Sur!

El que observa la situación de los países romanos (que en aquella época constituían el universo culto) en los últimos siglos quedará perplejo ante ese itinerario de la Providencia para preparar un sustituto tan extraño de fuerzas humanas y lo admirará. Todo estaba agotado, enervado, derrumbado, abandonado por los hombres, habitado por hombres enervados que estaban hundiéndose en la abundancia, los vicios, el desorden, el libertinaje y un salvaje orgullo bélico. Las bellas leyes y conocimientos romanos no podían reemplazar fuerzas que habían desaparecido ni reconstituir nervios en que ya no alentaba ánimo vital, no podían avivar resortes inertes, es decir muertos, un cadáver macilento, yacente en su sangre. Entonces nació en el Norte un hombre nuevo. Bajo un cielo nuevo, en el páramo y el yermo, allí donde nadie lo sospechaba maduraba una primavera de frutos vigorosos y nutritivos que, trasplantados a los países más hermosos del Sur, ahora tristes campos devastados, adopta-

rían una nueva naturaleza y producirían una gran cosecha para el destino del mundo. Llegaron godos, vándalos, burgundos, anglos, hunos, hérulos, francos y búlgaros, eslavos y longobardos y sentaron sus reales. Todo ese mundo moderno, desde el mar Mediterráneo hasta el mar Negro, desde el océano Atlántico hasta el mar del Norte es su obra, su raza, su estructura.

No fueron sólo fuerzas humanas, sino también leyes e instituciones lo que aportaron al escenario de la formación del universo. Evidentemente despreciaban las artes y las ciencias, la exuberancia y el refinamiento que habían asolado a la humanidad; pero en vez de aportar artificios aportaron lo natural, en vez de ciencias un sano juicio nórdico, en vez de costumbres refinadas otras fuertes y buenas, aunque salvajes, y todo eso fermentó conjuntamente ¡qué acontecimiento! ¡Qué valor varonil, qué sentimiento de honor, qué confianza en la inteligencia, la sinceridad y qué veneración a los dioses alientan sus leyes! Su organización feudal socavó la congestión de ciudades pobladas y ricas, fomentó el cultivo de la tierra, ocupó manos y hombres, hizo gente sana y por lo mismo contenta. Su ideal ulterior, que trascendía las necesidades, se orientó hacia la castidad y el honor, dignificó la mejor parte de las tendencias humanas, y a pesar de ser una fantasía, no dejaba de ser una fantasía inspirada, una auténtica flor nueva del alma humana.

Recuérdese, por ejemplo, todo el tiempo de reposo y de ejercitación de sus fuerzas que tuvo la humanidad en esos siglos de fermentación por el hecho de que todo estuviera distribuído en pequeñas agrupaciones, divisiones, subdivisiones y todo se repartiera en tantos, tantos miembros. Uno se rozaba con el otro y todo se mantenía activo y fuerte. Época de fermentación. Fué esta misma fermentación la que detuvo

por tanto tiempo al despotismo —verdaderas fauces de la humanidad— que devora todo, que mantiene la calma y la obediencia, como aduce él mismo, pero que en realidad lo lleva todo a la muerte y a la trituración uniforme. ¿Qué es mejor, más sano e inteligente para la humanidad: crear puros engranajes inertes de una gran máquina rígida sin ideas o despertar y activar fuerzas? Aunque lo último sólo se lograra por medio de las llamadas organizaciones imperfectas, el desorden, el bárbaro punto de honor, un afán salvaje de pelear y otras cosas semejantes, si se llega a algún fin, siempre es mejor que estar muerto en vida y podrirse.

[*El Cristianismo*]

Mientras tanto la Providencia había considerado propicio preparar y mezclar para esta nueva fermentación de las savias nórdicas y meridionales otro fermento nuevo: la religión cristiana. Creo que no será preciso que en nuestro siglo cristiano me excuse previamente de hablar de la religión cristiana como de un resorte del mundo. Pues no hago más que considerarlo como un fermento, como levadura[1] para el bien o para el mal o para lo que se quiera.

Este punto, mal interpretado en dos aspectos, merece algunas aclaraciones.

La religión del mundo antiguo que llegó a Grecia e Italia desde el Oriente por el Egipto ya era, en todo sentido, algo venido a menos, desvalido, verdadero *caput mortuum* de lo que había sido y debía ser. Basta con observar la mitología tardía de los griegos y el simulacro de religión política entre los romanos y no se necesita ni una palabra más. Sin

1 ["El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudo." *Evangelio según San Mateo,* XIII, 33.]

embargo casi no había "otro principio de virtud" en el mundo. El sacrificio romano por la patria había descendido de su altura y yacía en el pantano de la voluptuosidad y de la inhumanidad bélica. ¿En dónde había quedado el honor juvenil y el amor a la libertad de los griegos? ¿Y adónde estaba el antiguo espíritu egipcio en la época en que los griegos y los romanos anidaron en su país? ¿Y de dónde sacar sustitutos? La filosofía no podía darlos. Era la sofística más degenerada, una dialéctica, oropel de opiniones desvirtuadas e inseguras, una máquina de madera con colgajos harapientos sin influencia sobre el corazón humano y por lo tanto sin eficacia para mejorar un siglo decadente, un mundo decadente. Y debió realizarse la reconstrucción de los escombros por medio de pueblos que en su estado aún necesitaban de una religión y sólo podían ser guiados por ella, y que en todo mezclaban su espíritu supersticioso. Y con todo estos pueblos no hallaron en su nuevo escenario nada más que cosas que ellos despreciaban o no podían captar: mitología y filosofía romana y estatuas y emblemas. Y su religión septentrional, un vestigio de Oriente configurado de un modo nórdico, no les bastaba. Necesitaban una religión más fresca y eficaz. ¡Y ved! La Providencia la había creado poco tiempo antes en un lugar en donde menos se esperaba encontrar un sustituto para todo el mundo occidental: entre las desnudas montañas de Judea. Poco antes del derrumbe de todo ese pueblo desprestigiado, precisamente en su última época, la más miserable, surgió aquella religión de un modo que será eternamente maravilloso, se mantuvo, se abrió camino de un modo igualmente mirífico a través de despeñaderos y cavernas hasta llegar al escenario que tanto la necesitaba y sobre el que actuó tanto, tantísimo. De todas maneras, el acontecimiento más extraño del mundo.

No dejaba de ser un espectáculo grandioso y digno de admiración la disputa, bajo Juliano, entre las dos religiones más famosas, la pagana más antigua y la cristiana más reciente, por el dominio de nada menos que el mundo. La religión —él y todo el mundo lo había visto—, religión en todo el sentido de la palabra, era imprescindible en su siglo decadente. También reconoció que a su siglo no le bastaba para sus fines la mitología griega ni el protocolo estatal de Roma. Por eso recurrió a todo lo que estaba a su alcance, a la religión más vigorosa y más antigua que él mismo conociera, a la religión de Oriente. Agitó todas sus fuerzas misteriosas, su magia y milagros y la hizo teurgia pura; recurrió cuanto pudo a la filosofía, al pitagorismo y al platonismo para darle a todo la más fina apariencia de razón; colocó todo sobre el carro triunfal de la más grandiosa suntuosidad, arrastrado por los dos animales más indomables, la violencia y el fanatismo, dirigido por la política más refinada. Todo en vano. Todo sucumbió. Ya había pasado su ciclo. Miserable aderezo de un cadáver exánime que sólo en otros tiempos pudo haber obrado maravillas. Triunfaba la desnuda religión nueva: el cristianismo.

Se ve que el que trata el asunto es un extranjero, que tanto podría ser musulmán como mameluco, para escribir todo esto. Prosigo.

Esta misma religión tan maravillosamente surgida debió ser, y esto es innegable de acuerdo a la intención de su fundador (no digo que llegó a serlo en la práctica en todos los tiempos), una auténtica religión de la humanidad, impulso amoroso y lazo de todas las naciones en una confraternidad, su finalidad desde el principio hasta el fin. Es igualmente seguro (aunque más tarde sus adictos hayan hecho de ella lo que quisieron) que fué la primera religión que enseñó las

verdades espirituales tan puras, deberes tan entrañables, sin ostentación ni coacción, sin ningún velo ni superstición y que quiso mejorar el corazón humano tan exclusiva, tan plena e íntegramente. Todas las religiones anteriores de pueblos y épocas mejores no han sido más que estrictamente nacionales, llenas de imágenes y disfraces, llenas de ceremonias y usos nacionales, a las que sólo se enlazaban y agregaban postizamente ciertos deberes esenciales, en suma, religiones de un pueblo, de una comarca, de un legislador, de una época determinada. Esta nueva religión estaba en contraste evidente con todo; era la filosofía moral más límpida, la teoría más pura de las verdades y deberes, independiente de todas las leyes y pequeñas constituciones nacionales, en suma, si se quiere, el deísmo más filantrópico.

Y en este sentido indudablemente religión universal. Otros, y hasta los propios enemigos, demostraron que una tal religión no pudo haber brotado o surgido o haberse insinuado, dígase como se quiera, en otro momento, antes o después. La especie humana sólo tuvo que prepararse para el deísmo durante muchos miles de años, tuvo que salir paulatinamente de su infancia, la barbarie, la idolatría y el materialismo, sus fuerzas espirituales tuvieron que desarrollarse a través de tantos organismos nacionales, orientales, egipcios, griegos y romanos, etc. pasando por tantos grados y estados diversos antes de que pudieran emprenderse los más mínimos comienzos hacia una concepción y una adhesión al ideal de religión y deber y el vínculo de los pueblos. Aun considerado sólo como instrumento, también el espíritu romano de conquista debió preceder para trazar caminos, para establecer relaciones políticas entre los pueblos, relaciones nunca vistas antes y para encaminar en esa vía la tolerancia y las ideas sobre

el derecho de gentes en una magnitud inaudita hasta entonces. El horizonte se fué ampliando, clarificando y diez nuevas naciones de la tierra se lanzaron sobre este claro horizonte aportando una sensibilidad nueva para recibir esta religión que necesitaban, que todas asimilaron. ¡Fermento, qué extraña es tu composición, y todo está preparado para ti y todo está profunda y ampliamente entremezclado! ¡Cuánto tiempo has trabajado y fermentado y cuánto fermentarás aún!

A mí me parece que el aspecto esencial del asunto está precisamente en aquello que sirve de burla general, aguda y filosófica: "¿dónde ha sido pura esa levadura llamada religión cristiana? ¿dónde no se la ha mezclado con la masa de la mentalidad propia, más diversa y más repulsiva?". Si esta religión, tal como es en realidad, era este espíritu refinado, "un deísmo filantrópico" que no debía inmiscuirse en ninguna ley civil, si era esa filosofía del cielo, que por su misma altura y pureza supraterrena podía abarcar el mundo entero, me parece que resulta absolutamente imposible que pudiera existir y ser empleado el fino aroma sin mezclarlo con materias terrenas que en cierto modo necesita como vehículo. Era el modo natural de pensar de todos los pueblos con sus costumbres y leyes, inclinaciones y aptitudes —frío o cálido, bueno o malo, bárbaro o culto— todo, tal cual era. La religión cristiana podía y debía penetrar en todo, y aquél que en general no concibiera las empresas divinas en el mundo y en el reino humano, como resortes mundanos y humanos, es más apto para abstracciones utópicas y poéticas que para las de la filosofía de la naturaleza. ¿Acaso en la analogía de la naturaleza la divinidad obró alguna vez en otra forma que por la naturaleza. ¿Y por eso deja de ser divinidad o acaso no es una divinidad la que actúa tan extendida, uniforme e

invisiblemente a través de todas sus obras? Deja que en un escenario humano obren todas las pasiones humanas, que en cada época jueguen de acuerdo a su edad. Y también en cada continente, en cada nación. La religión no tiene que lograr fines sino por medio de los hombres y para los hombres; levadura o tesoro, todos lo llevan en su receptáculo, lo mezclan con su masa. Y cuanto más suave es su aroma, cuanto más se evapora, tanto más que hay que mezclarlo para utilizarlo. En la opinión adversa no hallo sentido humano.

[*Edad media*]

Por eso también, hablando sólo en sentido físico y humano, esta mezcla de la religión cristiana fué la más selecta que jamás pudo imaginarse. Se ocupaba de los pobres en la miseria creciente de día a día, de modo que el mismo Juliano no pudo negarle ese mérito conquistador. En épocas más tardías de desorientación fué el único consuelo y refugio en la miseria general (no hablo en el sentido que suelen hacerlo los sacerdotes); es más, desde que los bárbaros mismos se convirtieron al cristianismo, paulatinamente se constituyó en auténtico orden y seguridad del mundo. Era capaz de domar leones feroces [1] y de domar a los dominadores. ¡Qué levadura cómoda para penetrar profundamente, para obrar amplia y eternamente! En los pequeños estados podía abarcarlo todo, en las clases sociales más relegadas constituyó una especie de clase media general; en las grandes lagunas del sistema feudal meramente militar completaba las ciencias, la jurisprudencia e intervenía en el modo de pensar. Se hacía imprescindible en todas partes. En cierto modo constituyó el alma de los siglos, cuyo cuerpo no era más que espíritu

1 [Alusión a Daniel en el foso de los leones (*Daniel*, VI, 22 y *Epístola a los Hebreos*, XI, 33) y a Sansón (*Jueces*, XIV, 5-6).]

bélico y agricultura esclavizadora. ¿Acaso otra alma que no fuera la devoción podía ligar los miembros, animar el cuerpo? Si por los designios del destino el cuerpo era limitado, qué necedad imaginárselo fuera del espíritu del tiempo, por encima del espíritu. Me parece que era un medio unitario de la progresión.

¿Quién no reconoció que en cada siglo el llamado "cristianismo" adoptaba plenamente la figura o mucha analogía con la constitución en la cual o con la cual existía; que es el mismo espíritu gótico el que penetraba también en el interior y exterior de la Iglesia, que creaba trajes y ceremonias, doctrinas y templos, qué transformó el cayado episcopal en espada cuando todo el mundo llevaba espada; y creó las canonjías, el vasallaje y la servidumbre, porque en todas partes no había más que eso? Imagínese cómo crecen de siglo en siglo esas inmensas instituciones de cargos honoríficos de la Iglesia, claustros, órdenes monásticos, más tarde las Cruzadas, y predominan evidentemente en el mundo; inmenso edificio gótico, sobrecargado, agobiador, sombrío, sin gusto. La tierra parece hundirse bajo su peso. ¡Pero qué grande, rico, deliberado y poderoso! Me refiero a un acontecimiento histórico, milagro del espíritu humano y sin duda instrumento de la Providencia.

Y aun cuando con sus fermentaciones y con sus roces el cuerpo gótico logró conmover fuerzas, es indudable que el espíritu que lo animaba y lo ligaba contribuyó con su parte. Y si por medio del mismo se difundió en Europa una mezcla de nociones y tendencias elevadas, éste espíritu aun no había actuado en esa mezcla ni en esa magnitud, aunque también ella tuviera ya su vida latente en él. Pero sin poder entrar a considerar los distintos períodos del espíritu de la Edad Media, llamémoslo espíritu gótico, caballería nórdica en su sen-

tido más lato, fué un gran fenómeno de muchos siglos, países y situaciones.

En cierto modo sigue siendo "síntesis de todas las tendencias que habían desarrollado anteriormente algunos pueblos y períodos aislados". Hasta pueden ser reducidos a ellas; pero el elemento activo que ligó a todos y que los transformó en criatura viviente de Dios ya no es el mismo en cada individuo. Sentimientos paternales y respeto sagrado por el sexo femenino; inextinguible amor a la libertad y despotismo; religión y espíritu bélico; orden puntilloso y solemnidad y extraña predilección por la aventura, todo esto convergía. Nociones y tendencias orientales, romanas, nórdicas, sarracenas. Se sabe cuándo, cómo y en qué medida han confluído en ese momento y lugar y cómo se modificaron luego. El espíritu del siglo compenetraba y ligaba las propiedades más diversas: valentía y monacato, aventura y galantería, tiranía y magnanimidad. Lo unió en ese todo que actualmente entre los romanos y nosotros se nos presenta como un fantasma, como una aventura romántica; otrora fué natural, fué verdad.

A este espíritu del honor caballeresco del Norte se lo comparó [1] con los tiempos heroicos de los griegos y de hecho se encontraron puntos de comparación; pero en sí sigue siendo, a mi parecer, único en la serie de los siglos, exclusivamente idéntico a sí mismo. Por haber existido entre los romanos y nosotros —*quanti viri*— ¡nosotros!, unos lo encarnecieron terriblemente; otros, con mentalidad un tanto aventurera, lo elevaron por encima de todo. A mí me parece que no es ni más ni menos que un "estado único del mundo" que no puede ser comparado con ninguno anterior, y así como éstos, tiene sus ventajas y sus desventajas, fundado sobre ellos, en perpetua modificación y progreso hacia lo grande.

[1] HURD: *Letters on Chivalery.*

Las faces sombrías de este período aparecen en todos los libros; todo pensador clásico que considera la policía de nuestro siglo como el *non plus ultra* de la humanidad tiene oportunidad de denigrar siglos enteros acusándolos de barbarie, de miserable derecho público, superstición y necedad, fallas morales y falta de gusto, en las escuelas, el campo, los templos, en los monasterios, las alcaldías, los gremios artesanos, las chozas y las casas, y de lanzar gritos de júbilo por la luz de nuestro siglo, es decir, por su frivolidad y desenfreno, su calor por las ideas y la frialdad en sus acciones, por su aparente fuerza y libertad y por su real debilidad moral, desfallecimiento bajo la incredulidad, el despotismo y la exuberancia. En esto abundan todos los libros de nuestros Voltaire y Hume, Robertson e Iselin y en un cuadro hermoso hacen ver cómo la ilustración y el perfeccionamiento del mundo arranca de tiempos sombríos y llega al deísmo y despotismo de las almas, o sea a la filosofía y la paz, y a todo admirador de su época se le dilata el corazón.

[*Época moderna*]

Todo esto es y no es cierto. Es cierto cuando, como un niño, se compara color con color y se quiere tener un cuadrito claro y nítido — ¡en nuestro siglo desgraciadamente hay tanta luz! No es cierto si se considera esa época pasada en su esencia y en sus fines, sus placeres y hábitos, sobre todo como instrumento en el curso de los tiempos. Pues en esas instituciones y relaciones aparentemente violentas muchas veces había algo sólido, aglutinante, noble, sublime, que nosotros en la actualidad evidentemente no podemos sentir ni llegaremos a sentir jamás con nuestras costumbres —afortunadamente— refinadas, con nuestros gremios disueltos y con nuestro intercambio entre países, nuestra sabiduría innata y nuestra filan-

tropía llevada hasta el fin del mundo. Mira, tú te mofas del vasallaje de antaño, de las rústicas mansiones rurales de la nobleza, de las tantas pequeñas islas y subdivisiones y de lo que de ello dependía; no hay nada que valores tanto como la disolución de esos lazos y no conoces bien más grande que pueda acontecerle jamás a la humanidad que la liberación de Europa, y con ella la de todo el mundo. ¿Liberación? ¡Dulce soñador! Si no fuera más que eso y si eso fuera verdad. Pero fíjate también cómo la situación de aquella época permitió que se realizaran cosas que difícilmente hubiera solu cionado la inteligencia humana: Europa poblada y cultivada; los linajes y las familias, amos y siervos, rey y súbditos más estrecha y directamente unidos; las llamadas rústicas mansiones rurales evitaban el aumento excesivo y malsano de las ciudades, esos abismos para las fuerzas vitales de la humanidad; la ausencia de comercio y de refinamiento evitaba el relajamiento de costumbres y mantenía a los hombres en la sencillez, la castidad y fecundidad en los matrimonios, la pobreza y el trabajo y la agrupación en las casas. Las rudas corporaciones y los señoríos engendraron el orgullo de los caballeros y de los artesanos, y, a la vez, la confianza en sí, el afianzamiento de cada individuo en su círculo, la virilidad en su centro defendieron de la peor plaga de la humanidad, del yugo nacional y espiritual a que en efecto, todo el mundo se entrega en cuanto han sido disueltos todos los frenos. En épocas algo posteriores pudieron constituirse muchas repúblicas guerreras y fortificadas. Primero se habían plantado, alimentado y educado, por medio de razonamientos, las fuerzas entre cuyos tristes restos aún vivían. Si el cielo no os hubiese mantenido tanto tiempo, bajo tantos golpes y caídas ¡pobre Europa organizada, que devora o relega a sus hijos! ¿qué serías tú con toda tu sabiduría? ¡Un desierto!

"¿Habrá gente en el mundo que no pueda comprender que la luz no alimenta a los hombres, que la tranquilidad y la abundancia y la llamada libertad de pensamiento jamás puede ser felicidad o determinación universal?" Pero el sentimiento, movimiento, acción, aunque sin una finalidad ulterior (¿qué es lo que en el escenario de la humanidad mantiene una finalidad eterna?), aunque con golpes y revoluciones, aunque con sentimientos que de tanto en tanto se hacen fanáticos, violentos y hasta repelentes —como instrumentos en manos del tiempo— ¡qué poder, qué afecto tienen cuando es el corazón el que se alimenta y no la cabeza; cuando todo está ligado por sentimientos e impulsos y no por pensamientos achacosos; cuando hay devoción y honor caballerescos, valentía amorosa y energía civil, organización de estado y legislación, religión! Lo que menos quiero hacer es defender las eternas migraciones populares y las devastaciones, las guerras y hostilidades feudales, los ejércitos monásticos, las peregrinaciones, las cruzadas. Sólo las quiero explicar, hacer ver cómo en todo alienta un espíritu, cómo hay fermentación de fuerzas humanas, inmensa curación de toda la especie, por un movimiento violento y si se me permite hablar con audacia: el destino volvió a darle cuerda (por cierto con gran estrépito y sin que las pesas pudieran mantenerse suspendidas en reposo) al gran reloj que se había detenido. ¡Cómo rechinaron sus engranajes!

¡Qué distintas veo a esas épocas en esa luz! ¡De cuánto hay que excusarlas cuando yo mismo siempre las veo peleando contra sus fallas, luchando por mejorar, y en efecto es ese mejoramiento lo que más veo! ¡Cuántas difamaciones exageradas e injustificadas, pues le atribuyen abusos que, o bien proceden de cerebros extraños o en aquella época eran

mucho más leves e inevitables y se compensaban con un bien recíproco, o que nosotros percibimos en la actualidad claramente como medios para grandes bienes en el futuro en que ellos mismos no pensaron! ¿Quién al leer esa historia no exclama a menudo: sentimientos y virtudes de la honra y la libertad, del amor y la valentía, de la cortesía y de la palabra ¿adónde habéis quedado? Ya no tenéis profundidad. Vuestra firmeza es suelo de arena, lleno de pepitas de plata en que nada crece. Sea como fuere, dadnos en tantos sentidos vuestra devoción y superstición, vuestras tinieblas e ignorancia, vuestro desorden y crudeza de costumbres y tomad en cambio nuestras luces e incredulidad, nuestra frialdad y fineza enervada, nuestro relajamiento filosófico y nuestra miseria humana. Pero, por otra parte, la montaña tiene que lindar con el valle y la bóveda oscura y maciza no podía ser más que una bóveda oscura y maciza: gótica.

¡Paso de gigante en el curso del destino humano! Y aunque no admitiéramos más que la corrupción que se produce para encauzar el mejoramiento y el orden, no deja de ser un paso inmenso. Era menester esa sombra tan grande para dar la luz; hubo que ceñir tan fuerte el nudo para permitir luego un desenvolvimiento. ¿Pero acaso no hubo de fermentar para dar la bebida sin heces, pura y divina? Me parece que esto se deducía inmediatamente de la "filosofía favorita" del siglo. Y podréis demostrar magníficamente cuántas aristas han debido limarse fuertemente antes de que pudiera aparecer ese todo redondo, liso y gentil que somos; cómo en la Iglesia hubo de haber tantos horrores, errores, absurdos y calumnias; cómo todos los siglos hubieron de clamar y aspiraron a luchar para un mejoramiento antes que pudiera producirse vuestra Reforma o el deísmo claro y radiante. La mala

administración política tuvo que recorrer todos sus males y horrores antes de que pudiera aparecer nuestra "política" en todo el alcance del término, como el sol matutino cuando sale de la noche y de la niebla. Siguen entonces los cuadros hermosos, el orden y el progreso de la naturaleza y tú, brillante filósofo, encaramado en los hombros de todo el mundo.

Pero no hay nada en todo el reino de Dios, por mucho que se me quiera convencer, que sea exclusivamente medio. Todo es medio y fin a la vez, y con toda seguridad también estos siglos. Y si bien la flor del espíritu del siglo [Zeitgeist], el "espíritu caballeresco" ya era en sí un producto de todo el pasado, en la forma genuina del Norte, si bien la mezcla de conceptos de honor y de amor y de fidelidad y devoción y valentía y castidad que ahora constituían el ideal, no se había conocido antes, tú tienes que ver en ella, frente al mundo antiguo, en el momento en que ya se había perdido el vigor de todos los caracteres nacionales, tienes que ver en esta mezcla una compensación, un avance hacia lo grande. Desde Oriente hasta Roma todo era tronco; luego del tronco salieron las ramas y los gajos, ninguno firme en sí como el tronco, pero más amplios, más airosos, más altos. Con toda la barbarie, los conocimientos que se trataban escolásticamente eran más refinados y más elevados; los sentimientos que se aplicaban en forma bárbara y con espíritu clerical eran más abstractos y más elevados; de ambos fluían las costumbres, su imagen. Es difícil que cualquier época anterior supiera de una religión tal por pobre que fuera su aspecto; aún lo más refinado de la religión turca, aquello a que nuestros deístas asignaron tanto valor, sólo se había formado "por la religión cristiana" y aún las puntillosidades más mezquinas del monarquismo, las fantasías más novelescas demuestran que en el mundo había suficiente sutileza y habilidad

para imaginarse y captar tales cosas, y que en efecto se empezaba reciamente a respirar en un elemento tan sutil. El Papado jamás pudo haber existido en Grecia, en la antigua Roma no sólo por las causas que de ordinario se tienen en cuenta, sino en efecto también a causa de la vetusta simplicidad, porque para un sistema tan refinado aún no existía ni el sentido ni el necesario espacio. El papado del antiguo Egipto por ejemplo, era sin duda una máquina mucho más tosca y pesada. Esas formas de gobierno, a pesar de su sabor gótico, en el fondo no habían existido antes con la idea de un orden bárbaro desde sus elementos hasta su culminación, y a pesar de sus intentos siempre renovados de ligarlo todo, no llegaron a ligar nada. El azar o más bien la fuerza bruta que obra libremente se agotó en las formas pequeñas de la forma grande, que difícilmente podía haber sido imaginada por un político. Caos en que todo tendía a una nueva creación más elevada sin saber cómo, con qué figura. Las obras del espíritu y del genio de esta época son de índole semejante, saturadas del aroma complejo de todos los tiempos, demasiado henchidas de belleza, de sutilezas, de ingenio, de orden como para que subsistan como belleza, orden, ingenio. Son como los edificios góticos. Y si el espíritu penetra hasta en las instituciones y costumbres más insignificantes ¿es injusto acaso que en estos siglos siguiera apareciendo la copa del viejo árbol? Ya no es el tronco, no podía ni debía serlo, pero es la copa. Es la ausencia de unidad, lo complejo, el profuso exceso de ramas y gajos lo que constituye su naturaleza. Allí están suspendidas las flores del espíritu caballeresco, allí estarán suspendidas alguna vez, cuando la tormenta haya arrancado las hojas, los frutos más hermosos.

Tantas naciones hermanas y ninguna monarquía universal. Cada rama en cierto modo un todo; y medraban las ra-

mas, todas medraban simultáneamente, se enredaban, se confundían, cada una con su savia. Esta multiplicidad de reinos, esta coexistencia de comunidades hermanas, todas pertenecientes a una misma estirpe germánica, todas de acuerdo a un ideal de constitución, todas en la fe de una misma religión, luchando cada una consigo misma y con sus miembros, impulsada y movida en forma casi invisible aunque muy penetrante por una brisa sagrada: la autoridad papal. ¡Cómo se estremeció el árbol! ¡Cuántas ramas, flores y gajos diseminó durante las cruzadas y las conversiones de pueblos! Si los romanos, cuando sometieron al mundo, tuvieron que ayudar a los pueblos, no de la mejor manera, haciéndoles aceptar una especie de "derecho de gentes y reconociéndolos universalmente como romanos", el Papado, con toda su violencia, llegó a ser en manos del destino el instrumento para una "unión aún más elevada, para reconocer universalmente a los que debían ser cristianos, hermanos, hombres." El canto iba subiendo a un tono más elevado de disonancias y voces estridentes. Ciertas tendencias, estados e ideas más concentradas, abstractas, fermentadas se difundieron a través del mundo. Y ¡cómo prosperan las ramas y gajos de ese tronco viejo y simple del género humano!

Finalmente ocurrió, como dijimos, la solución, el desenlace. La noche larga, eterna clareó en una mañana. Se produjo la Reforma, el Renacimiento de las artes, ciencias y costumbres. Las levaduras se asentaron y se hizo nuestro pensamiento, nuestra cultura, nuestra filosofía. *On commençait à penser comme nous pensons aujourd'hui; on n' était plus barbare.*

No hay momento en el desarrollo del espíritu humano que haya sido mejor descripto que éste. Todas nuestras historias, *Discours préliminaires* a la Enciclopedia de todo el saber hu-

mano y todas las filosofías se refieren a él [1] y saben conducir a él todos los hilos tendidos que revolotean como telas de araña otoñales en los cerebros, desde el Este hacia el Oeste, desde el principio y desde el pasado a la cumbre suprema de la cultura humana. Y como el sistema ya ha sido elaborado tan perfectamente y acogido con tanto esplendor y forma, no me atrevo a agregarle nada. Sólo me permito señalar algunas observaciones.

[*Destino y Razón*]

I. Ante todo tengo que afirmar, con respecto al elogio excesivo de la razón humana, [2] que es mucho menos esta razón, si puedo decirlo así, que un ciego destino el que lanzó y condujo las cosas, el que obró en esta evolución general del mundo. O bien fueron acontecimientos tan grandes, lanzados al azar, diríamos, que excedían a toda fuerza y posibilidad humana y a los que los hombres casi siempre se oponían y cuyas consecuencias nadie imaginaba como plan premeditado; o bien fueron pequeñas contingencias, más bien hallazgos que inventos, aplicación de algo que ya se tuvo durante mucho tiempo sin verlo y sin usarlo, no fué más que un simple mecanismo, un nuevo artificio, una maniobra lo que modificaba al mundo. Filósofos del siglo XVIII, si es así ¿dónde queda vuestra idolatría frente al espíritu humano?

¿Quién estableció la ciudad de Venecia en ese lugar, por el apremio más angustioso de la miseria? ¿Y quién iba a imaginarse lo que podía y debía llegar a ser Venecia, en ese mis-

[1] HUME: *Historia de Inglaterra* y escritos varios; ROBERTSON: *Historia de Escocia* y *Carlos V*; D'ALEMBERT: *Mélanges de littérature et de philosophie;* ISELIN: *Historia de la Humanidad,* 2ª parte, escritos varios y todos los que les siguen y los repiten.

[2] Gloire de l'esprit humain, ses progrès, révolutions, son dévéloppement, sa création, etc.

mo lugar, durante mil años, para todos los pueblos del mundo? El que arrojó esas islas en el pantano y llevó a ellas a esos pocos pescadores es el mismo que deja caer la semilla que a su debido momento y en su debido lugar se transforma en un roble; es el que plantó la primera choza junto al Tíber para que Roma constituyera la cabecera eterna del mundo; es el mismo que ahora lleva a los bárbaros a que aniquilen la literatura del mundo entero, la biblioteca de Alejandría (casi un continente que desaparece) y ahora los trae para mendiguen, y obtengan un pequeño resto de literatura y lo importen a Europa por un lado totalmente distinto, por caminos que nadie había soñado ni deseado. Es el mismo que ahora hace que ellos destruyan por otro lado una ciudad imperial [1], para que las ciencias, que nadie iba a buscar allí, inutilizadas durante tanto tiempo, se refugien en Europa. Todo es un gran destino no pensado por los hombres, no esperado ni provocado por ellos. ¿No ves, hormiga, que no haces más que arrastrarte sobre la gran rueda de la fortuna?

Y penetrando más profundamente en las circunstancias del origen de toda la llamada ilustración del mundo ocurre lo mismo. En lo grande y en lo pequeño siempre lo mismo: azar, destino, divinidad. Lo que incitaba cualquier reforma no eran sino insignificancias que jamás tuvieron desde un principio el plan monstruoso que cobraron luego. Por el contrario, muchas veces cuando se trazaba de antemano un plan grande, humano, auténticamente meditado, fracasaba. Todos vuestros grandes concilios, emperadores, reyes, cardenales y señores del mundo jamás lograrán cambiar algo, pero Lutero, ese monje tosco, ignorante, sí lo logrará. Y lo conseguirá partiendo de cosas insignificantes de las que él mismo no prevé el alcance; con medios con los cuales, al modo de nuestro tiem-

[1] Constantinopla.

po, hablando filosóficamente, jamás se lograba algo semejante. Y en gran parte no fué él quien logró algo; sólo impulsó a los demás, despertó reformadores en todos los demás países, se levantó y dijo "me muevo y por eso hay movimiento." Y por eso ocurrió lo que ocurrió. Transformación del mundo. ¡Cuántas veces se habían levantado Luteros semejantes y habían sucumbido! Se les había tapado la boca con llamas y humo, o bien su palabra no encontró un ambiente suficientemente libre para retumbar. Pero ahora es primavera; la tierra se abre, el sol calienta y surgen mil plantas nuevas. Hombre, casi contra tu voluntad, nunca has sido más que un pequeño instrumento ciego.

Y el suave filósofo exclama: "¿Por qué cada una de estas reformas no se produjo preferentemente sin una revolución? Se hubiera tenido que dejar que el espíritu humano siga su camino tranquilamente en lugar de que ahora las pasiones, en la tormenta de la acción, generen nuevos prejuicios y que se cambie un mal por otro mal". Respuesta: porque un tal progreso tranquilo del espíritu humano hacia el mejoramiento del mundo apenas es más que un fantasma de nuestras mentes y nunca la marcha de Dios en la Naturaleza. Una semilla cae en la tierra; allí yace y se entumece; pero aparece el sol para despertarla; germina, los vasos se dilatan con violencia; atraviesa el suelo; luego viene la flor, el fruto. Y el horrible hongo brota cuando menos se piensa. La causa de toda reforma ha sido siempre una semillita tal que cayó silenciosa en la tierra, y apenas si vale la pena tenerla en cuenta. La gente la poseía hacía tiempo, la miraba sin fijarse en ella. Pero ahora las cosas cambiarán; por ella se modificarán y se crearán sentimientos, costumbres, todo un mundo de hábitos nuevos. ¿Y eso acaso es posible sin revolución, sin pasión ni movimiento? Lo que dijo Lutero se sabía desde hacía mucho tiempo,

pero ahora lo decía Lutero. Cuando Rogerio Bacon, Galileo, Descartes, Leibniz crearon, hubo silencio. Fué como un rayo de luz; pero sus invenciones iban a imponerse, destruir opiniones, modificar el mundo. Hubo tormentas e incendios. Aunque el reformador haya tenido pasiones que no favorecían la causa, la ciencia misma, la instauración de la causa misma lo fomentaba, y el hecho de tenerlas, de tenerlas en abundancia para poder llegar ahora gracias a un motivo insignificante a lo que siglos enteros no habían podido llegar mediante esfuerzos, maquinaciones y cavilaciones, esa es la carta de crédito de su misión.

"Por lo general no son más que simples invenciones mecánicas, conocidas parcialmente desde hace mucho tiempo, con las que se jugaba y que de pronto, por una ocurrencia, fueron aplicadas de un modo determinado que modificó al mundo." Así, por ejemplo, el empleo del vidrio para la óptica, el imán para la brújula, la pólvora para la guerra, la imprenta para las ciencias, el cálculo para un mundo matemático completamente nuevo; y todo cobró una forma nueva. Se había modificado el instrumento, se había encontrado un lugar fuera del mundo antiguo y de este modo se lo fué dejando atrás.

Se inventan las armas de fuego. Y he aquí que la antigua valentía de los Teseos, espartanos, romanos, caballeros y gigantes desaparece. La guerra está transformada. ¡Cuántas cosas varían con cada nueva guerra!

Se inventa la imprenta. ¡Y cuánto cambia el mundo de las ciencias, cuánto se alivia y se extiende, se simplifica y se aclara! Todos saben leer y deletrear; todos los que saben leer se ilustran.

¿Quién puede calcular las revoluciones en todos los continentes producidas por una pequeña aguja en el mar? Se descubren países mucho más grandes que Europa. Se conquistan

riberas cargadas de oro, plata, piedras preciosas, especias y muerte. Se encierran seres humanos, para la conversión o la civilización en minas, en ergástulas, se implanta la depravación. Europa se despuebla; las enfermedades y la voluptuosidad minan sus fuerzas más secretas. ¿Quién es capaz de contar y de describir? Nuevas costumbres, sentimientos, virtudes y vicios. ¿Quién puede contarlas y describirlas? La rueda en que se mueve el mundo desde hace tres siglos es infinita. ¿Y de qué dependía? ¿qué la impulsaba? La punta de la aguja imantada; dos o tres ideas mecánicas.

[*Mecanicismo moderno*]

II. De esto mismo debe deducirse que una gran parte de la llamada cultura nueva es una verdadera mecánica; analizándola más detenidamente este carácter mecánico aparece, en forma notable, como espíritu moderno. Cada vez métodos nuevos de cada procedimiento o arte modificaban el mundo —métodos nuevos invalidaban fuerzas que otrora eran necesarias, y que ahora se han perdido con el tiempo, pues toda fuerza no utilizada duerme. A ciertas virtudes de la estrategia, de la vida cívica, de la navegación, del gobierno, ya no se las necesitaba; se hicieron máquinas, y las máquinas son manejadas por un solo hombre, con una sola idea, con una sola señal; y por eso es que descansan inutilizadas no sé cuántas fuerzas. Se inventaron las armas de fuego y con ellas desfallecieron tantos nervios de rudo vigor para la guerra física y espiritual, valentía, fidelidad, iniciativa en los casos aislados, sentimiento de honor del mundo antiguo. El ejército se ha hecho una máquina ajustada, carente de fuerza intelectual y de voluntad, dirigida por un hombre puesto a su cabeza, que lo paga como títere movible, como muralla viviente, para que dispare y reciba balas. Un romano

y un espartano dirían quizás que en el fondo las virtudes han sido cauterizadas en el foco más íntimo del corazón y que se ha marchitado la corona del honor militar. ¿Y qué hay en su lugar? El soldado es el primer asalariado del Estado en librea de héroe. ¡Mira su honor y su profesión! Él existe y con qué facilidad se hacen saltar los restos de existencias individuales; se derrumban y destruyen las antiguas formas góticas de la libertad, las formas gremiales, las formas de propiedad, el mísero edificio de mal gusto, y se los bloquea tan intensamente en sus pequeños escombros que país, habitante, ciudadano y patria quizás puedan significar algo, pero el señor y el vasallo, el déspota y el sirviente de librea de cualquier cargo, profesión y estado, desde el campesino hasta el ministro y desde el ministro hasta el sacerdote lo son todo. A todo eso se llama soberanía, política refinada, nuevo régimen filosófico de gobierno; es el verdadero emblema de la soberanía y coronación de los tiempos modernos. ¿Pero sobre qué descansan? Como lo demuestra la más célebre águila solar en todas las monedas, descansan sobre los tambores, banderas, balas y gorras de los soldados siempre preparados.

[*Filosofía moderna*]

De que el espíritu de la filosofía moderna tiende a no ser más que una mera especie de mecánica lo demuestra, me parece, la mayor parte de sus hijos. Con toda su filosofía y erudición; ¡cuán ignorantes y débiles son a menudo en asuntos de la vida y del buen sentido! En las épocas antiguas, en cambio, el espíritu filosófico, que jamás existió por sí solo, partía de los hechos y acudía a los hechos, y por lo tanto tenía por único fin el de formar almas completas, sanas, activas; desde que se aisló y se hizo oficio aparte es un oficio. ¿Cuántos entre vosotros consideran a la Lógica, Metafísica, Moral, Física en lo

que son: órganos del alma humana, instrumentos con los cuales se debe actuar, modelos de modos de pensamiento destinados a proporcionarle a nuestra alma la forma de pensamiento más bella que le sea propia? En cambio casi todos acumulan mecánicamente los pensamientos, juegan, hacen equilibrios, como espadachín aventurero. Se baila con la espada sobre la soga académica ante la admiración y aprobación de todos los que están sentados alrededor y aclaman al gran artista porque no se rompe las narices y la nuca: ése es su arte. Cualquier asunto en el mundo, si queréis que se lo resuelva mal, confiádselo al filósofo. En el papel, ¡qué puro, qué dulce, qué hermoso y grande! ¡Qué torpe en la realización, a cada paso perplejo y atónito ante los imprevistos obstáculos y consecuencias! Mientras tanto el niño se hizo verdaderamente un gran filósofo, supo calcular y jugar tan felizmente con silogismos, figuras e instrumentos que a veces aparecieron nuevos silogismos, resultados y los llamados descubrimientos, fruto, honor y cumbre del espíritu humano, por un simple juego mecánico.

[*Mecanización de la filosofía*]

Esa era la filosofía más difícil. Ahora veamos la fácil, la hermosa. A Dios gracias ¿existe algo más mecánico que ella? En las ciencias, las artes, las costumbres, el modo de vivir, en todas las partes en que penetró, en que es savia y flor del siglo ¿hay algo más mecánico que ella? Precisamente a la antigua tradición, al necio prejuicio de aprender, madurar lentamente, de penetrar profundamente antes de juzgar lo sacudió del cuello como un yugo. Llevó a las barras de los tribunales en lugar de pequeños conocimientos polvorientos y detallados, en que cada caso debe ser tratado y juzgado como lo que es, un juicio tan lindo, tan fácil y tan libre de medir y resol-

verlo todo de acuerdo a dos casos semejantes; llevó a atenerse, prescindiendo de lo individual, que es simple *species facti,* a lo general, claro y perfecto; ser filósofo en vez de juez (flor del siglo); y en la economía del Estado y en la ciencia del gobierno adoptó, en vez de conocimientos difícilmente adquiridos sobre las necesidades y la verdadera estructura del país, una mirada de águila, un concepto de la totalidad, —¡y qué concepto!— como sobre un mapa y un cuadro filosófico. Principios desarrollados por boca de Montesquieu, según los cuales se calculan cien pueblos y zonas distintas, en dos instantes según las tablas de la política. Y lo mismo con todas las bellas artes, los oficios y casi todas las ocupaciones más insignificantes de jornaleros. ¿Para qué trabajar, sondear afanosamente en su profundidad, como en un sótano? Se razona. Hay dicionarios [1] y filosofías que hablan de todas las artes y oficios, sin comprender a ninguno con el instrumento en la mano; todos se han hecho *abrégé raisonné* de su anterior pedantería, espíritu abstracto. Filosofía de dos ideas, el asunto más mecánico del mundo.

¿Se me permite demostrar cuán noble y mecánico es el ingenio moderno? ¿Existe una lengua, una formación de períodos más elaborada, es decir, una horma más estrecha de las ideas, del modo de vivir, del genio y del gusto que en ese pueblo desde donde se difundió brillantemente en el mundo bajo mil formas distintas? ¿Existe un teatro que sea más títere de reglas de belleza? ¿Existen modos de vivir que re-

[1] ["... cuando los Voltaire y los Montesquieu hayan muerto se prolongará aún el espíritu de los Voltaire, Bossuet, Montesquieu, Racine, etc. hasta que no queden rastros de ellos. Ahora se hacen ya Enciclopedias: un D'Alembert y un Diderot consienten en ello; y justamente este libro, de que los franceses se enorgullecen, es, en mi opinión, el primer signo de su decadencia. Como no tienen nada que escribir, redactan epítomes, diccionarios, historias, vocabularios, espíritus, enciclopedias, etc. Las obras originales sucumben." HERDER, *Journal meiner Reise im Sommer 1769.*]

meden más la cortesía, la jovialidad y afectación fácil y mecánica? ¿Hay otra filosofía que sea la exposición de unos pocos sentimientos y que trate de todas las cosas del mundo según esos sentimientos? Remedan como simios el sentimiento de humanidad, el genio, la jovialidad, la virtud. Precisamente porque no son más que monos y a su vez pueden ser remedados tan fácilmente, lo son para toda Europa.

[*Mecanización de la educación*]

III. De esto se comprende hacia "qué centro" tiende y es dirigida siempre la educación. "Filosofía, pensamiento, ¡mecánica fácil! Razonamiento que se extiende hasta los pilares básicos de la sociedad que en otras épocas sólo servían de apoyo." Pero me resulta difícil concebir cómo se puede razonar, así, tan universal y exclusivamente y presentar esto como la cumbre y la finalidad de toda la educación humana, de toda felicidad, de todo bien. ¿Acaso todo el cuerpo está destinado a ver? ¿Y cuando mano y pie quieren ser ojo y cerebro, no tiene que sufrir todo el cuerpo? ¿Esos razonamientos difundidos demasiado imprudente e inútilmente podrán haber o habrán debilitado realmente los sentimientos, los impulsos, la actividad vital?

Por cierto este desfallecimiento puede resultarle agradable al espíritu de más de un país; los miembros desfallecidos tienen que desaparecer, no tienen fuerza sino para pensar en contra, por ejemplo. Toda rueda permanece en su lugar ya sea por temor, o costumbre, o voluptuosidad y filosofía. Y más de un gran rebaño dirigido filosóficamente no es sino un montón apiñado, animales y artefacto de madera. ¿Piensan? A lo sumo se distribuyen pensamientos entre ellos, pero sólo hasta cierto punto para que día a día se sientan más como

máquina, pero que sientan de acuerdo a ciertos prejuicios dados, que aprendan a rechinar y que tengan que marchar. Y rechinan, y mira, no saben más que rechinar; y se jactan de pensar libremente. Ese libre pensamiento querido, lánguido, fastidioso e inútil, sustituto para todo lo que quizás más necesitan: corazón, calor, sangre, humanidad, vida.

Y ahora que cada uno calcule. Luz elevada y difundida infinitamente, cuando los sentimientos y el impulso vital se hallan extremadamente debilitados. Ideas exaltadas de amor universal a los hombres, a los pueblos y a los enemigos y el cálido sentimiento de las inclinaciones paternales, maternales, fraternales, filiales y amistosas infinitamente debilitado. Principios de libertad, de honor, de virtud tan difundidos que todos los reconocen claramente, que en algunos países todos, hasta el más miserable, los invoca, y al mismo tiempo todos están ligados a las peores cadenas de la cobardía, vergüenza, voluptuosidad, servilismo y mísera desorientación. Difundidas infinitamente los ardides y las facilidades, aunque todos los ardides están en manos de uno o de varios que son los únicos que piensan. A la máquina se le desvanece el deseo de vivir, de obrar, de vivir como hombre, digna y buenamente, amenamente. ¿Vive más? En general y en particular, ella es el único pensamiento del amo.

¿Es éste ese bello ideal del Estado hacia el que nos hemos ido formando, que se difunde cada vez más en Europa, que llega a todas las partes del mundo y quiere regirlo todo para ser lo que somos, hombres, ciudadanos de una patria, individuos que aspiran a ser algo en el mundo? Quizá; pero seguramente cuando todos juntos según el número, las necesidades, finalidad y destino somos objeto de un cálculo político, cada uno en el uniforme de su condición: máquinas. ¡Ahí están esos relucientes mercados para la educación de la humanidad: el

púlpito y el teatro, las salas de justicia, las bibilotecas, las escuelas y sobre todo la coronación de todos ellos, las ilustres academias! ¡En qué brillo, para la eterna gloria de los príncipes, magníficamente instituídas para tantos fines grandes de la cultura e ilustración del mundo, de la felicidad de los hombres! ¿Y qué hacen? ¿Qué pueden hacer? Juegan.

[*Medios de educación*]

IV. Una palabra sobre algunos de los medios más famosos que comparten el honor de nuestro siglo de entrar en el plan creador de "educar a la humanidad". Por lo menos nos lleva a una faz muy práctica del libro.

Si este libro no ha sido escrito en vano desde el principio, se ve que la formación y el progreso de una nación siempre es sólo obra del destino, resultado de mil causas concurrentes, de todo el elemento, diríamos, en que viven. Y siendo así ¡qué bagatela expresar esta cultura sólo en y por medio de algunas ideas claras, sobre las que se trota casi desde la reestructuración de las ciencias! Tal libro, tal autor, tal cantidad de libros tiene que educar; todas las conclusiones de esos libros, la filosofía de nuestro siglo tiene que educar. ¿Acaso esto quiere decir otra cosa que despertar o fortalecer tendencias con las que se obtiene la felicidad de la humanidad? ¡Abismo, pues eso jamás ocurre! En rigor las ideas nunca dan más que ideas; algunas dan claridad, exactitud y orden en el pensar, pero eso es todo lo que se puede contar con seguridad. Pues el modo en que ha de mezclarse todo eso en el alma, lo que encuentra en ella y lo que debe modificar, la fuerza y la duración que debe tener esa transformación y finalmente la manera en que debe mezclarse e incorporarse en las mil circunstancias y articulaciones de la vida humana, tanto más de toda una época, de todo un pueblo, de toda Europa, de todo

el universo (como lo creemos en nuestra modestia); dioses, ¡qué mundo aparte de problemas!

Un hombre que llegara a conocer el modo artificioso de pensar de nuestro siglo, que leyese todos los libros que nosotros leemos desde nuestra infancia, que elogiamos y que, como suele decirse, nos educan; que reuniese todos los principios que explícita o tácitamente aceptamos y elaboramos con ciertas facultades de nuestra alma, etc., y quisiese sacar conclusiones sobre todo ese resorte viviente del siglo, se equivocaría lamentablemente. Precisamente porque esos principios son tan cotidianos y pasan de mano en mano como juguete y de boca en boca como comentario, por eso precisamente es probable que ya no puedan ejercer ningún influjo. ¿Acaso es necesario el objeto con el cual se juega? Y si se tuviera tanto grano que se dejara de sembrar, de cultivar, tanto que hubiera que cubrir el campo como granero; la tierra sería árida y seca. ¿Podrá arraigar algo en ella, prosperar? ¿Llegará un solo grano a la tierra?

¿Para qué buscaré ejemplos de una verdad para la cual desgraciadamente casi todo sirve de ejemplo, religión y moral, legislación y costumbres corrientes? Todo desborda de bellos principios, razonamientos, sistemas, interpretaciones, desborda de tal manera que casi nadie ve el suelo ni hace pie, y por lo mismo nada en la superficie. El teólogo hojea entre los ejemplos más conmovedores de la religión, aprende, sabe, demuestra y olvida; desde niños se nos educa para teólogos. Desde el púlpito resuenan principios que todos aceptamos, conocemos, sentimos como buenos y que... dejamos en y junto al púlpito. Lo mismo con la lectura, la filosofía y la moral. ¿Quién no está hastiado de leerlas? ¿Y cuál es el escritor que no se propone ante todo disfrazar bien y dorar la píldora enervada ya? Es que la cabeza y el corazón están separados;

desgraciadamente el hombre ya ha llegado al punto de obrar no de acuerdo a lo que sabe, sino a lo que quiere. ¿De qué le vale al enfermo toda la reserva de golosinas que no puede gozar por su enfermedad, y cuyo exceso precisamente lo ha enfermado?

A los difusores de este medio cultural siempre podría dejárseles la palabra y la ilusión de educar "la humanidad" y en especial a los filósofos de París, de formar *toute l'Europe et tout l'Univers;* ya sabemos lo que significa ese lenguaje, ese tono, esa frase convencional, esos giros hermosos o a lo sumo esa necesaria ilusión. Pero cuando aquellos que disponen de medios completamente distintos también caen en esa cultura libresca, cuando con ellos rodean al siglo de un halo hermoso y llevan su mirada hacia el brillo de esta luz inerte para mantener libres las manos y el corazón; error y pérdidas, sois lamentables.

Hubo una época en que la legislación fué considerada el único medio para formar naciones, y este medio, abordado del modo más extraño, no hubo de llegar a ser, casi siempre, más que una filosofía general del hombre, un código de la razón, de la humanidad y no sé qué otra cosa; el asunto era sin duda más deslumbrador que útil. Por cierto se agotaron todos los "lugares comunes sobre lo justo y el bien, las máximas de filantropía y de sabiduría, las perspectivas de todas las épocas y pueblos". ¿Para todas las épocas y pueblos? — y por lo mismo, desgraciadamente, no para el pueblo que debía adoptar ese código como si fuera su traje. Todo eso que se toma como carácter general ¿no es quizá espuma que se diluye en la atmósfera de todos los tiempos y de todos los pueblos? ¡Qué distinto es preparar el alimento para las venas y nervios del pueblo propio, para fortalecer su corazón, para renovar su médula y su savia!

Entre los enunciados con carácter general, por hermosa que sea la verdad que expresan, y su más mínima aplicación hay un abismo. ¿Y aplicarlos al único lugar conveniente? ¿para los fines correspondientes? ¿del único modo mejor? El Solón de una aldea, que no haya hecho más que abolir una mala costumbre, que no haya hecho más que poner en marcha una corriente de sentimientos y actividades humanas, ha hecho mil veces más que todos vosotros, razonadores en materia de legislación, en que todo es verdad y todo es falso —miserable sombra generalizadora.

Hubo una época en que la fundación de academias, bibliotecas, salones de arte se llamó educación del mundo. Excelente. Esa academia representa a la corte, es el digno pritaneo de hombres de mérito, un apoyo a valiosas ciencias, una sala magnífica para el aniversario del monarca. Pero ¿qué hace para la cultura del país, de la gente, de los súbditos? Y admitiendo que lo hiciera todo ¿hasta qué punto proporciona felicidad? Esas estatuas colocadas por vosotros sobre pedestales en los caminos ¿pueden transformar en griego a cada transeúnte para que las mire como tal, que las sienta y se identifique con ellas? Difícilmente. Esas poesías, esas hermosas arengas al modo ático ¿pueden crear el clima de la época en que estas poesías y arengas producían milagros? Creo que no. Y esos llamados restauradores de las ciencias, aun siendo papas y cardenales, siempre dejaron que Apolo, las musas y todos los dioses jugaran en las poesías neolatinas; sabían que era juego. La estatua de Apolo siempre podía estar colocada junto a la de Cristo y a la de Leda; las tres producían el mismo efecto: ninguno. Si la comedia y la tragedia pudieran provocar un verdadero heroísmo romano y crear Catones y Brutos ¿creéis que vuestro teatro, que vuestro púlpito aún existiría? Y al fin se acumularían en las más nobles

ciencias el Osa sobre el Pelión. ¡Gran empresa! Y casi no se sabe para qué se acumularía. Ahí están los tesoros y no se los utiliza; al menos de seguro que no es la humanidad la que los utiliza actualmente.

Hubo una época en que todos se lanzaban sobre la educación, y la educación se tradujo en hermosos conocimientos prácticos, ilustración, difusión de luces, facilidades *ad captum* y hasta en un temprano refinamiento de las buenas costumbres. Como si todo eso pudiera modificar y formar sentimientos; sin recordar siquiera alguno de los medios despreciados con que se podrían restaurar o crear buenas costumbres, incluso prejuicios, ejercicios y fuerzas, como si con eso sólo se pudiera formar "un mundo mejor". Se escribió, se imprimió, se olvidó la composición, el plan; se hizo un manual de educación, como lo tenemos por millares, un código de buenas costumbres, como aun lo tendremos por millones, y a pesar de todo el mundo permanecerá tal cual es.

¡Cuán distinto se pensaba acerca de esto en las épocas y en los pueblos en que todo aun era estrictamente nacional! Toda cultura surgía de una necesidad especial y se refería a ella; todo era experiencia, acción, aplicación de la vida en un círculo determinado, aquí en la choza patriarcal, allá en los reducidos dominios agrícolas, más allá en una pequeña república de gentes, en que todo se conoce, se siente y por lo tanto también se podía hacer sentir, en que se tenía el corazón del hombre en la mano y se conocía aquello de lo que se hablaba. No dejaba de ser un reproche halagador el que nuestro siglo ilustrado le hacía a los menos ilustrados griegos, de no haber hecho una filosofía verdaderamente universal y abstracta, sino que siempre han hablado refiriéndose a las características de las pequeñas necesidades, a un escenario reducido. Allí también el lenguaje se adaptaba,

cada palabra encontraba su lugar. Y en los tiempos mejores en que aún no se hablaba por medio de palabras, sino por medio de la acción, costumbre, ejemplo, por miles de influjos ¡cuán distinto era! Todo estaba definido, era fuerte y eterno. Ahora hablamos a la vez de cien condiciones sociales, clases, épocas, generaciones humanas, para no decir nada de ninguna; nuestra sabiduría, tan sutil e incorpórea es espíritu abstracto que se desvanece sin aplicación. Lo otro fué y siguió siendo sabiduría del ciudadano, historia de un objeto humano, savia densa en alimentos.

Si mi voz tuviese volumen y resonancia, cómo les clamaría a todos los que cooperan en la educación de la humanidad: ¡nada de expresiones generales sobre el mejoramiento, nada de cultura libresca! ¡Si es posible actos, hechos! Dejad que hablen y que construyan en el aire aquellos que tienen la desdicha de no saber hacer otra cosa. ¿El favorito de la novia no ocupa acaso un lugar más hermoso que el poeta que la canta o el intermediario que pide su mano? Mira, el que mejor canta la filantropía, el amor entre los pueblos y la fidelidad paternal quizá tiene la intención de darle por siglos la más profunda puñalada. El legislador aparentemente más noble es quizá el destructor más entrañable de su siglo; ninguna intención de mejoramiento interior, de humanidad y felicidad; siguiendo la corriente del siglo, se hizo salvador de la especie humana; de acuerdo al delirio del siglo, conquistó también la breve recompensa de todo: laurel marchito de la vanidad, mañana polvo y ceniza. La obra grande y divina de educar a la humanidad, tranquila, fuerte, oculta, eterna, no podía confinar con vanidad mezquina.

[*Nuestro siglo*]

V. Sin duda, después de leer lo que he escrito, se enunciará el lugar común de que siempre se hacen elogios del pasado y se pronuncian quejas sobre el presente; de que son niños los que se enamoran de la lejana espuma de oro, y, en cambio, entregan la manzana que tienen entre sus manos, porque no conocen lo otro; pero quizá yo no sea ese niño. Reconozco todo lo grande, lo bello y lo exclusivo de nuestro siglo y a pesar de todas mis críticas siempre adopté por norma: "filosofía: claridad difundida, habilidad mecánica y facilidad sorprendente, tolerancia". ¡Qué alto subió nuestro siglo desde la restauración de las ciencias! ¡Con qué medios extraordinariamente fáciles llegó a esa altura! ¡Cómo los ha afianzado y asegurado para la posteridad! En lugar de la exagerada declamación laudatoria que suele encontrarse en todos los libros de moda, especialmente franceses, yo creo haber hecho observaciones al respecto.

En verdad es un gran siglo, como medio y fin; sin duda es la cima más alta del árbol comparado con todos los que nos preceden y sobre los cuales nos apoyamos. Aprovechamos toda la savia posible de la raíz, del tronco y de las ramas para las finas ramas superiores; estamos muy por encima de los orientales, los griegos, los romanos y también por encima de los bárbaros góticos de la Edad Media. Dominamos desde muy alto la tierra; en cierto modo todos los pueblos y continentes están bajo nuestra sombra; y cuando una tormenta en Europa sacude dos pequeñas ramas ¡cómo se estremece y sangra todo el mundo! ¿Cuándo ha procedido tan unánimemente el mundo entero, con tan pocos hilos unidos como ahora? ¿Cuándo se ha tenido más poder y

más máquinas para estremecer con una sola presión, con un gesto a naciones enteras? Todo está suspendido en la punta de dos o tres ideas.

Y al mismo tiempo ¿cuándo tuvo luces tan universales la tierra como ahora? Y sigue iluminándose cada vez más. Si antes la sabiduría había sido estrictamente nacional, y por lo mismo cavaba más hondo y atraía más ¡qué lejos llegan ahora sus rayos! ¿Dónde no se leen los escritos de Voltaire? El mundo entero relumbra ya con la claridad de Voltaire.

Y esto parece continuar. ¿A dónde no se fundan colonias europeas y a dónde llegarán? En todas partes los salvajes, cuanto más les guste nuestro aguardiente y nuestra opulencia, tanto más se prestan para nuestra conversión. En todas partes se aproximan, sobre todo por el aguardiente y la opulencia, a nuestra civilización, y pronto serán ¡Dios mediante! hombres como nosotros, hombres buenos, fuertes, felices.

Comercio y Papado ¡cuánto habéis contribuído ya a esta gran empresa! Españoles, jesuítas y holandeses, naciones filantrópicas, desinteresadas, nobles y virtuosas ¡cuánto os debe la cultura de la humanidad en todos los continentes!

Y si esto ocurre en los demás continentes ¿cómo no ha de ocurrir en Europa? ¡Vergüenza para Inglaterra que Irlanda haya permanecido tanto tiempo en el salvajismo y la barbarie! Ahora está organizada y es feliz. ¡Vergüenza para Inglaterra que los escoceses del norte hayan andado tanto tiempo sin pantalones! Ahora por lo menos los llevan colgados en la punta de un bastón y son felices. ¿Qué nación no se ha hecho grande y feliz en este siglo por la cultura? Sólo existió una entre todas para vergüenza de la humanidad, sin academias ni sociedades agrícolas, que usaba bigotes y

por lo tanto alimentaba regicidas. Lo que la noble Francia se encargó de hacer con la salvaje Córcega, lo hicieron tres: transformar esos bigotes en hombres, tal como lo somos nosotros, buenos, fuertes, felices.

Todas las artes que cultivamos ¡cómo se han elevado! ¿Es posible imaginarse algo que esté por encima de esa política, el sistema, la ciencia para la educación del hombre [1], con el único resorte de nuestros Estados, el temor y el dinero, sin utilizar en lo más mínimo la religión (ese resorte pueril), ni el honor, ni la libertad del alma, ni la felicidad humana? ¡Cómo sabemos atrapar al único dios entre todos los dioses, a Mamón, como un segundo Proteo, y cómo lo transformamos y cómo logramos extorsionar todo lo que queremos! ¡Política feliz!

Observad un ejército. El mejor ejemplo de sociedad humana. Todos visten el mismo uniforme abigarrado y liviano, se alimentan ligeramente, piensan armónicamente, con los miembros ágiles y con movimientos elegantes. ¡Qué instrumentos brillantes y perfectos llevan en sus manos! Suma de virtudes que aprenden en cada una de sus maniobras cotidianas; un cuadro de la máxima perfección del espíritu humano y del gobierno del mundo: resignación.

¡Equilibrio de Europa! Tú, gran invento del que ninguna época anterior supo nada. ¡Esos grandes cuerpos de Estado, en que sin duda la humanidad puede recibir los mejores cuidados, ahora se rozan entre sí sin destruirse ni poder destruirse jamás y no como en esos tristes ejemplos que tenemos en la miserable política de los godos, hunos, vándalos, griegos, persas, romanos, en suma, de todos los tiempos que nos preceden! ¡Y cómo avanzan en noble marcha

[1] HUME, *Escritos políticos, Ensayos,* 4, 9, 25, 26, y su *Hist. de Inglaterra.*

real para tragar esa cuba llena de insectos y crear uniformidad, paz y seguridad! ¡Pobre ciudad! ¡Aldea torturada! ¡Bendita sea la conservación de la obediencia, de la paz y de la seguridad, de todas las virtudes cardinales y todas las felicidades! ¡Mercenarios, aliados! Equilibrio de Europa. La tranquilidad, la paz eterna, la seguridad y la obediencia imperan y tienen que imperar en Europa.

Sólo nuestros historiadores políticos y poetas épicos que evocan la historia de la monarquía pueden describir de tanto en tanto el progreso de esta situación[1]. "Otrora, tiempos tristes, en que sólo se procedía de acuerdo a las necesidades y al propio sentimiento; tiempos más tristes en que el poder de los príncipes aún no era ilimitado, y tiempos más tristes entre todos los tiempos en que sus derechos aún no eran totalmente arbitrarios. ¡Qué poco material encuentra allí el historiador filosófico de epopeyas para razonar y generalizar o pintar cuadros de conjunto de Europa, cuando no hay ejércitos capaces de amenazar las fronteras lejanas, cuando no hay soberano que pueda salir de su país para conquistar, es decir, cuando todo está establecido únicamente para una miserable resistencia y defensa; cuando no hay política ni perspectiva sobre tiempos y países extraños; ni especulación sobre la luna; es decir, cuando no hay contacto entre los países gracias a esta filantrópica solicitud, en suma —y ésta es la palabra para el más nuevo buen gusto— cuando no hay vida social en Europa! A Dios gracias, desde que han sido abolidos las fuerzas individuales y los miembros aislados del

[1] La historia de Robertson sobre Carlos V, su introducción, de la que esto no es más que un fiel extracto, con un aproximado juicio sobre su juicio.

Ταρασσει τους ανθρωπους ου τα πραγματα. αλλα τα περι των πραγματων δογματα. "Lo que perturba a los hombres no es la realidad, sino la idea que tienen de ella." Epitecto, *Manual*, V.

Estado, desde que la nobleza ha sido suplantada tan gloriosamente por las ciudades, las ciudades por las tierras emancipadas, y desde que la nobleza, las ciudades y las tierras emancipadas han sido sustituídas tan ventajosamente por los pueblos, desde que se han introducido máquinas en ese todo maravilloso y que nadie sabe ni debe saber de autoderecho, de dignidad y autodeterminación ¡bendito sea! ¡qué vida social en Europa! Cuando el monarca tiene al Estado totalmente en su poder, de modo que para él el Estado deja de ser un fin y es la acción exterior al Estado la que se hace fin, cuando ve, calcula, delibera y obra de un modo tan amplio que todos son inducidos y llevados al entusiasmo por medio de signos de que nada entiende ni sabe, cuando ningún Estado tiene el derecho de levantar una pluma sin la mirada del otro, sin que por la causa más remota se decrete de inmediato una sangría general en todos los continentes. ¡Gran universalidad! ¡Cómo surgen de ella trabadas guerras humanas, sin ningún apasionamiento! ¡Cómo surgen de ella negociaciones justas, humanas, razonables!" ¡Y cómo se fomenta con esto la máxima virtud, la resignación de cada individuo! ¡Suprema vida social en Europa!

¡Y con qué medios gloriosos[1] se llegó a "que el poder de la monarquía se acrecentara con el mismo ritmo que el debilitamiento de los individuos y la fuerza de los ejércitos mercenarios! ¡Con qué medios amplió sus privilegios, aumentó sus ingresos, sometió o dirigió a sus enemigos interiores, extendió sus fronteras! Todos están indicados en la historia medieval y moderna, especialmente en la que va a la vanguardia de toda Europa, la francesa." Medios gloriosos con una finalidad más elevada: el equilibrio de Europa, la feli-

[1] Sigue la cita de Robertson.

cidad de Europa. Dentro del equilibrio y dentro de la felicidad cada grano de arena significa mucho, sin duda.

"Nuestro sistema comercial". ¿Es posible imaginar algo superior a la refinada ciencia enciclopédica? ¡Qué miserables eran los espartanos que utilizaban a sus ilotas para la agricultura; qué bárbaros los romanos que encerraban a sus esclavos en prisiones subterráneas! En Europa la esclavitud ha sido abolida [1], porque se calculó que los esclavos costaban más y que rendían menos que la gente libre. Nos permitimos una sola cosa: utilizar tres continentes como esclavos, comerciar con ellos, desterrarlos en minas de plata e ingenios de azúcar. Pero total no son europeos ni cristianos y en cambio recibimos plata y piedras preciosas, especias, azúcar y una enfermedad secreta [2], es decir, a causa del comercio y en pro de la mutua fraternidad y la comunidad de las naciones.

"Sistema comercial". Lo grande y lo exclusivo de esa organización es evidente. Tres continentes devastados y organizados por nosotros; nosotros despoblados por ellos, enervados; hundidos en la voluptuosidad, la explotación y la muerte; esto se llama obrar con prodigalidad y felicidad. ¿Quién no sacaría provecho de esa gran nube errante de la que se nutre Europa; quién, como comerciante, no se precipitaría sobre ella y explotaría, si no encontrara a otros, hasta a sus propios hijos? El antiguo nombre de pastor de pueblos se transformó en el de monopolista. Y cuando toda esa nube termina rompiéndose con miles de huracanes ¡gran dios Mamón, al que todos servimos ahora, ayúdanos!

"Modo de vivir y costumbres". ¡Qué épocas miserables

[1] MILLAR, *De la différence des classes sociales,* c. 5.

[2] [Reminiscencia del capítulo IV de *Cándido de* VOLTAIRE.]

cuando aún había naciones y caracteres nacionales[1]; qué odio recíproco, repulsión hacia los extranjeros, arraigo en el propio centro, prejuicios ancestrales, apego a la gleba en que hemos nacido y en la que hemos de morir! ¡Modo de pensar vernáculo, círculo estrecho de ideas! ¡Eterna barbarie! Entre nosotros, a Dios gracias, se han extinguido todos los caracteres nacionales. Nos queremos todos, o mejor dicho, nadie necesita amar al prójimo; tratamos unos con otros, somos unos enteramente iguales a los otros: corteses, gentiles, felices. Es cierto que no tenemos patria, ni parientes por los cuales vivimos; pero somos filántropos y ciudadanos del mundo. Así como todos los monarcas de Europa de ahora, pronto todos nosotros hablaremos la lengua francesa. Y después ¡qué felicidad! volverán a comenzar los tiempos de oro "en que todo el mundo tuvo una sola lengua[2], en que no habrá más que un rebaño y un pastor."[3] Caracteres nacionales ¿dónde estáis?

"Modo de vivir y costumbres de Europa". ¡Cuán tardíamente maduraba la juventud en las épocas góticas del cristianismo! Apenas se emancipaba a los treinta años; se perdía la mitad de la vida en una mísera infancia. Filosofía, educación y buenas costumbres ¡qué producto nuevo habéis creado! Ahora ya estamos maduros a los trece años, y nos marchitamos por pecados secretos o expresos a los veinte. Gozamos de la vida, gozamos durante la aurora y en pleno florecimiento.

"Modo de vivir y costumbres de Europa". ¡Qué virtud gótica la modestia, el pudor juvenil, la vergüenza![4] Tem-

1 HUME: *Miscelánea*, parte IV, XXIV.
2 [*Génesis*, XI, 1.]
3 [*Evangelio según San Juan*, X, 16.]
4 HURD, *Gespräche über das Reisen*.

prano nos libramos del ambiguo e inocuo manto de la virtud; la sociedad, las mujeres (en la actualidad son ellas las que más prescinden del pudor y que en verdad menos lo necesitan), hasta nuestros padres nos la borran desde temprano de nuestras mejillas. O si no son ellos, son los preceptores de buenas costumbres. Vamos de viaje y ¿a quién se le ocurre volver con el traje chico de la niñez, anticuado e indecoroso? Tenemos aplomo, el tono de la sociedad, facilidad para servirnos de todo. ¡Linda filosofía! "Delicadeza del gusto y de las pasiones" [1]. Los griegos y romanos siempre han sido toscos en su gusto; no tenían para nada el tono adecuado al trato con el bello sexo. Platón y Cicerón eran capaces de escribir volúmenes enteros de conversaciones sobre la metafísica y las artes viriles, pero sin hacer hablar jamás a una mujer. ¿Quién soportaría entre nosotros una pieza sin amor, aunque fuera Filocteto en su isla desierta? Voltaire; pero véase cuán seriamente él mismo llama la atención sobre las consecuencias. Las mujeres son nuestro público, nuestras Aspasias del gusto y de la filosofía. Sabemos ajustar con corsé los torbellinos cartesianos y las atracciones de Newton, escribimos historia, prédicas y cuántas cosas más para las mujeres y como las mujeres. La más fina delicadeza de nuestro gusto está demostrada.

"Bellas artes y ciencias" [2]. Los antiguos por supuesto pudieron desarrollar las artes y ciencias más toscas, sobre todo durante ese mezquino e intranquilo régimen de las pequeñas repúblicas; y ved ¡qué grosera es también esa elocuencia de Demóstenes, ese teatro griego; qué grosera toda esa tan loada antigüedad! Y en cuanto a su pintura y música,

[1] Hume: *Ensayos políticos*, 1, 17, 23.

[2] Hume: *Ensayos*, parte 4, XVI, XVII. Voltaire: *Siècle de Louis XIV*, XV y XX, y los ejércitos de panegiristas de la nueva literatura.

no ha sido más que cuento ampuloso y llanto y gritos. La flor más delicada de las artes esperó que llegara la feliz monarquía. En las cortes de los Luis Corneille copió sus héroes, Racine sus sentimientos. Se inventó una especie completamente nueva de verdad, de emoción y de gusto de la que los antiguos, mitólogos fríos y deslucidos, nada supieron: la ópera. ¡Gloria a ti, ópera! ¡Centro de reunión y competencia de todas nuestras bellas artes!

Durante la feliz monarquía, por otra parte, se realizaron los grandes inventos.[1] Se inventaron en lugar de las antiguas y pedantes universidades las brillantes academias. Bossuet inventó una historia, pura declamación y prédica y registro de fechas que superó en mucho al sencillo Jenofonte y a Tito Livio. Bourdaloue inventó su género oratorio ¡cuán superior al de Demóstenes! Se inventó una música nueva, armonía que no necesitaba de ninguna melodía; una nueva arquitectura, y lo que todos creían imposible, una nueva columna, y lo que la posteridad admirará más, una arquitectura al aire libre y con todos los productos de la naturaleza: la jardinería proporcionada y simétrica, llena de goce eterno, en una naturaleza totalmente nueva sin naturaleza. Bendito sea ¿qué más podíamos inventar bajo la monarquía?

Lo último que se hizo fué filosofar.[2] ¡Y en qué forma nueva! Sin sistema ni principios, para que quedara la libertad de pensar lo contrario en cualquier momento; sin demostración, con visos de cierto ingenio, pues "ninguna filosofía estricta jamás mejoró al mundo"[3]; y finalmente ¡maravillosa invención! las *Mémoires* y diccionarios, en que

[1] Voltaire: *Siècle de Louis XIV.*

[2] D'Alembert: *Discours préliminaire à l'Encyclopedie;* Voltaire: *Tableau encyclopédique des connaissances humaines.*

[3] Hume: *Ensayos,* 1ª parte, I.

todos pueden leer todo y cuanto quieran; y la más maravillosa de las invenciones maravillosas, el diccionario, la enciclopedia de todas las ciencias y artes. "Si alguna vez todos los libros, artes y ciencias fueran destruídas por el fuego y por el agua, en ti y por ti, Enciclopedia, el espíritu humano lo tiene todo." Lo que la imprenta fué para las ciencias lo es la Enciclopedia para la imprenta[1]: cumbre suprema de la difusión, perfección y la eterna conservación.

Ahora me falta ensalzar lo mejor: nuestros inmensos progresos en la religión, puesto que ya empezamos a enumerar las variantes de la Biblia, en los principios del honor desde que abolimos la ridícula caballería e instituimos órdenos como guías de los jóvenes y como prebendas reales; y ensalzaremos sobre todo la cumbre máxima de nuestras virtudes humanas, virtudes paternales, maternales y filiales. ¿Pero quién es capaz de elogiarlo todo en un siglo como el nuestro? Basta; somos "la copa del árbol, nos creímos en una atmósfera celestial: la edad de oro está próxima".

[1] D'ALEMBERT: *Discours préliminaire à l'Encyclopedie* y *Mélanges de littérature,* I, IV.

SECCIÓN TERCERA

APÉNDICES

[Ilustración y virtud. — El destino del hombre. — Síntesis de la evolución — La religión en el mundo. — Historia de la humanidad. — El todo y el sentido de las partes.]

[Ilustración y virtud]

La atmósfera celestial es tan reparadora que con gusto se permanecería mucho tiempo en las cimas y sobre los árboles. Hay que bajar al triste suelo para arrojar una mirada parcial o de conjunto.

¡Gran criatura de Dios! ¡Obra de tres continentes y de casi seis mil años! La tierna raíz rica en savia, el esbelto retoño floreciente, el robusto tronco, las ramas pujantes y entrelazadas, los gajos despejados y abundantes, cada cosa descansa sobre otra, una surge de la otra! ¡Gran criatura de Dios! ¿Pero para qué? ¿con qué fin?

Que este surgimiento, este despliegue progresivo no "significa perfeccionamiento en el estrecho sentido escolar, me parece que lo ha demostrado todo este panorama." Ya no es semilla cuando es retoño, ya no es tierno retoño cuando es árbol. Sobre el tronco se extiende la copa; si toda rama, todo gajo de esa copa quisiese ser tronco y raíz ¿qué se haría

del árbol? Orientales, griegos, romanos, sólo existieron una vez en el mundo; sólo habían de tocar la cadena eléctrica que arrastró el destino en un punto, en un solo lugar. Por lo tanto, si nosotros queremos ser a la vez orientales, griegos, romanos, de seguro no seremos nada.

"En Europa habría en la actualidad más virtud que nunca en el mundo." ¿Y por qué? Porque hay más ilustración. Yo creo que por esa misma razón tiene que haber menos.

¿Y qué es, cuando se les pregunta a los aduladores de su siglo, qué es esta mayor virtud de Europa debida a la ilustración? "¡Ilustración! Sabemos tanto más, oímos, leemos tanto que estamos tan tranquilos, pacientes, mansos e inactivos. Seguro... seguro... sin duda hasta eso; pero con todo, el fondo de nuestro corazón siempre permanece tan tierno." Eternos zalameros, todo eso quiere decir, sí, que allí arriba somos las delgadas y ligeras ramas, trémulas y murmurantes a cada ráfaga; pero es tan lindo el rayo del sol que nos ilumina con su brillo. ¡Estamos tan por encima de las ramas grandes, el tronco y la raíz; vemos tan lejos —y no dejemos de recordarlo— podemos cuchichear tan lejos y tan bien!

¿Acaso no se ve que si no tenemos las virtudes y vicios de los tiempos pasados, es porque de ningún modo tenemos defectos? ¿Pero por qué hacer falsamente un elogio de eso? Absurdas presunciones. ¿Por qué esa farsa sobre nuestros medios de educación, como si ellos lo hubieran producido todo? ¿Por qué hacer todo lo posible por engañarse con toda la fruslería de la propia importancia? Y por fin ¿por qué llevar la "novela de una parcial mentira de escarnio" a todos los siglos, y con ella burlar y corromper las costumbres de todos los pueblos y tiempos, dándole a leer a un hombre sano, modesto y simple, exclusivamente las inmun-

dicias repugnantes del "ideal supremo de su época" contenidas en casi todas las llamadas historias pragmáticas del mundo entero? Toda la superficie de la tierra se hace estercolero en el que buscamos granos y cacareamos. ¡Filosofía del siglo!

No tenemos "salteadores de caminos, ni guerras civiles, ni desmanes".[1] ¿Pero dónde, cómo y por qué habíamos de tenerlos? Nuestros países están tan bien organizados, surcados de caminos, vigilados por guarniciones, con campos labrados sabiamente distribuídos, la sabia justicia tan alerta. ¿En dónde actuaría el pobre bandido aun cuando tuviese el valor y la fuerza para ese rudo oficio? ¿Y para qué practicarlo? Pues de acuerdo a las costumbres de nuestro siglo puede hacerse de una manera mucho más cómoda y hasta más digna y gloriosa, ladrón de hogares, de cámara o de lecho, puede hacerse pagar por el Estado por estos servicios. ¿Y por qué no ha de preferir que se le pague? ¿Para qué ese oficio tan inseguro para el cual —y a la postre es esta la razón— no tiene ni coraje, ni fuerza, ni oportunidad? ¡Dios se apiade de vuestra virtud nueva y voluntaria!

No tenemos "guerras civiles" porque todos somos súbditos tan conformes, satisfechos y felices. ¿O no será tal vez por razones que a menudo acompañan justamente lo contrario? No tenemos vicios porque todos tenemos tantas virtudes arrebatadoras, libertad griega, patriotismo romano, devoción oriental, honor caballeresco y todo eso en sumo grado. ¿O no será precisamente porque carecemos de todo eso y por desgracia tampoco podemos tener vicios unilaterales y seleccionados? ¡Gajos débiles y vacilantes!

Como tales tenemos el privilegio de juzgar y valorar tan modestamente nuestros medios de cultura. Desde el punto

[1] [HUME: *Essays, moral, political, and literary*, XII.]

de vista espiritual, decimos que el mundo jamás se halló tan humana y teológicamente iluminado; desde el punto de vista secular, afirmamos que jamás lo ha sido tan humana y uniformemente, tan obediente y ordenadamente; que nuestra justicia jamás ha sido tan humana y pacífica y por fin, que nuestra filosofía nunca ha sido tan humana y divina como ahora. ¿Y a quién se debe? Y todos se señalan a sí mismos. "Somos los médicos, los salvadores, los ilustradores, los nuevos creadores; han pasado las épocas de los delirios febriles." Sí, a Dios gracias. Y el tísico está tranquilo en su cama, gime... agradece. ¡Agradece! ¿Pero realmente agradece? Y si lo hiciera ¿ese mismo agradecimiento no sería un síntoma de su decadencia, de su pusilanimidad y de la más temerosa humanidad? ¿Cómo, si el sentimiento de algo mejor se hubiera esfumado junto con el placer; y yo mismo, en el momento en que escribo esto, me expongo quizá a las deformaciones y aberraciones más venenosas y desdeñables? Ojalá bastara con pensar que tenemos fábricas, comercio, artes, paz, seguridad y orden, que nuestros gobiernos ya no tuvieran luchas en el interior. Pero nuestras organizaciones estatales crecen; abarcan cada vez más, se extienden, preparan mucho para el futuro. ¿En qué época fué posible eso? ¿Y entonces? Así hablan nuestra historia política, comercial y de arte. Se creen leer sátiras y sólo se lee una sincera opinión. ¿De qué sirve que yo siga hablando? Si no existiera nada más que enfermedad y no hubiera a la vez un obstáculo que impide cualquier remedio contra ella. Estar en la agonía pero soñar con opio. ¿Para qué molestar al enfermo sin ayudarlo?

Es decir, hacer más bien lo que pueda agradarle más al enfermo. En este proceso por supuesto también somos, desde nuestro lugar, fin y medio del destino.

[*El destino del hombre*]

En general el filósofo es tanto más animal cuanto más confiadamente quiere ser Dios; incluso cuando hace el cálculo más confiado sobre el perfeccionamiento del mundo. Calcula que todo marchará bien en línea recta y que los hombres del porvenir y todas las generaciones sucesivas se perfeccionarán según su ideal en bella progresión, para la cual él solo puede señalar el exponente de virtud y felicidad. Pero al final siempre le tocará a él: él es siempre él, el último miembro superior, en que todo termina. "¡Ved! El mundo se ha elevado a tal ilustración, virtud y felicidad. Y yo estoy encaramado en el badajo, soy la aguja dorada de la balanza del mundo: ¡miradme!"

Y el sabio no tuvo en cuenta lo que debió haberle enseñado el más leve eco desde el cielo a la tierra: de que probablemente el hombre siempre seguirá siendo hombre, según la analogía de todas las cosas, nada más que hombre. Figura angélica y diabólica en el hombre, figuras de fantasía. El hombre no es más que un ser intermedio, arrogante y tímido, aspirante en la necesidad, desfalleciente en la inactividad y voluptuosidad, nada sin estímulo ni ejercicio, casi todo cuando progresa paulatinamente por el impulso; jeroglífico del bien y del mal, que colma la historia. ¡Hombre! ¡nunca más que instrumento!

No tuvo en cuenta que esta oculta criatura doble puede ser modificada de mil maneras y casi tiene que serlo, de acuerdo a la estructura de nuestra tierra; que existe un producto del clima, de las circunstancias temporales, por consiguiente con virtudes propias nacionales y seculares, flores que crecen bajo tal cielo donde prosperan con casi nada,

pero que mueren o se marchitan miserablemente en otra parte (una física de la historia, de la psicología y política en que nuestro siglo ya ha pensado y cavilado mucho); que puede y debe producir todo eso, pero que en el interior todo puede conservarse y ser conservado, según toda la esperanza humana, bajo una envoltura muy variable, con el mismo núcleo de esencia y capacidad de felicidad.

No tuvo en cuenta que se comprobaría infinitamente más la Providencia del Todopoderoso si en la humanidad existiera un germen invisible de sensibilidad para la felicidad y de virtud desarrollado de diverso modo, en todo el mundo y en todos los tiempos, que apareciera bajo distintas formas, aunque interiormente no tuviera sino una medida y una composición de fuerzas.

Finalmente no tuvo en cuenta, criatura omnisciente, que para la especie humana puede haber un plan total mayor de Dios que no puede ser abarcado por una sola criatura, precisamente porque no hay nada que tenga como meta terminal a un solo individuo y menos al filósofo o al monarca del siglo XVIII; porque todas las escenas en que cada actor sólo desempeña un papel en el que puede empeñarse y ser feliz, todas esas escenas también pueden constituir un todo, una representación total de la que, por cierto, cada actor reconcentrado en su papel no podría saber ni ver nada, mientras que los espectadores convenientemente ubicados lo verían todo y esperarían tranquilamente que transcurran todos los hechos.

Mira el universo desde el cielo hasta la tierra ¿qué es medio, qué es fin? ¿Acaso no es todo medio para millones de fines? ¿No es todo fin de millones de medios? La cadena de bondad todopoderosa y omnisciente está enlazada y entretejida mil veces; pero cada eslabón de la cadena es un

eslabón en su lugar, forma parte de la cadena y no ve donde está fijada la cadena. Cada uno tiene la ilusión de sentirse centro; en la ilusión siente todo a su alrededor sólo en la medida en que éste proyecta sus ondas o rayos sobre ese punto. ¡Hermosa ilusión! ¿Pero dónde está el gran círculo de todas esas ondas, rayos y centros aparentes? ¿Dónde está, qué es, para qué está?

¿Y no ocurriría lo mismo en la historia de la especie humana? ¿No ocurriría lo mismo con todas las ondas y todas las épocas sucesivas que con ese "plan de todopoderosa sabiduría?" Si una casa es "imagen divina" hasta el último rincón ¿cómo no habría de serlo la historia de su habitante? La casa no es más que el decorado, cuadros de una escena, espectáculo. La historia es un "drama infinito de escenas, epopeya de Dios a través de todos los milenios, continentes y generaciones humanas, fábula multiforme cargada de un gran sentido."

¿Acaso puedes suponer que este sentido, esta visión universal no trasciende necesariamente por lo menos la especie humana? Insecto de una gleba, vuelve a mirar el cielo y la tierra. En todo ese universo, que produce simultáneamente la vida y la muerte ¿tú te sientes centro exclusivo, sobre el cual actúa todo? —¿o tú no cooperas con él? ¿dónde? ¿cómo? y ¿cuándo? (¿quién te ha consultado sobre eso?)— para fines superiores desconocidos para ti; para fines a los que contribuyen el Lucero y esa pequeña nube próxima a él, tú y el gusano que estás pisando en este momento, y todo esto ocurre de un modo innegable e inescrutable en el vasto mundo en la simultaneidad de un instante. En el curso cósmico sucesivo e infinito, en todos los sucesos y desarrollos ulteriores de la especie humana, en el drama saturado de la sabiduría y los nudos del creador ¿puedes suponer que habrá de

ocurrir menos y en forma distinta? Y si todo te resultara un laberinto cerrado con cien puertas, abierto con cien, ese laberinto es "el palacio de Dios, construído para su realización total, quizá para recrear su mirada y no la tuya."

Abismo el mundo entero, la contemplación de Dios en un momento; abismo en que me veo perdido por todas partes. Veo una obra inmensa, sin nombre y en todas partes llena de nombres, llena de voces y fuerzas. Siento que no estoy en ese lugar en donde el oído percibe la armonía de todas estas voces, pero lo que oigo desde mi lugar, un sonido abreviado y confuso, lo oigo y lo sé con seguridad. También es armónico y también suena como himno de loor en el oído de Aquél para quien el espacio y el tiempo no significan nada. El oído humano atiende pocos momentos y sólo oye pocos sonidos, a veces sólo un desapacible acorde de disonancias, pues ese oído se creó en el preciso momento de la afinación y quizás se colocó con poca fortuna en el remolino de un ángulo. El hombre ilustrado de los tiempos modernos no se conforma con oírlo todo; él mismo quiere ser el último acorde de todos los tonos, espejo de todo el pasado universal y representante del fin de la composición en todas las escenas. El niño presuntuoso blasfema. ¿Y si no fuera más que el eco del último estertor o sólo una parte de la afinación?

Bajo el gran árbol del Padre del Universo[1], cuya cima se extiende por sobre todos los cielos, cuyas raíces llegan bajo los mundos y el infierno ¿soy águila en ese árbol? ¿Soy el cuervo, que posado en su hombro le lleva todas las tardes a su oído el saludo de todos los mundos? ¿Qué mínima fibra del árbol seré? ¿Qué ínfima coma o guión en el libro de todos los mundos?

[1] Concepción grandiosa de la *Edda nórdica.*

Y cualquier cosa que yo fuera. Clamo desde el cielo a la tierra que, como todo, también yo significo algo en mi lugar; con fuerzas reservadas para el todo y además con el sentimiento de la felicidad también en proporción a estas fuerzas. ¿Cuál de mis hermanos tuvo un privilegio antes de existir? Y si la finalidad o la armonía del hogar exigía que él se hiciera recipiente de oro y yo vasija de barro, soy vasija de barro también por la finalidad, por el sonido, la duración, mi sentimiento y mi utilidad. ¿Puedo disgustarme por eso con el artesano[1]? No he sido desplazado; nadie es preferido; la sensibilidad, actividad y actitudes están distribuídas en la especie humana. Aquí el río cava, allá acumula. El que ha recibido mucho, también tiene que dar mucho[2]. El que goza con muchos sentidos tiene que trabajar con muchos sentidos. No creo que haya una sola idea que con todo lo que expresa y lo que silencia, con lo que presenta y lo que envuelve en un velo celestial, pueda tener mayor sentido que ésta, a la luz de toda la historia.

[*Síntesis de la evolución*]

Que aparezca a esa luz: ése es al menos mi deseo, la gran pista olímpica. Si nuestra época puede tener una noble influencia en cualquier intención, lo es por "su carácter tardío, su altura y su perspectiva". Todos los preparativos durante miles de años para nuestra época y todo aquello que a su vez prepara, con un sentido tan superior para otros tiempos, los pasos que se han dado hacia y desde ella, filósofo

[1] ["Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que le labró: ¿Por qué me has hecho tal? ¿O no tiene potestad el alfarero para hacer de la misma masa un vaso para honra, y otro para vergüenza?" SAN PABLO, *Epístola a los Romanos*, IX,20-21.]

[2] ["Porque a cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él." *Evangelio según San Lucas*, XII, 48.]

¿quieres honrar y aprovechar la perspectiva de tu siglo? El libro del pasado está ante ti, cerrado con siete sellos [1]; un libro maravilloso lleno de profecías. Llegó a ti el fin de los días [2]. ¡Lee!

Allá el Oriente, la cuna de la estirpe humana, de los sentimientos humanos y de toda religión. Y aunque la religión se viera despreciada y apagada en todo el mundo frío, su palabra, espíritu ardiente, fogoso, flamea desde allí [3] con dignidad paternal y sencillez, que sigue siendo lo que siempre seduce especialmente "al corazón del niño inocente". La niñez de la especie siempre obrará sobre la niñez de cada individuo; el último de los menores de edad todavía sigue naciendo en el primer Oriente.

Los mancebos de toda literatura y arte llamadas refinadas son los griegos. Lo que está más allá es quizá para la perspectiva del siglo, demasiado profundo, demasiado pueril. ¿Pero qué influencia sobre la posteridad han tenido ellos, en la verdadera aurora de los acontecimientos mundiales? La más bella flor del espíritu humano, del heroísmo, del amor a la patria, del sentimiento de libertad, de la afición artística, del canto, del tono poético, del brillo del relato, del trueno de la elocuencia, del comienzo de toda sabiduría civil tal como existen ahora, es de ellos. Ellos allí, en un cielo, un país, una constitución, un momento feliz, crearon, inventaron, nombraron. Nosotros seguimos creando y nombrando según ellos. Su siglo lo ha hecho todo. Pero no lo ha hecho más que una vez. Cuando el espíritu humano quiso despertarlo con todas sus fuerzas por segunda vez su genio no

1 [" el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos." *Apocalipsis*, V, 5.]

2 [". la hora de su juicio es venida." *Apocalipsis*, XIV, 7.]

3 ¡El libro despreciado: la *Biblia*!

era más que polvo; el retoño quedó en cenizas. Grecia no volvió.

Los romanos, los primeros coleccionistas y difusores de los frutos crecidos en otras partes y que cayeron maduros en sus manos, tuvieron, por cierto, que dejar la flor y la savia en el lugar de origen; pero no dejaron de distribuir los frutos: reliquias del mundo antiguo en traje romano, al modo romano, en lengua romana. ¡Cómo sería si todo hubiese venido directamente de Grecia! ¡El espíritu griego, la cultura griega, la lengua griega!¡Cüán distinto todo en Europa! Pero no debía ser. Grecia tan alejada aún del Norte, en su bello paisaje del archipiélago, con su espíritu humano, tan fino y tan delicado aún ¿cómo iba a luchar con todos los pueblos e imponerles su sucesión? Y el tosco receptáculo septentrional ¿cómo iba a contener el sutil aroma de Grecia? Italia necesariamente debió servir de puente, Roma fué el período intermedio en que madura la semilla y se difunde; hasta la lengua sagrada del mundo neocristiano con todo lo anexo fué romana en toda Europa durante mil años.

Aun si Grecia hubiese tenido que actuar por segunda vez sobre Europa no podía haberlo hecho directamente. Arabia se hizo el canal fangoso; Arabia se hizo el *under-plot* en la historia de la educación de Europa. Si, como ocurre ahora, Aristóteles estaba destinado a dominar solo en sus siglos y a crear en todo los terrenos los gusanos y las polillas del pensamiento escolástico, ¿qué hubiera ocurrido si el destino hubiera querido que Platón, Homero, los poetas, historiadores, oradores actuaran antes? ¡Cuán infinitamente distinto sería todo! Es que no era ese el destino. El círculo debía extenderse en la otra dirección; la religión y la cultura nacional árabe odiaba esas flores. Quizás tampoco hubiesen prosperado en la Europa de esos tiempos, puesto que por el con-

trario la sagacidad aristotélica y el gusto moro se entendían tan bien con el espíritu del tiempo. ¡Destino!

La planta de los antiguos siglos de la humanidad sólo debió ser secada y prensada en Europa y pasar de allí a los pueblos del mundo. ¡Qué extraño que las naciones se precipitaran sobre el campo de trabajo sin saber cómo ni para qué! El destino los llamó al trabajo en los viñedos; poco a poco, cada uno a su hora [1]. Ya se había inventado, sentido, meditado sutilmente todo cuanto podía ser inventado. Todo se había volcado con método, en forma de ciencia. Y luego se agregaron los nuevos inventos, los inventos mecánicos más fríos que llevaron todo a dimensiones grandiosas, máquinas de la fría abstracción del norte de Europa, grandes instrumentos para la mano del Guía del Universo. Y esas semillas están ahora en casi todas las naciones del mundo, por lo menos en todas las conocen y las tienen a su alcance; todos las tendrán cuando llegue su momento. Europa las ha secado, engarzado y perpetuado. ¡Extraño globo! ¿Y tú, pequeño continente nórdico, alguna vez inmensidad de bosques y de témpanos, qué has llegado a ser en este globo, qué llegarás a ser aún?

La llamada ilustración y cultura del mundo sólo afectó y se mantuvo en una franja muy estrecha del globo terrestre; no podemos modificar nada en su curso, su estado y su órbita sin modificarlo todo a la vez. ¿Cómo sería, por ejemplo, si la introducción de las ciencias, de la religión, de la Reforma hubiera sido distinta; si los pueblos del Norte se hubieran mezclado en forma distinta, se hubieran sucedido en forma distinta; si el papado no hubiera tenido que ser tanto tiempo vehículo? Y podría preguntar diez veces más. ¡Ilusiones! No han sido distintas; y posteriormente siempre podemos vis-

[1] [Parábola de los obreros de la hora undécima. *Evangelio según San Mateo,* XX, 1-16.]

lumbrar un poco porqué no lo han sido; claro que muy poco.

También se ve porqué ninguna nación tras otra, con todos los accesorios de la primera, jamás llegó a ser lo que fué la anterior. Por más que todos los medios de su cultura hubiesen sido los mismos, su cultura jamás fué la misma, porque siempre faltaban todos los influjos de la naturaleza primera, ahora modificados. Las ciencias griegas que atraídas por los romanos se hicieron romanas; Aristóteles se hizo árabe y escolástico; y los griegos y romanos de los tiempos modernos ¡qué miseria! Marsilio ¿tú eres Platón? Lipsio ¿tú eres Zenón? ¿Dónde están tus estoicos, tus héroes que tanto hacían allá? Todos vosotros, nuevos Homeros, oradores y artistas ¿dónde está vuestro mundo de maravillas?

Por otra parte en ningún país la cultura tampoco ha podido retroceder, no ha podido ser por segunda vez lo que había sido la primera [1]. La ruta del destino es rígida como hierro; el escenario de ese tiempo, de ese mundo ya había desaparecido; los fines, cualesquiera que fuesen, habían pasado. ¿Acaso el día de hoy puede llegar a ser el de ayer? Y puesto que el avance de Dios en las naciones prosigue con pasos de gigante ¿se podrán provocar retrocesos pueriles mediante esfuerzos humanos? Vosotros, Ptolomeos, no pudisteis volver a crear Egipto; ni vosotros, Adrianos, Grecia, ni Juliano, Jerusalén. Egipto, Grecia y tú, tierra de Dios ¡qué miserables sois con vuestras montañas peladas, sin el rastro ni la voz del genio que otrora ambuló sobre vosotras y que desde vosotras habló al mundo! ¿Por qué? Porque él ya dijo todo lo que tenía que decir. Su impresión sobre los tiempos ya se ha traducido, la espada ya se ha gastado y la vaina yace vacía y destrozada.

[1] [HUME: *Essays, moral, political, and literary,* XIV.]

Esta sería una respuesta a tantas dudas, sorpresas y preguntas innecesarias.

[*La religión en el mundo*]

"Marcha de Dios a través de los pueblos. Espíritu de las leyes, tiempos, costumbres y artes, en su mutua sucesión, en preparación, en su mutuo desarrollo y desplazamiento". ¡Ojalá tuviéramos un espejo tal de la especie humana en que se reflejara con toda fidelidad, la plenitud y el sentimiento de la Revelación de Dios. No faltan trabajos preparatorios, pero todo está velado y desordenado. Ya hemos penetrado y hurgado en la época actual de casi todas las naciones, y la historia de casi todo el pasado, sin saber casi para qué lo hicimos. Tenemos ante nosotros hechos históricos, investigaciones, descubrimientos y descripciones de viajes. ¿Quién hay que quiera clasificar y analizarlos?

"La marcha de Dios a través de los pueblos". La noble obra gigantesca de Montesquieu no ha podido ser en manos de un solo hombre lo que debió ser. Un edificio gótico en el gusto filosófico de su siglo, *esprit* —y muchas veces nada más que eso— hechos arrancados de su lugar y lanzados sobre tres o cuatro mercados bajo el cartel de tres pobres conceptos generales —¡palabras!— y además meras palabras de ingenio, vacías, inútiles, imprecisas, confusas; a través de la obra un torbellino de todos los tiempos, naciones y lenguas como el que hubo en torno a la torre de Babel en que cada uno cuelga su miseria, sus riquezas y su mochila en tres débiles clavos; historia de todos los pueblos y épocas. Esta gran obra viviente de Dios presentada en su sucesión como un túmulo de ruinas con tres puntas y cápsulas, pero por supuesto, también de materiales muy nobles y dignos. Montesquieu.

¿Quién hay que nos restaure el templo de Dios tal como es en su estructura sucesiva a través de los siglos? Han pasado las épocas más antiguas de la infancia de la humanidad; pero quedan suficientes restos y monumentos, los restos más magníficos, enseñanza dada por el mismo Padre a esta infancia: Revelación. Tú, hombre, dices que te resulta demasiado vieja en tus años seniles demasiado sabios. Mira a tu alrededor; la mayoría de las naciones de la tierra aún está en su infancia, aun todos hablan el lenguaje, tienen las costumbres, dan el ejemplo dél grado de la educación; a cualquier parte que vayas entre los llamados salvajes y cuando los escuches oirás voces que explican la Escritura. Comentarios vivos de la Revelación.

La idolatría de que disfrutaron durante tantos siglos los griegos y los romanos, el empeño a menudo fanático con que se investigaba, se aclaraba, se defendía y se elogiaba todo lo griego, ¡han proporcionado tanta labor preparatoria y contribuciones importantes! Cuando se haya morigerado el espíritu de esa excesiva veneración, cuando se haya establecido el equilibrio de la parcialidad con que cada una acaricia a su pueblo predilecto como Pandora, entonces, griegos y romanos, os conoceremos y os clasificaremos.

Apareció un atajo que conduce hacia los árabes y ante nosotros se abre un mundo de monumentos para conocerlos; se encontraron, aunque para fines totalmente distintos, monumentos de la historia medieval, y aquello que aún yace enterrado en el polvo (ojalá se pudiera esperar todo lo de nuestra época iluminada con la misma certeza) se encontrará pronto, quizás dentro de medio siglo. Nuestras descripciones de viajes aumentan y se mejoran. Todo lo que no tiene nada que hacer en Europa corre por el mundo con una especie de furia filosófica. Coleccionamos "materiales de todos

los confines del mundo" y alguna vez encontraremos en ellos lo que menos buscábamos; comentarios sobre la historia del más importante mundo humano.[1]

[*Historia de la humanidad*]

Nuestros tiempos abrirían pronto muchos ojos, nos llevarán bastante pronto a buscar por lo menos fuentes ideales para la sed en un desierto. Aprenderemos a valorar tiempos que ahora despreciamos; surgirá el sentimiento de una humanidad y una felicidad universal. La historia llena de ruinas nos abrirá la perspectiva de una existencia superior a la humana en el mundo y nos mostrará un plan allí donde siempre sólo veíamos confusión. Todo volverá a su verdadero lugar. Historia de la humanidad en el sentido más noble ¡tú serás! Mientras tanto dejad que el gran maestro y legislador de los reyes[2] conduzca y seduzca. En su tan bello ejemplo de medirlo todo con dos o tres palabras, de remontar todo a dos o tres formas generales es fácil reconocer la estrechez de su medida y su tiempo. ¡Qué agradable es seguirlo en el *Espíritu de las Leyes* a través de todos los tiempos y todos los pueblos, menos del suyo propio! También eso es destino. A menudo se tiene durante mucho tiempo el ovillo en la mano, se está contento de poder tironear en un hilo suelto para enmarañarlo más. ¡Feliz la mano que tiene la voluntad de desenredar suave y lentamente la maraña del hilo! ¡Qué lejos y qué parejo va el hilo! ¡Historia del mundo! A ella aspiran ahora los más pequeños y los más grandes reinos y nidos de pájaros[3].

1 [El mundo humano más importante es el mundo cristiano. Herder alude al descubrimiento del *Zend Avesta* por Anquetil-Duperron, que consideraba un documento posterior al éxodo adecuado para entender mejor el *Antiguo Testamento.*]

2 [Alude otra vez a Montesquieu.].

3 ["¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre." *Evangelio según San Mateo,* X, 29.]

Todos los acontecimientos de nuestros tiempos se desarrollan a gran altura y tienden más lejos aún. Creo que estas dos tendencias implican la compensación a nuestra acción individual, que por supuesto es menos vigorosa y menos entusiasta. Por lo tanto estímulo y fuerza.

Tú, Sócrates de nuestro tiempo, ya no puedes actuar como Sócrates; pues a ti te falta el escenario reducido, estrecho, concentrado, la sencillez de los tiempos, de las costumbres y del carácter nacional, el carácter limitado de tu esfera. Eres ciudadano del mundo y no ya ciudadano de Atenas, por lo tanto te falta el concepto de lo que debes hacer en Atenas, la seguridad de acción, la sensación de contento por lo que has cumplido; tu pesadilla. Pero ve, si obras como Sócrates, oponiéndote humildemente a los prejuicios, y sinceramente, filantrópicamente, con abnegación difundes tanto como puedas la verdad y la virtud, quizás el radio de tu esfera de acción compense esa indeterminación, esos desaciertos de tu empresa. Te leerán cientos sin comprenderte, serán cientos los que bostezarán, cientos los que te despreciarán, cientos los que te blasfemarán, cientos los que preferirán las cadenas fatídicas del hábito y seguirán siendo lo que son. Pero recuerda que quizá aun queden cien más entre los cuales prosperarás [1]; y mucho tiempo después de tu muerte existirá una posteridad que te leerá y aplicará mejor tu enseñanza. El mundo y la posteridad es tu Atenas. ¡Habla!

¡Mundo y posteridad! Sócrates eterno, activo y no sólo el muerto busto coronado con hojas de álamo que llamamos inmortalidad. Él habló clara, vivamente en un ambiente reducido y su palabra halló un lugar propicio. Jenofonte y Platón lo ensalzaron en sus *Dichos memorables* y

[1] [Parábola del sembrador *Evangelio según San Mateo,* XIII, 3-9 y 18-23.]

Diálogos; no eran más que manuscritos, para fortuna nuestra, mejores que otros cien que se escaparon a la corriente arrolladora del tiempo. Lo que tú escribes tendría que valer, palabra por palabra, para el mundo y la eternidad, porque tú escribes (por lo menos según los materiales y las posibilidades) para el mundo y la eternidad. ¿A manos de quién puede llegar tu escrito? Tendría que hablar en el círculo de hombres y jueces dignísimos; enseñar la virtud con una luz y una claridad con que Sócrates en su época aún no podía hacerlo; incitar a la filantropía que, si pudiera ser, positivamente sería más que el patriotismo y el civismo. Llevar la felicidad también a condiciones y estados que difícilmente podrían ser comparados con los de los treinta salvadores de la patria, que también tuvieron sus estatuas. ¡Sócrates de la humanidad!

¡Maestro de la naturaleza! ¡Cuánto más puedes ser tú que Aristóteles y Plinio! ¡Cuánto más iluminados están para ti los milagros y las obras; cuántos recursos que ellos no poseían hay para iluminarlos a la vista de otros! ¡A qué altura te encuentras tú! Recuerda a Newton. ¡Cuánto ha influído Newton solo para la totalidad del espíritu humano! ¡Cuánto influyó, modificó y prosperó; a qué altura elevó a toda su generación! Tú estás a esa misma altura. En vez de reducir la gran creación de Dios a la dimensión de una pequeña construcción surgida de tu cabeza (de cosmogonía, génesis animal, geometría, etc.)[1], sólo aspiras a seguir la corriente de la fuerza divina, a sentirla y tratas de hacerla sentir profunda y fielmente en todas sus formas, figuras y productos, para servirle al Creador y no a ti. ¡Heraldo de la gloria a través de todos los reinos de los seres! Esta altura del tiempo te permite emprender el vuelo al

[1] Buffon.

cielo, descubrir, hablar con la plenitud y nobleza y sabiduría, regocijar con el inocente concepto de Dios omnipotente y bondadoso a los corazones humanos que no podían ser regocijados con otra agua. Todo eso lo haces para el mundo y la posteridad. Por supuesto entre todos los investigadores y descubridores no eres más que uno, un hombre pequeño; pero para el mundo y la posteridad ¡qué alto, qué magnífico! tanto como no podían serlo Plinio ni Aristóteles. Ángel de Dios en tu tiempo.

¡Cuántos centenares de remedios más que Hipócrates y Macaón tienen ahora el médico y el psicólogo! Comparados con ellos por cierto son hijos de Júpiter, Dios. ¡Y hasta dónde llegarían si lo fueran con todo el sentimiento de esas épocas más humanas! Dios, descubridor y salvador del alma y cuerpo del enfermo; que salva hoy a un mancebo que creyendo cortar una de las primeras rosas de la vida encontró una víbora de fuego, y lo devuelve (quizá él sea el único que lo puede) a sí mismo, a sus padres, a la posteridad —que esperan de nosotros una existencia llena de vida o de muerte— al mundo, a la virtud. Apoya en otra ocasión al hombre que el trabajo y la pena hizo víctima de sus méritos; le da la recompensa más dulce de la que ahora puede disfrutar quizás como única compensación para su vida una vejez apacible, lo salva —quizá el único refugio contra los mil accidentes de la humanidad que van a acompañar la última mirada de sus ojos—, lo salva aunque sea por unos pocos años de la tumba. ¡Ser lo bueno de estos años: ser el consuelo, lo sereno que irradia este resucitado! En tiempos en que un solo hombre salvado puede hacer tanto y en que también la humanidad más inocente pudiera perecer miserablemente de mil maneras distintas ¡qué eres tú en esos tiempos, médico con corazón humano!

¿Para qué he de repasar una por una todas las condiciones sociales y todas las clases de la justicia, de la religión, de las ciencias, de las artes por aislado. Cuanto más elevada es cada una en su especie, cuanto mayor su influjo, tanto mejor. Precisamente porque tus actos eran necesariamente voluntarios, porque nada te obligaba ni te exigía obrar —en tu estado y tu clase social— tan grande y noble y buenamente; precisamente porque nada te despertaba y más bien todo conspiraba a hacer de ti un servidor meramente mecánico de tu arte y adormecer todo sentimiento más profundo— quizás lo inusitado de esta acción te había coronado con espinas en lugar de laureles— por eso es más pura, más silenciosa, más divina tu oculta y probada virtud; es más que esa virtud de otros tiempos que incitaba por estímulos y recompensas, que al final no eran más que un accesorio civil y una pompa noble del cuerpo. La tuya es savia vital del corazón.

¡Cómo tendría que hablar para describir el mérito de aquéllos que son verdaderamente columnas o ejes de nuestro siglo en torno a lo que gira todo! Monarcas, pastores, guardianes de los pueblos; la fuerza que les dan los resortes de nuestros tiempos es casi omnipotencia. Sólo por su imagen, su aspecto, sus preferencias, su modo de pensar silencioso y tolerante, les revela su genio que están destinados a algo más noble que a jugar con todo un rebaño como una máquina en vista de fines egoístas, por gloriosos que sean; que están destinados a cuidar ese rebaño como fin y cuando más, a custodiarlo para conquistar un todo mayor de la humanidad. Monarcas, pastores y guardianes de los pueblos, con el cetro del poder absoluto en sus manos ¡cuánto más tiene que hacer con pocas fuerzas humanas, en pocos años, por mera intención y con el simple estímulo, cuánto más que lo

que quiere hacer ese Gran Mogol en su trono de oro o ese déspota en un trono de cabezas humanas! El que sucumbe bajo intenciones meramente políticas tiene tal vez, a pesar de su situación elevada, un alma más vulgar que ese sembrador de lentejas, que es feliz sólo por haber sembrado lentejas, o un flautista que es feliz por haber tocado bien.

Hablo contigo, querido pastor de tu rebaño, padre, madre en tu pobre choza. También a ti se te ha privado de mil estímulos y seducciones que en otros tiempos constituían la gloria de tu misión paternal. No puedes disponer el destino de tu hijo; temprano ya, quizá en la cuna, se lo marcará con las cadenas del honor de la libertad, ideal supremo de nuestros filósofos; ya no lo puedes educar para el hogar paterno, inculcarle costumbres ancestrales, virtud y bienestar; te falta ambiente, y como todo está confuso y marcha confusamente, y te falta el resorte que más facilita la educación: la intención. Tienes que recordar que cada vez que se te arranca a tu hijo de las manos, al punto se hunde en el gran mar de luces del siglo ¡un abismo! ¡Joya hundida! ¡Existencia irremplazable de un alma humana! El árbol densamente florecido, arrancado demasiado temprano de su tierra materna, trasplantado a un mundo de tormentas que a menudo el tronco más duro apenas soporta, plantado al revés quizá, con la copa en el lugar de la raíz y la pobre raíz en el aire amenaza con secarse dentro de poco, horrible, con las flores y los frutos en el suelo. No te desesperes dentro de la fermentación de la época. A pesar de las amenazas y obstáculos, no dejes de educar. Educa tanto mejor, con la mayor seguridad, con la mayor energía, educa para todas las situaciones, teniendo en cuenta todas las miserias en que pueda verse arrojado, para las tormentas que le esperan. De ningún modo puedes quedar inactivo. Tienes que educar; bien o mal, tienes que hacerlo. ¡Cuánto mayor

la virtud, cuánto mayor la recompensa que en cualquiera de los paraísos de fines más ligeros y cultura más uniforme! Más que nunca el mundo de ahora necesita del hombre educado a la virtud simple. Allí donde todas las costumbres son iguales, en donde todas son igualmente llanas, justas y buenas, no es gracia educar. La costumbre educa y la virtud se confunde con la mera costumbre. Pero aquí toda virtud es una estrella reluciente en la noche ¡un diamante en un montón de tierra caliza! A un hombre entre manadas de monos y máscaras políticas, le resulta mucho más fácil educar con el sereno ejemplo divino ¡levantar ondas en torno y en pos de sí, tal vez hacia el futuro! ¡Además recuerda cuánto más pura será tu virtud y cuánto más noble! Habrá tantos más recursos y recursos más grandes de la educación en ciertos aspectos cuantos más sean los resortes exteriores que te falten además a ti y a tu hijo. Recuerda para qué alta virtud lo educas, mucho más alta que la que podían lograr y se les permitía a Licurgo y Platón. Es la época más hermosa para una virtud serena, silenciosa, casi siempre desconocida, aunque tan elevada, tan difundida.

Tengo por lo tanto por seguro que cuanto menos sea capaz nuestro siglo de un Bien grande y total, tanto más difícil se nos debe hacer la virtud máxima, tanto más silenciosa y oculta puede hacerse ahora; en donde quiera que esté, será una virtud más elevada, más noble, destinada a ser infinitamente útil y cargada de consecuencias. Abandonándonos y negándonos aunque no podamos disfrutar de muchas recompensas inmediatas, arrojamos la semilla a la tierra sin fijarnos en donde cae, en donde arraiga, si acá o allá da frutos favorables. Más noble aún es sembrar en lo recóndito y en lo infinito, sin contar con una cosecha. Y de seguro la infinita cosecha será tanto mayor. Confía la semilla al céfiro

que sopla; la llevará tanto más lejos y si llegaran a despertar todos los gérmenes para los que también contribuyó la parte más noble de nuestro siglo, tranquila y silenciosamente... ¡qué felices los tiempos en que se pierde mi mirada!

En las ramas más altas del árbol brotan las flores y prosperan los frutos y desde ellas tenemos la hermosa perspectiva sobre la más grande obra de Dios. La ilustración: aunque no siempre su utilidad sea inmediata, aunque en una superficie y una extensión más amplia el río pierda en profundidad, y la posibilidad de cavar más hondo, precisamente porque nosotros nos acercamos a un gran océano, y somos ya como un pequeño mar. Conceptos asociados de todo el mundo; conocimiento de la naturaleza, del cielo, de la tierra, del género humano, en la medida en que lo puede proporcionar el universo: el espíritu de todo eso, la masa y el fruto quedan reservados para la posteridad. El siglo ha pasado en el momento en que Italia bajo la confusión, la opresión, el amotinamiento y el fraude formaba su lengua, sus costumbres, su poesía, su política y sus artes. Lo que llegó a un desarrollo completo sobrevivió a su siglo, siguió obrando y se hizo la primera forma de Europa. Pasaron en parte las miserias y lamentaciones bajo las cuales suspiraba el siglo del gran rey de Francia; se olvidaron los fines para los cuales éste lo quería y lo necesitaba todo o todavía existen como títeres ociosos de la vanidad y del sarcasmo; todos los mares de bronce que él mismo llevaba y las paredes siempre tapizadas con su retrato, están a la merced del pensamiento de todos, incluso de los que no quieren pensar lo que quería Luis XIV; pero el espíritu de las artes que se practicó en ellas se mantuvo. Las investigaciones sobre los viajes en busca de hierbas, monedas, piedras preciosas y de nivelación y de mensuras se conservan aun cuan-

do hayan decaído todas las circunstancias, los sufrimientos, las intenciones que los acompañaron. El porvenir nos quita nuestra envoltura y se apodera de la pulpa. El gajo pequeño no se resiente, pero de él penden los frutos agradables.

¿Pero si alguna vez toda esa luz que arrojamos al mundo y con la que ahora cegamos tantos ojos y causamos tantas miserias y oscurecemos tanto se transformara en todas partes en moderada luz y calor vital, si la masa de conocimientos muertos pero claros se transformase en un osario [1] con los huesos de todo lo que existe sobre, alrededor y debajo de nosotros —¿para qué? ¿de dónde?—, si se la vivificara, se la fecundara, ¡qué mundo nuevo se formaría! ¡qué felicidad sería disfrutar en ese mundo la obra de sus manos! Todo, hasta los inventos, las alegrías, las penas, el destino y el azar tiende a elevarnos por encima de ese tosco materialismo de épocas pasadas, a desacostumbrarnos y a llevarnos a una abstracción superior en el pensar, querer, vivir y obrar, lo que no siempre nos resulta aceptable y a menudo fastidioso. La materialidad de Oriente, luego la materialidad más refinada de Grecia y la fuerza de Roma desaparecieron; qué consuelo miserable son los consoladores pesados y abstractos y las sentencias actuales, en que a menudo tenemos que buscar nuestros motivos de acción, resortes y felicidades —también al niño le cuesta mucho desacostumbrarse de un último resto de placer material. Pero ved la época superior que asoma. Ningún necio puede negarlo; si los finos motivos, la superior virtud divina, el placer más abstracto de gustar las felicidades terrenas son posibles para la naturaleza humana, su efecto es en extremo dignificador y edificante. También puede ocurrir que muchos se vayan a pique

1 [Visión del valle cubierto de huesos que se reanimaron al conjuro de la palabra del profeta. *Exequiel*, XXXVII, 1-14.]

en este escollo. Es posible o es seguro que son muchos menos los hombres que poseen esa virtud feneloniana que ostentaron espartanos, romanos y caballeros, flor material del espíritu de su mundo y de su tiempo. Los anchos caminos reales se van reduciendo y formando senderos y pendientes cada vez más estrechos en los que pocos son capaces de andar, pero son alturas que tienden a la cumbre. Cuando en el camino tortuoso de la Providencia, una vez vencidos los obstáculos una criatura revive rejuvenecida en una nueva primavera ¡qué situación! Cuando se llegue a una humanidad menos material, más homogénea, cuando todo a su alrededor sea mundo, lleno de fuerza vital y principio hacia el que nosotros tendemos penosamente ¡qué creación! ¿Y quién negaría la probabilidad y la posibilidad de esto? El refinamiento y el progreso purificador de los conceptos de virtud desde las épocas más materiales de la infancia a través de toda la historia es evidente; la difusión y el vasto progreso son evidentes. ¿Y todo eso no tendría alguna finalidad, alguna intención?

Se sabe que los conceptos de libertad humana, sociabilidad, igualdad y felicidad absoluta se van aclarando y difundiendo. Para nosotros no es de muy buenos resultados inmediatos, pues a primera vista, al principio el mal sobrepuja el bien; pero...

La sociabilidad y el trato fácil entre los dos sexos ¿acaso no ha rebajado el honor, el decoro y la conducta de ambas partes? ¿No ha hecho volar, por una situación, dinero y cortesía todas las cerraduras del gran mundo? Lo más preciado del sexo masculino y lo más noble del femenino en el amor conyugal, maternal y la educación han sufrido mucho; el daño se ha propagado. ¡Abismo de males irreparables, por cuanto hasta las fuentes del mejoramiento y la

curación, la juventud, el vigor vital y mejor educación están cegadas! Las ramas más delgadas y flexibles tienen que secarse en medio del rayo del sol en su propia savia vital, prematura e inválida. ¡Pérdida irreparable, irremediable quizá para toda política, nunca bien lamentada para la filantropía! Pero para la mano de la Providencia sigue siendo instrumento. Mientras cien pobres criaturas desfallecen, se consumen y perecen con el paladar reseco en la primera fuente de vida, de sociabilidad y alegría, esa misma fuente que los defraudó tan desdichadamente, purifica. Mira cómo en los años futuros buscan, quizá de un modo exagerado, otros frutos de regocijo, se idealizan otros mundos nuevos y mejoran el mundo con su desdicha. Aspasias decrépitas forman a los Sócrates, San Ignacio a sus jesuítas, los Epaminondas de toda época libran batallas en Leuctra; héroes, filósofos, sabios y sacerdotes tienden a la virtud tan espiritual, a aspiraciones y méritos tan superiores. ¡Cuántos hay que lo son por ese motivo! El que quiera calcular y pesar a favor del mundo, que lo haga. Por lo general tiene ante sí una gran suma cuyo sentido general no da lugar a dudas. También el curso de la Providencia llega a su destino pasando por millones de cadáveres.

Libertad, vida social e igualdad, tal como brotan ahora en todas partes, han causado y seguirán causando mucho daño por los miles de abusos. Anabaptistas y exaltados asolaron a Alemania en época de Lutero. Actualmente, con la confusión general de clases, con el ascenso de los inferiores al lugar de superiores orgullosos, agotados e inútiles —para llegar a ser dentro de poco peores que ellos—, se socavan cada vez más los cimientos más fuertes y más necesarios de la humanidad; penetra profundamente la masa de corrompida savia vital. Por mucho que un tutor de este gran cuerpo

apruebe, elogie o fomente un momentáneo aumento de apetito o un incremento aparente de fuerzas, o que se oponga terminantemente, jamás suprimirá la causa del "refinamiento progresivo y del adelanto que lleva a la reflexión, la opulencia, al libertad y la arrogancia". No es posible explicar por medio de una breve comparación el proceso de decadencia desde hace un siglo del verdadero prestigio voluntario de los superiores, los padres y las más altas jerarquías en el mundo. Los nuestros, grandes y pequeños contribuyen de diez maneras a mantener esta situación; abaten las vallas y barreras; pisotean y hacen burla, hasta en propio perjuicio, de los prejuicios, como suele decirse, de clase, educación y hasta de religión. Y todos llegaremos a ser, debido a una determinada educación, filosofía, irreligión, ilustración, vicios y finalmente y como remate por medio de la opresión, por una sed de sangre y avidez insaciable que de por sí exalta los ánimos y lleva al egoísmo, todos llegaremos a ser —para bien nuestro— después de mucho desorden y muchas miserias, aquello a lo que aspira y tanto elogia nuestra filosofía: hermanos. Amo y criado, padre e hijo, el mancebo y la doncella más desconocida, todos seremos hermanos. Esos señores profetizan como Caifás [1], pero por cierto, primero sobre su propia cabeza o la cabeza de sus hijos.

Aunque nuestro "arte de gobernar a los hombres" no hubiese hecho más que presentar una bella ficción, un bello aspecto y apariencia, el lenguaje, los principios, las intenciones y el orden que actualmente presenta todo libro y que utiliza todo príncipe joven como si fuera un libro viviente significa un ¡gran progreso! Que alguien intente leer a Ma-

1 ["Mas esto no lo dijo de sí mismo; sino que, como era el sumo pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación." *Evangelio según San Juan,* XI, 51.]

quiavelo y al *Antimaquiavelo*[1] a la vez, el filósofo y filántropo venerará a este último; descuidará voluntariamente las partes putrefactas que se dejaron íntegras y cubiertas con flores y arbustos verdes y las heridas no sondeadas a cuyo fondo no se quiere ni se debe llegar, y dirá: ¡qué libro! ¡qué príncipe el que pensara como ese libro! El que confesara, reconociera, supiera, obrara con las intenciones incidentales ¡qué príncipe para el mundo y la posteridad! En lugar de grosero frenesí inhumanamente cruel es cierto que podrían reinar las enfermedades, igualmente opresoras y mucho más perjudiciales, por cuanto se insinúan sigilosamente y se las encarece sin reconocerlas y corroen el alma hasta su médula. El disfraz universal de la filosofía y la filantropía puede disimular opresiones, atentados contra la auténtica libertad de la persona humana, contra la libertad nacional y civil y popular tal como César Borgia lo deseaba, y todo eso de acuerdo a los principios aceptados del siglo con pretensiones de virtud, sabiduría, filantropía y previsión popular. Como esto puede ocurrir y casi tiene que ocurrir así no quiero ensalzar esas ficciones, como si fueran obras; sin duda tampoco Maquiavelo habría escrito en nuestro siglo como escribió, ni César Borgia habría podido actuar en condiciones que no fueran las de su época. En el fondo, con todo eso no se cambiaría más que el disfraz. Pero nada más que cambiar ese traje ya es un alivio. En nuestro siglo todo el que escribiera como Maquiavelo sería lapidado. Aunque, retiro mi palabra. El que, refiriéndose a la virtud, escribe peor que Maquiavelo, no es lapidado; escribe filosóficamente, ingeniosamente,

[1] [*Antimaquiavelo, o Ensayo de crítica al Príncipe de Maquiavelo,* escrito por Federico II antes de su ascenso al trono de Prusia, (1740).]

en francés y por supuesto sin religión, es decir, como "uno de los nuestros"[1] y... termina retractando sus escritos[2].

La excesiva libertad del pensamiento, con tal que se respeten determinadas conveniencias exigidas por el decoro (el verdadero decoro puede quedarse tanto más lejos), también este nocivo árbol frondoso puede dar frutos buenos. ¿No creéis que todos esos aciertos y desatinos que ahora se pronuncian tan descaradamente contra la religión, alguna vez tendrán efectos excelentes? Por deducción de comentarios, justificaciones y demostraciones de la religión, que muchas veces no demuestran nada, no recuerdo qué grande hombre vaticinó un próximo siglo de superstición porque el nuestro se agotaba en un descreimiento tan necio. Pero cualquiera que fuera el curso de las cosas (sería grave si la superstición sólo alternara con el descreimiento, y este triste círculo eterno no llegara más lejos), la religión, la razón y la virtud infaliblemente tienen que triunfar alguna vez de los ataques más violentos de los adversarios. El ingenio, la filosofía, la libertad de pensar de seguro han sido inconsciente e involuntariamente peldaño para este nuevo trono; alguna vez se disipará bruscamente la nube y cuando se lo vea brillará en plena gloria el sol reluciente del mundo.

Vemos que también el alcance y la universalidad que caracteriza todo esto podría llegar a ser un apoyo desconocido. Cuantos más medios e instrumentos inventemos los europeos para sojuzgaros a vosotras las demás partes del mundo, para engañaros y saquearos, con todo quizá alguna vez os corresponda a vosotros triunfar. Nosotros atamos las cadenas con que vosotros nos arrastraréis; las pirámides in-

1 ["Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de Nos sabiendo el bien y el mal." *Génesis*, III, 22.]

2 [Alude a Voltaire.]

vertidas[1] de nuestras constituciones se van a poner en pie en vuestro suelo y vosotros con nosotros. Basta; es evidente que todo tiende hacia el gran fin. Abarcamos con cualquier cosa que sea la circunferencia de la tierra, y lo que ocurra más adelante probablemente nunca podrá volver a reducir su base. Nos aproximamos a una nueva escena, aunque más no sea que por descomposición.[2]

¿Adónde llegaremos con nuestro modo de pensar que se afina para el bien y para el mal, y por lo mismo se gastan nuestros principios y resortes más vigorosos y materiales sin que la masa más grande de hombres tuviera el deseo o la fuerza de sustituirlos por otros? Los fuertes lazos materiales de las viejas repúblicas y de épocas pasadas se han disuelto hace mucho (y es éste un triunfo de nuestro tiempo). Todo roe en los lazos más delgados de nuestros tiempos, la filosofía, la incredulidad, la voluptuosidad y además una educación que avanza, de individuo a individuo, cada vez más hondo y más lejos. La mayoría de nuestros resortes políticos ya sólo pueden ser condenados y despreciados por la serena sabiduría, y la discordia entre el cristianismo y la modalidad del mundo es un reproche y un cargo de conciencia recíproco muy antiguo. Y como por lo tanto la debilidad no hace más que terminar en debilidad y una atracción excesiva y un abuso de las últimas fuerzas pacientemente sembradas no puede hacer más que precipitar el completo agotamiento. Pero mi misión no es vaticinar.

Y menos vaticinar "cuál podría ser, será y casi tendría que ser el único sustituto y la fuente de nuevas fuerzas

[1] El caballero Temple comparó a una determinada forma de gobierno con esta imagen.

[2] ["De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él queda; mas si muere, mucho fruto lleva." *Evangelio según San Juan*, XII, 24.]

vitales en un escenario tanto más amplio; de dónde un espíritu nuevo podría sacar y sacará toda la luz y la disposición humana hacia la cual aspiramos, para ese grado de calor, para esa estabilidad y esa felicidad plena". Sin duda hablo de tiempos muy lejanos aún.

Hermanos míos, trabajemos con ánimo y alegre corazón también bajo la nube, pues trabajamos para un gran porvenir.

Y aceptemos nuestro fin tan pura, tan clara y tan límpiamente como sea posible, pues avanzamos en medio de fuegos fatuos, en el crepúsculo y la niebla.

Cuando veo acciones o más bien presiento indicios silenciosos de acciones que proceden de un espíritu demasiado grande para su tiempo y demasiado discreto y tímido para sus gritos de alabanza que siembra a oscuras, todas ellas son semillas que como todas las obras y creaciones de Dios empiezan con un pequeño germen [1], pero desde su más pequeño brotecillo se ve y se siente deliciosamente que van a ser en secreto una creación de Dios. ¿Y si fueran gérmenes, en especial para la planta más noble de la humanidad, la cultura, la educación, el fortalecimiento de la naturaleza en sus nervios más necesitados, la caridad humana, la simpatía y la fraternidad? Plantas sagradas ¿quién no ha ambulado entre vosotras sin que un estremecimiento de un porvenir mejor lo sobrecogiera y sin bendecir a vuestro creador, pequeño y grande, rey y criado, en la más serena oración de la tarde, la mañana o la noche? Todos los fines exclusivamente físicos y políticos se desmoronan hechos trizas y como cadáver; el alma, el espíritu, contenido por la

1 [Alusión a la parábola del grano de mostaza. *Evangelio según San Mateo,* XIII, 31-32.]

totalidad de la humanidad permanecen, y ¡bienaventurado aquél que recibió mucho de la fuente de vida pura e incorruptible!

Es casi inevitable que lo superior, lo universalmente difundido de nuestro siglo también dé resultados ambiguos, mezcla de las mejores y las peores acciones, que en esferas más estrechas, más profundas no acaecerían. Casi nadie sabe ya para qué actúa —el todo es un mar con ondas y olas que corren ¿hacia dónde? ¡con qué violencia! ¿Sé yo a dónde llegaré con mi pequeña ola? No sólo el enemigo y el calumniador lograrán colocar las iniciativas del hombre mejor y más eficaz en una luz a menudo ambigua; quizás también al más fervoroso entusiasta se le aparecerán, en horas de fría contemplación, nubes y ambigüedad. Todos los rayos ya están tan lejos del centro, y todos van ¿hacia dónde? ¿y cuándo llegarán allá?

Se sabe que a los reformadores de todos los tiempos se les reprochó que con cada nuevo paso, siempre dejaban lagunas tras de sí, levantaban polvo y producían conmociones delante y pisoteaban seres inocentes con sus pies. A los reformadores de los últimos siglos esto les toca más visible y doblemente. Lutero, Gustavo Adolfo, Pedro el Grande ¿hay tres hombres que hubieran llevado más cambio a los tiempos modernos? ¿y con un sentido más noble? ¿y las consecuencias, entonces imprevistas, han constituído al mismo tiempo un incremento irrefutable de la felicidad de sus descendientes? ¿Conociendo la historia moderna acaso no se duda mucho a veces?

Un monarca cuyo nombre es más recordado en nuestro siglo y que merece ser más recordado que el siglo de Luis

XIV, que "su propio siglo guarda para nosotros"[1], ¡cuántas creaciones nuevas logró en Europa desde su centro en treinta breves años[2]! Cuántas cosas buenas realizó en estrategia, en política, en asuntos de religión e institución de leyes, como Apolo de las Musas y en su vida privada de hombre coronado, según la apariencia general, el modelo de las monarquías. Difundió desde el trono la ilustración, el espíritu filosófico y la moderación; destruyó tenazmente y desterró la necia pompa oriental, la orgía y la lujuria, otrora a menudo el único oropel de las cortes; castigó profundamente en todas partes la crasa ignorancia, el celo fanático y la superstición; ensalzó muy alto la economía y el orden, la regularidad y la aplicación, las bellas artes y ese gusto llamado de pensar libremente. El siglo lleva su imagen, lo mismo que su uniforme; durante siglos, sin duda, se harán las loas más grandes de su nombre. Mientras tanto observemos el reverso de la medalla, el anverso del busto; considerando el resultado de su obra como filántropo y como filósofo sin duda se verá algo más y muy distinto. Se verá quizá que, por una ley natural de la imperfección de las acciones humanas, con la ilustración ha tenido que difundirse igual cantidad de lujuriosa indiferencia del corazón; con el ahorro, su signo y acólito, la pobreza; con la filosofía, la incredulidad ciega y estrecha; la libertad de pensar siempre acarrea la esclavitud para obrar, el despotismo de las almas bajo cadenas de flores; se verá como con el gran héroe, conquistador y espíritu guerrero ha tenido que difundirse el desfallecimiento, con la constitución romana lo mismo que en épocas en que los ejércitos lo eran todo, la ruina

1 Klopstock: *Oda a Gleim*:
—den uns
sein Jahrhundert mit aufbewahrt!

2 [Federico II, que ocupó el trono en 1740.]

y la miseria. Se verá la consecuencia sobre su época de la filantropía, la justicia, la moderación, la religión, el bienestar de los súbditos, tratado todo hasta cierto punto como medios para lograr un fin, en naciones de estructura y orden totalmente distintos, en el mundo y la posteridad. La balanza se inclinará ¿para qué lado? ¿Cuál de los platillos subirá? No lo sé.

"El escritor centenario"[1] que influyó sin discusión ni réplica como un monarca sobre su siglo, que es leído, enseñado, admirado y lo que es más, seguido desde Lisboa hasta Kamtchatca, desde la Cembla hasta las colonias de la India, con su lengua, con su múltiple talento para disfrazar, con su facilidad, con su agilidad de posar sus ideas sobre flores, y sobre todo por la circunstancia de haber nacido en el lugar feliz para utilizar al mundo, para utilizar a los predecesores y rivales, oportunidad, ocasión para utilizar hasta los prejuicios y claudicaciones de su tiempo, hasta las debilidades de las novias más bellas de su tiempo, de los soberanos en toda Europa; ¡qué no ha hecho sin duda este gran escritor a favor del siglo! Derramó luz, la llamada filosofía de la humanidad, tolerancia, facilidad para pensar independientemente, brillo de la virtud en mil formas agradables, pequeñas inclinaciones humanas debilitadas y endulzadas. Como escritor sin duda está a la altura máxima del siglo. ¡Pero al mismo tiempo qué vil frivolidad, debilidad, inseguridad y frialdad! ¡Qué superficialidad, falta de plan, escepticismo en la virtud, la suerte y el mérito! ¡Cuánto se ha anulado por la risa irónica, en parte sin haber querido anularlo! ¡Cuántos lazos suaves, agradables y necesarios disueltos con traviesa mano, sin nada que lo reemplace para nosotros que no residimos todos en el

[1] Voltaire.

château de Ferney. ¿Y con qué medios y recursos logró él mismo lo mejor, cuando por toda filosofía y *dilettantismo* nos legue un modo de pensar sin moral y sin un firme sentimiento humano? Se conocen las intrigas a favor y contra él; se sabe cuán distinta es la prédica de Rousseau. Quizás sea conveniente que ambos prediquen, muy lejos uno del otro, anulándose recíprocamente en muchas cosas. A veces ése es el final de las empresas humanas. Las líneas se anulan, pero su último punto sigue manteniéndose.

No es posible medir con la regla común de toda alma mediocre lo que piensa y siente ningún gran espíritu llevado por el destino a producir cambios. Existen excepciones de índole superior, y la mayoría de los casos notables en el mundo ocurre por estas excepciones. Las líneas rectas siempre seguirían derechas, de inmediato dejarían todo en su lugar, si la divinidad no arrojara también hombres extraordinarios, cometas, a las esferas de la tranquila órbita solar, si no los dejara caer y en el caso más extremo no dejara que se levantaran de nuevo allí donde ya no lo percibe ninguna mirada terrena. Sólo Dios, o entre los hombres sólo un necio coloca a la más remota consecuencia moral o inmoral de una acción en la cuenta del mérito y de la primera intención del que obra. ¿Quién si no, encontraría en todo el mundo más acusadores que el primer y único actor, el Creador? Pero, hermanos míos, no abandonemos por nada los polos en torno a los que gira todo, la verdad, la conciencia de querer el bien, la felicidad de la humanidad. Dejad que desde la alta mar en que nos mantenemos ahora, entre fuegos fatuos y brumas, que quizá es peor que la noche cerrada, dejad que miremos empeñosos hacia esas estrellas, las metas de toda orientación, seguridad y tranquilidad para dirigir luego con lealtad y ahinco nuestro curso.

[*El todo y el sentido de las partes*]

Muy grande ha de ser el todo allí donde cada cosa aislada ya aparece como un todo, y donde sin embargo en cada unidad se manifiesta siempre una unidad indeterminada en relación con el todo; donde pequeños vínculos dan un gran sentido, aunque los siglos no representen más que sílabas, las naciones más que letras y quizá signos de puntuación que no significan nada en sí pero significan tanto para darle sentido al todo. ¿Qué eres tú, hombre aislado, con tus inclinaciones, aptitudes y tu contribución personal? ¿Y pretendes que en ti se agote plenamente la perfección?

La misma circunscripción de mi lugar en la tierra, el deslumbramiento de mis miradas, el fracaso de mis fines, el enigma de mis inclinaciones y apetitos, la derrota de mis fuerzas referidos sólo a la totalidad de un día, de un año, de una nación, de un siglo, todo eso me prueba que yo no soy nada, que la totalidad, en cambio, lo es todo. ¡Qué gran obra a la que pertenecen tantos grupos difusos de naciones y épocas, figuras colosales casi sin horizonte ni perspectiva, tantos instrumentos ciegos que obran todos con la ilusión de libertad y a pesar de eso no saben qué hacen ni para qué, que no preven nada y con todo colaboran tan afanosamente como si su hormiguero fuese el universo! ¡Qué gran obra ese todo! En el tramo más pequeño que podemos abarcar hay tanto orden y tanta complejidad, nudo de la tragedia y comienzo del desenlace, ambas cosas, seguridad y garantía, para la inmensa magnificencia que reina en el conjunto. Tendría que ser miserablemente pequeño si yo, mosca, pudiera abarcarlo todo. ¡Qué poca sabiduría y diversidad habría si uno que tambalea por el mundo y que tanto le cuesta rete-

ner tan sólo una idea, nunca encontrara una complejidad! En una porción mínima que no es nada, en que, sin embargo, palpitan miles de ideas y de semillas a la vez, en medio compás de música de dos tiempos, pero en donde quizá los tonos más difíciles se confunden y se resuelven ¿quién soy yo para juzgar cuando yo mismo que acabo de atravesar el gran salón apenas veo un ángulo del gran cuadro cubierto en que un resplandor me ciega? Lo que Sócrates decía de los escritos de un hombre que, limitado como él, escribía con el mismo vigor que él: ¿qué he de decir yo del gran libro de Dios que se extiende por los mundos y los tiempos de los que apenas soy una letra, de los que apenas veo tres letras a mi alrededor?

Infinitamente pequeño para el orgullo que pretende serlo todo, saberlo y formarlo todo; infinitamente grande para la pusilanimidad que no se anima a ser nada; y ambas cosas nada más que instrumentos aislados en el plan de una inmensa Providencia.

Y si alguna vez lográramos un punto de mira desde el cual pudiésemos abarcar todo lo que concierne a nuestra especie, ver por dónde se extendió la cadena entre los pueblos y las regiones, primero tan lentamente y luego con tanta resonancia, uniendo naciones enteras y finalmente cómo reunió, ajustándolas más fuertemente, estas naciones y cómo las dirigió ¿a dónde? ¿hasta dónde llega la cadena? Vemos germinar de un modo tan extraño la madura cosecha de esas semillas que arrojamos sobre los pueblos a través de un ciego cedazo, la vemos florecer de un modo tan diverso, dar esperanzas tan ambiguas sobre el fruto. Nosotros mismos tendremos que probar qué gusto tuvo al final la levadura que fermentó tanto tiempo tan turbia e insípida para la edu-

cación general de la humanidad. Fragmento de vida ¿qué has sido?

¡Feliz de aquél que después de eso no se arrepiente de su fragmento de vida!

> *—quanta sub nocte iacebat*
> *Nostra dies!* [1]

Βλέπομεν γὰρ ἄρτι δἰ ἐσόπτρου ἐν αἰνίγματι, τότε δὲ πρόσωπον πρὸς πρόσωπον. ἄρτι γινώσκω ἐκ μέρους, τότε δὲ ἐπιγνώσομαι καθὼς καὶ ἐπεγνώσθην. Νυνὶ δὲ μένει πίσπις, ἐλπίσ, ἀγάπή, τὰ τρία ταῦτα. μείζων δὲ τούτων ἡ ἀγάπη. [2]

[1] Tal era la noche bajo la cual yacía nuestro día.

[2] ["Ahora vemos por espejo, en obscuridad; mas entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido.

Y ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres: empero la mayor de ellas es la caridad".

San Pablo: *Primera Epístola a los Corintios,* XIII, 12 y 13.]

ÍNDICE DE NOMBRES Y DE OBRAS

ÍNDICE